3 1761 06981967 0

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/obraspoticas00andr

3

1787

OBRAS POÉTICAS

OBRAS POÉTICAS

DE

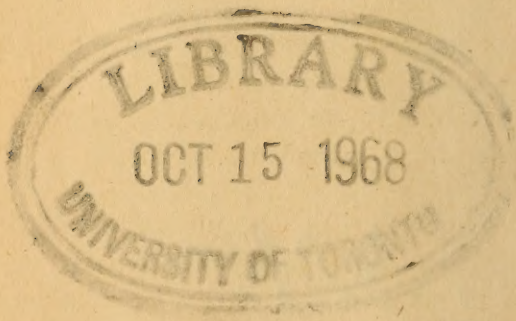
OLEGARIO V. ANDRADE

BARCELONA
Casa Editorial Maucci
Mallorca, 166

BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Cuyo, 1070

1909

PQ
7797
A6A17
1909



Compuesto en máquina TYPOGRAPH.—Barcelona.

EN LA MUERTE

DE MI CONDISCÍPULO Y AMIGO DON BENITO MARICHAL

También sobre la tumba que cubre tus cenizas
resuenen, pobre amigo, los ecos de mi voz,
y lejos del bullicio de mundanales risas
llorando te dirijo mi postrimer adiós.

También, querido amigo, mis trémulos acentos
agiten temblorosos las flores de tu sien,
y unidos al sublime gemido de los vientos
se lleven á los cielos mi súplica también.

Si ayer en el columpio de plácida esperanza
dormía delirando tu joven corazón,
hoy miras del destino la imagen de venganza
que ciñe tu existencia de fúnebre crespón.

Hoy miras, pobre amigo, rodando en el espacio
cual hoja desprendida, tu rauda juventud;
y acaso en las moradas del célico palacio
desprecies esos restos que encierra el ataúd.

Las lágrimas que vierto, doblando la rodilla,
son gotas de mi sangre que arroja el corazón,

son lágrimas de fuego que queman mi mejilla,
son besos de la muerte rodando á tu mansión.

¡Adiós, querido amigo! del piélago del mundo
las ondas altaneras batieron tu existir,
y al choque de su saña con golpe furibundo
cortaron de tus días el bello porvenir.

Feliz, que de los hombres la mano temeraria,
quemando do se posa, tu frente no tocó;
y el ángel que se lleva mi cándida plegaria
con vuelo bullicioso tus sueños arrulló.

¡Feliz! en el silencio del féretro sombrío
del mundo las pasiones se vienen á estrellar;
y el hombre que se agita con loco desvarío
no puede de los muertos el sueño perturbar.

Adiós, amigo; de dolor profundo
recibe el canto que te da el poeta,
mientras perdido en el desierto mundo
se agita su alma en convulsión inquieta.

Adiós, amigo; que también yo siento
helado el pecho, el corazón inerte,
y en el delirio de fatal tormento
despierto con los cánticos de muerte.

¡Silencio! el eco de mundano ruído
se pierde aquí sobre la yerta losa;
resuene sólo el funeral gemido,
desprendido del arpa misteriosa.

¡Dios justiciero! impenetrable arcano
que el hombre nunca á comprender alcanza,
ven, y en mi pecho tu potente mano
ponga junto al dolor una esperanza.

Dadme fuerza y valor para que mire
de un amigo los restos terrenales,
y el hálito del ábrego respire
que apaga de la vida los fanales.

Y tú, querido amigo, que en la tumba
descansas para siempre, oye mi voz:
cuando el viento los árboles derrumba
siempre oirás resonar mi último «adiós.»

Mi adiós, que cual gemido de agonía
la brisa perfumada llevará,
y en las alas de mística armonía
se remonta hacia el trono de Jehová.

Descansa en esa tumba solitaria,
descansa en ese negro panteón,
que el eco de mi lira funeraria
perturba con el ¡ay! del corazón.

Descansa, pobre amigo; ya la muerte
con su manto de lava te cubrió,
y al golpe insano de su brazo fuerte,
tu débil existencia se quebró.

Yo, poeta, en el mundo peregrino
sigo siempre mis sueños de ambición;
ya estoy cerca del fin de mi camino,
ya se agita convulso el corazón.

. . . . . .

. . . . . .

¡Adiós, mi amigo, mi adorado amigo!
descansa en paz en esa tumba fría,
que yo en el mundo tu amistad bendigo,
llena el alma de cruel melancolía.

Uruguay, Agosto 31 de 1856.

A LA MEMORIA

DEL MALOGRADO SACERDOTE DON GREGORIO M. CÉSPEDES

Amó la libertad con patriotismo,
Abrazó la virtud, y del civismo
A todo un pueblo iluminó la huella
M. A. M.

¡Silencio! que la brisa murmura en la ribera,
las ondas agitando con fúnebre clamor;
y un eco misterioso repite por do quiera
fatídicos acentos que mueven mi dolor.

Los gritos aterrantes de un pueblo condolido
se lleva por los aires el céfiro veloz,
y un canto de ternura cual lúgubre gemido
se eleva hasta el alcázar magnífico de Dios.

¡Ha muerto! todos dicen; el pérfido elemento
robó las esperanzas de un bello porvenir,
cual flores arrastradas al ímpetu del viento,
que pierden su belleza, su mágico vivir.

¡Ha muerto! cuando apenas su frente levantaba
mecido por los sueños de paz y de virtud;
¡ha muerto! y á ese pueblo que tanto le adoraba
le ofrece un bello ejemplo su tierna juventud.

Dejad al pobre vate que, trémulo, la lira
pulsando en el momento levante su cantar,
y el eco lastimero del pecho que suspira
consagre á ese virtuoso ministro del altar.

Y arroje en esa tumba que cubre sus despojos
diamelas y jazmines con hojas de cipré,
que borren del sepulcro los ásperos abrojos,
naciendo blancas rosas, emblema de la fe.

Ceñid su frente con esas flores
que altivo el viento no marchitó;
pues ya la luna con sus fulgores
bosques y llanos iluminó.

Mece la brisa del manso río
las blancas olas sin murmurar;
noches hermosas las del estío
para el que siente triste pesar!

Venid, amigos; todos unidos
alcen plegarias del corazón,
que si lo agitan fuertes latidos
cede al impulso de una emoción.

Venid, amigos; con tierno llanto
bañemos todos ese ataúd;
nadie suspire, calle mi llanto,
que es el asilo de la virtud.

Uruguay, Enero de 1856.

EL 9 DE AGOSTO

¡Silencio! dadme pronto la lira con que cantan
los bardos, cuando sienten latir el corazón,
y llenos de entusiasmo sus cánticos levantan
buscando por doquiera celeste inspiración.

Prestadme esos acentos de mágica armonía
que sólo nos inspira la paz de la virtud;
yo quiero al gran Urquiza, cantando en este día,
rendirle un homenaje de eterna gratitud.

Dejadme que recorra las márgenes del Plata
do retumbó su grito de libertad y unión;
que admire en mis cantares las glorias de la Patria
y ofrezca ante sus aras simpática ovación.

Dejadme que recorra los bosques y jardines
de flores tapizados que riega el Paraná,
tejiendo una guirnalda de rosas y jazmines
que del guerrero ilustre la frente ceñirá.

Y entonces, respirando su aroma delicioso,
la brisa perfumada mi seno hará latir,
cual plácida esperanza que calma mi sollozo,
las alas desplegando de púrpura y zafir.

Y entonces al heroico guerrero denodado,
que vimos tantas veces intrépido triunfar,
al héroe de Caceros, al sabio magistrado,
podré con entusiasmo mi cántico elevar.

II

Levantan las flores su cándida frente
que adornan las perlas del suave rocío,
y al astro que nace radiante en Oriente
saludan las aves del bosque sombrío.

El aura, rizando con plácida calma
las ondas dormidas del pérfido mar,
suspira, y la selva de sauces y palma
con dulce murmullo se ve doblegar.

Mil voces saludan con férvido canto
al sol que ilumina la bóveda azul,
tendiendo en el cielo su fúlgido manto
y el suelo bañando con nítida luz.

Las tumbas que encierran la yerta ceniza
de Alvear, Rivadavia, y el gran San Martín,
repiten el nombre del ínclito Urquiza,
que escuchan los pueblos del otro confín.

Prosigue, le gritan, prosigue, no temas
que aceche traidora la envidia tu paso:
sosten en tu marcha, cual siempre, ese lema
que mil y mil veces sostuvo tu brazo.

Levanta orgulloso la frente ceñida
con palmas y lauros del campo de Marte,
y mira esa patria tan noble y querida,
de Mayo elevando su noble estandarte.

III

El monstruo de la guerra, que todo lo destroza,
talaba nuestros campos con bárbaro furor,
y al cielo de la patria la noche tenebrosa
tendió su manto negro de fúnebre color.

Del trueno el estampido terrible resonaba
mezclado con los gritos y estrépito marcial;
en tanto que la tierra teñida se miraba
por lagos y raudales de sangre fraternal.

Mil ayes dolorosos de víctimas heridas
del crimen en las aras, rendidas sin piedad,
unidos al estruendo de luchas fratricidas
sonaban cual rugido de fuerte tempestad.

¡Recuerdos dolorosos, querida patria mía!
tu seno desgarraban tus hijos con baldón;
y en torno de tu frente la luz resplandecía
cual roja cabellera del bélico cañón.

Mas hoy en tu horizonte sin nubes aterrantes
desplega sólo el alba su túnica de rosa;
y el cielo se colora con ráfagas radiantes
de luz, que desvanecen la brisa nebulosa.

Hoy sólo mil acentos de gozo resonando,
saludan entusiastas, con plácido fervor,
al héroe que aguerrido su espada levantando
juró romper tus grillos, venciendo al opresor.

Hoy solo, enardecida de gozo y patriotismo,
saluda al gran Urquiza la tierna juventud;
porque salvó la Patria del borde de un abismo
y sus ilustres hechos merecen gratitud.

Por él van progresando los pueblos argentinos
felices al amparo de la Constitución,
las leyes desplegando su pabellón divino
conservan á su sombra del Plata la Nación.

¡Loor al gran guerrero que tanto combatiera
por la gloriosa causa de paz y libertad!
¡naciones extendidas del Plata en la ribera,
al inmortal Urquiza venid y saludad!

Uruguay 7 de Agosto de 1855.

MI PATRIA

AL GENERAL URQUIZA

> Aún otra vez callada, lira mía,
> Aún otra vez el himno de los bravos
> Turbe el silencio de la noche umbría
> Y hiele el corazón de los esclavos.
>
> E. Gil.

Mil vientos contrarios azoten mi frente:
no quiero ese vago murmurio doliente
del aura que mece mi pálida sien.
Y unidas al ronco bramido del trueno
se agiten soberbias del Plata sereno
las trémulas olas en rudo vaivén.

Yo entonces, batiendo cual cóndor las alas,
veré de mi Patria las mágicas galas
cediendo al impulso de noble ambición.
Y hollando del Andes la frente de hielo,
que cubre la niebla cual cárdeno velo,
veré las señales del patrio pendón.

Allí es el columpio del águila inquieta
que sube atrevida, cual joven poeta,
buscando los rayos de luz celestial.

Allí se distingue la huella gloriosa
de un pueblo de libres que alzó victoriosa
la patria bandera con gloria inmortal.

Allí, resonando por cóncava grieta,
se oyó de un guerrero la voz de profeta
gritando: ¡soldados, vencer ó morir!
Y al verlo, entusiastas los hijos de Mayo,
lanzando sus potros, rivales del rayo,
supieron cual siempre vencer en la lid.

Después, remontando mi vuelo atrevido,
me agite el pampero con triste silbido
rasgando celajes de niebla y vapor;
y el blanco fantasma de un sueño brillante
se meza en los aires cual nube flotante
rozando mis sienes su dulce rumor.

Que arranque del pecho salvaje armonía
cual cantan las aves en noche sombría,
cual brisa que arrulla con trémula voz.
Que tiemble convulsa del niño la frente,
soñando la gloria, diadema esplendente
tal vez desprendida del trono de Dios.

No suenen mis cantos cual ¡ay! de venganza,
respiren tan sólo de paz y esperanza
los dulces aromas, el grato placer.
Ya basta de sangre, de duelo y de llanto,
y alzar no quisiera jamás ese manto
que cubre á mi vista los hechos de ayer.

Yo, joven nacido con alma de fuego,
levanto á los cielos mi férvido ruego
mecido en las alas de un sueño de amor;
y ahogando un instante mi ardiente suspiro,

repita mi acento con trémulo jiro:
«¡Del pueblo de Mayo seré trovador!»

*

Se agitan, cual las olas de un mar embravecido,
del mundo las naciones, en débil pedestal;
ya tiembla su cimiento mil veces carcomido,
ya rompe sus murallas furioso vendaval.

Del Cáucaso y del Andes las moles de granito
¿no veis que se desploman con ruído atronador?
La humanidad entera, con espantoso grito,
dirige sus miradas al trono del Señor.

Relámpagos de fuego, confuso remolino
semejan los horrores del cráter de un volcán;
se para sobre el mundo la mano del destino,
sus alas desplegando de lava el huracán.

¿Qué es esto?... acaso el ruído de ronco terremoto
que mueve las entrañas del orbe sin sentir,
ó un rayo de las nubes en espirales roto,
que anuncia á los mortales sangriento porvenir?

No: es la lucha á muerte de un siglo en agonía
con otro que se ostenta con noble majestad,
mostrándole á los hombres, como la luz del día,
sus leyes, sus principios de unión y de igualdad.

Son vanos los esfuerzos, las locas convulsiones
que opone el moribundo, luchando con ardor;
que al siglo que amanece bendicen las naciones
cual astro de esperanzas, de gloria precursor.

De América los pueblos, con fuerzas de gigante,
responden á su acento gritando libertad,
cual suele á los suspiros del céfiro ondulante
los truenos sucederse de negra tempestad.

Miradlos cómo trepan al alto Chimborazo
venciendo á los sonidos del bélico clarín;
y al lánguido destello del sol en el ocaso
mirad esos guerreros... Bolívar, San Martín.

Los leones de Castilla se lanzan á los mares
cual hojas que se lleva bramando el aquilón,
y el pueblo americano, con plácidos cantares,
camina entre victorias al humo del cañón.

¿Dó están los vencedores de Pavía y de Lepanto?
¿Dó están los que arrasaron el trono de Boabdil?
¡Ay! huyen presurosos con indecible espanto,
dejando en Ayacucho la espada y el fusil.

¿Dó están los que más tarde vencieron en Torata,
los hijos de Pelayo, terror del musulmán?
Decidme, ¿por qué temen las márgenes del Plata
los viejos veteranos de Osorio y de Tristán?

. . . . . .

Ya un pueblo se levanta cubierto de laureles,
cual astro que colora del Avila la sien;
¿no veis como á la sombra de espléndidos doseles
se agitan las llanuras del argentino Edén?

*

Si allá en el Chimborazo, rival del Himalaya,
supieron entre nubes de bombas y metralla
los héroes de la patria clavar su pabellón,

y en vagoroso encaje de plata y esmeralda
miraron tras la niebla, cual pálida guirnalda
de gloria y esperanza, la mágica visión;

Si alzando sus miradas al Sér Omnipotente
bajaron igualando la furia del torrente
que rueda despeñado con ímpetu veloz,
ser libres, repitiendo, y el grito sacrosanto
rasgando los vapores del azulado manto
subía hasta el alcázar magnífico de Dios,—

¿Por qué de su reposo la turba degradada
se burla pisoteando la sangre derramada
mil veces en el llano y al lado del volcán?
¿Por qué se ven de nuevo los campos de batalla,
y al brillo de la lanza, silbando la metralla,
se olvida el juramento, quizá, de Tucumán?

Callemos el recuerdo que agita nuestra mente,
Dios quiera no pronuncie mi labio balbuciente
sino de la esperanza los cánticos de paz.
Cerremos esas hojas del libro de la historia
con sangre señaladas, que empañan nuestra gloria,
no vuelvan esos tiempos de lágrimas jamás.

*

Hay épocas marcadas de Dios en los arcanos,
y envueltas en el velo de negra obscuridad;
hay horas en la vida que tiemblan los tiranos
callando estremecida la pobre humanidad.

¡Misterios insondables, abismos tenebrosos
que el hombre no se atreve jamás á penetrar!
Y en cantos de amargura, cual lúgubres sollozos,
dirige sus plegarias al trono de Jehová.

Un día de mi Patria, postrada y expirante,
miróse en las llanuras el libre pabellón,
y un héroe levantando su brazo de gigante
se alzara revelando divina inspiración.

El ángel del futuro tendió sus blancas alas,
rasgándose la bruma con súbito fragor;
los pueblos, admirados al desplegar sus galas,
soñaron un destino de gloria y esplendor.

Rodó del despotismo la espada ensangrentada,
cesaron las discordias de muerte y destrucción,
y en medio de laureles la oliva suspirada
se viera dominando los campos de Morón!

¿Quién era ese guerrero, quién era ese gigante
que admiran las naciones del mundo de Colón,
y al ruído de las armas, lanzándose arrogante,
quebró de las cadenas el último eslabón?

¡Urquiza! de la historia las hojas esplendentes
que brillan en los siglos que ruedan sin cesar,
su nombre sublimando, cual céfiros rientes,
dirán á nuestros hijos: «¡su gloria es inmortal!»

Los héroes que corrieron del Plata al Amazonas,
bordando con victorias la América del Sud,
le ofrecen de la tumba sus mágicas coronas,
y un coro se levanta de noble gratitud.

¡Miradlo! cómo eleva su frente majestuosa,
cual genio que protege la paz y libertad;
¡miradlo! es el emblema de una época gloriosa,
blasón inmarcesible de la futura edad. (1)

Colegio del Uruguay, Agosto 9 de 1856.

(1) Esta composición fué premiada en el certámen literario celebrado e tre los alumnos del colegio Nacional del Uruguay, habiendo obtenido autor en el mismo año el premio de Literatura y Elocuencia.

EL LAUREL

EN EL ÁLBUM DE MI MADRE

Siempre ¡patria! repites, madre mía,
¡cuánto quema la arena del Brasil!
Siempre lloras, y en cruel melancolía
caen las hojas de un mágico pensil.

Siempre os miro del sol en el ocaso
contemplando su pálido fulgor;
siempre os miro siguiendo paso á paso
del crepúsculo incierto el resplandor.

¿Dime, dime, en la patria idolatrada
se conoce la palma y el laurel?
¿Dime, madre querida, desgraciada,
tiene flores tan mágico vergel?

¿Hay un templo magnífico de gloria
do se premia sublime inspiración?
¿Y en las páginas bellas de su historia
no figura mi ardiente corazón?

¿Dime pronto, los versos del poeta,
sus ensueños espléndidos de paz,

no merecen del vulgo que lo reta
ni un aplauso entre el céfiro fugaz?

Mas tú á nada respondes, madre mía,
cuando te habla tu niño trovador;
siempre, siempre tu frente está sombría:
¿qué no hay sueños de gloria y esplendor?

¿Qué no sientes cual siento la esperanza
con sus alas de púrpura y zafir,
señalarme flotando en lontananza
ya cercano, risueño porvenir?

Es un ángel que vuela vagoroso
desprendido del trono del Señor;
¡oh! me dice su acento misterioso
que seré de mi patria trovador.

¡Es tan bello soñar! es tan hermoso
deslizarse en un mundo de oropel,
que no miro su abismo tenebroso
si me duermo á la sombra de un laurel.

Yo quisiera ser grande: hay en mi alma
tanto sueño de gloria y ambición,
que ya miro en mis manos una palma
con que premia ese mundo mi canción.

Hay un Dios, madre mía, que se asienta
sereno de los mundos al vaivén,
lo circunda el incendio y la tormenta
y á su voz de titán cayó Salem.

Su manto es el azul firmamento,
dorado por los rayos de mil soles,
do sube mi atrevido pensamiento
perdido en sus variados arreboles.

Son perlas de su rica cabellera
los astros al rodar en el espacio,
y el eco de su voz en su carrera
suspende sus cimientos de topacio.

Y es débil pedestal para su planta
la tierra con sus llanos y montañas;
¡gusano que del polvo se levanta
llevando destrucción en sus entrañas!

Yo, dormido á la sombra de un abismo,
sumiso me doblego á su poder,
y el mundo, con su frío escepticismo,
se burla de mi negro padecer.

Dejad que en el silencio de la noche,
cuando el césped se agite murmurando
y abra la flor su perfumado broche,
vayan las horas del dolor pasando.

Dejad que pase el roedor martirio
que agita el alma en convulsión violenta,
como en el seno de aromado lirio
polvo y humo que arroja la tormenta.

. . . . . .

. . . . . .

Mirad, mirad, la brisa, de las dormidas flores
los cálices agita con trémulo rumor;
la luna se levanta velada entre vapores,
bañando la floresta su pálido fulgor.

¡Qué noche tan hermosa! la luz de mil estrellas,
el céfiro riente, las olas de la mar,
suspiros armoniosos, imágenes tan bellas
dejadme un solo instante, dejadme contemplar.

Pasaron esas horas de penas y martirio
que baten nuestros sueños y agostan la ilusión;
pasaron, y en el seno del aromado lirio
los mágicos perfumes no seca el aquilón.

Del plátano agitado las hojas temblorosas
suspiran, madre mía, cual lira de marfil,
y el aura que desplega sus alas bulliciosas
murmura estremeciendo las flores del pensil.

¡Qué noche tan hermosa! no llores, madre mía;
dirige tus miradas al célico dosel,
tal vez será fantasma de ardiente fantasía,
mas miro columpiarse las ramas de un laurel.

Corramos, que se dobla con lánguido desmayo
y agita la esperanza sus alas de zafir,
la luna lo ilumina con su argentino rayo,
y al verlo no hay recuerdos, se calma mi sufrir.

Cuán verde, madre mía; si quieres á su sombra
del mundo en el desierto podemos descansar,
de trébol y de flores en la mullida alfombra
venid por nuestra patria, que lloras, á rogar.

Venid, y conversemos del Andes y sus grietas,
del cóndor atrevido que busca el vendaval,
del Plata majestuoso que cantan los poetas
con dulce melodía, con eco celestial.

Mi hermano está en la cuna, dejadle que sonría
con ángeles que agitan sus alas en tropel;
nosotros, alejando la cruel melancolía,
soñemos á la sombra de mágico laurel.

Diciembre de 1856.

LA FLOR DE MI ESPERANZA

Yo diviso rodando marchita
sin aroma la cándida flor,
que furioso huracán precipita
resonando con triste fragor.

De mi seno se lleva la calma,
mis ensueños de gloria, de paz,
y en lugar de la dicha del alma,
sólo queda un recuerdo fugaz.

En un tiempo, que huyó presuroso
como el eco de triste canción,
levantando su cáliz precioso
parecía celeste visión.

Era hermosa cual nítida estrella,
que refleja su plácida luz,
cuando sola la luna descuella
de la noche en el negro capuz.

Su fragancia divina brindaba
conmovida por mágico ambiente,
y al mirarla un suspiro lanzaba
con mi llanto regando su frente.

Pero pronto el impulso violento
del terrible fatal aquilón,
sin piedad destrozó en un momento
de mis sueños la dulce ilusión.

Y nos sigue un conforme destino:
yo doblego mi altiva cerviz,
ella pierde su aroma divino,
su precioso, variado matiz.

¡Cuán sensible es el ver marchitarse
de ferviente esperanza la flor,
y en la vida fugaz deslizarse
por abismos de luto y horror!

Uruguay, Octubre 13 de 1855.

EL 8 DE OCTUBRE

Á MI DISTINGUIDO AMIGO ISIDORO DE MARÍA

La libertad cumplió su profecía
Y su perdón se desplegó en los llanos
Y allá en los montes la bandera impía
Se desplegó también de los tiranos.
E. G.

I

Al encorvar el Plata
la gigantesca espalda
y al sacudir las hebras
de su espumosa crín,
cuando recoge el cielo
su brillantina gualda,
y ensangrentadas chispas
coronan el cenit;

Cuando la mente vuela
sobre flotante nube
y el huracán arrulla
con su potente voz,
envuelto en el incendio
que en espirales sube,—
quisiera pensamientos
tan grandes como Dios,

Para cantar, henchido
de inspiración sublime,
de un pueblo de valientes
su inmenso porvenir;
para pulsar mi lira,
que de entusiasmo gime
y á par de la tormenta
por los espacios ir.

¡De un pueblo de valientes!
que con pujante brío
cuando templó su pecho
la lumbre de un volcán,
como la voz del trueno
y el aquilón bravío
se derramó en el mundo
su aliento de titán.

Y contempló atrevido
rodar en sus llanuras
del fiero lusitano
la indómita altivez,
y como secas ramas
que caen de las alturas,
de un cetro los pedazos
cayeron á sus pies.

Bendita, sí, mil veces
la patria en que he nacido;
sus glorias inmortales
poeta cantaré,
guardando su recuerdo
mi corazón herido,
como la luz incierta
de mi primera fe.

II

¡Libertad! ¡libertad! nombre sublime
que embriaga de entusiasmo el corazón,
cifra inmortal, que el Hacedor imprime
como rayo de luz en la creación.

Sibila de los pueblos, esperanza
que soñara atrevido el pensamiento,
cuando á sondar su porvenir avanza
más allá del azul del firmamento.

Yo vi un pueblo gigante levantarse
como se alza en el Plata el huracán,
y lo vi en su delirio reclinarse
sobre las pardas crestas de un volcán.

Era mi patria; sacudió su frente
confundida en el humo del cañón,
y bajaba su frente prepotente
pisando la melena de un león.

Después entre la bruma silenciosa
que lleva el viento en sus sonantes alas,
reclinando su frente esplendorosa
perdió sus lauros y ocultó sus galas.

Sólo sangre do quier mis ojos miran
y enlazado el incendio á la tormenta
mundos tras mundos á mi vista jiran
que en rayos mil el aquilón revienta.

Gualeguaychú, Octubre 8 de 1857.

EL 11 DE SEPTIEMBRE

Á BUENOS AIRES

En el álbum de un Proscripto

Buenos Aires, no es esa tu bandera.
La nación es su dueña verdadera.
A. E.

Gime, ciudad infeliz, sufre tu pena,
Tantos ultrajes vengará la historia,
Si arrastras humillada la cadena
Yo estoy aquí para cantar tu gloria.
A...

¿No veis? el pampa errante con su carcax de cuero
cual cóndor en las alas de silbador pampero
sujeta condolido su indómito bridón.
Y al ¡ay! de tus guerreros, al bote de su lanza,
sucumbe Buenos Aires, tu gloria, tu pujanza,
cual árbol orgulloso que troncha el aquilón.

La cuna de los libres, la patria de Belgrano,
de Mayo el pueblo heroico, que con potente mano
trozara las cadenas de odiosa esclavitud.
y en montes y llanuras su grito sacrosanto
de independencia ó muerte como sublime canto
sacara de un letargo la América del Sud.

Hoy, rueda como rama que el ábrego arrebata,
bañando con su sangre las márgenes del Plata,
sufriendo de sus hijos la zaña y ambición.
¿Qué mano misteriosa grabó sobre su frente
con lágrimas y sangre la marca repelente,
que cubren los jirones del patrio pabellón?

Dejadme, delirando, sus glorias una á una,
cantar cuando derrame la palidenta luna
sus tibios resplandores, diadema de mi sien.
Y el eco de mi lira, mi acento de poeta
resuene majestuoso cual canto de profeta
que embriagan en el mundo los sueños del Edén.

Yo vi caer mi padre, yo vi caer mi hermano
rodando bajo el hacha de bárbaro tirano,
y un grito de venganza lanzó mi corazón.
Por esa Buenos Aires, valientes sucumbieron,
por ella las pasiones mi pecho estremecieron
perdido en las llanuras que baña el Yaguarón.

Decidme si no puedo lanzar un anatema
de muerte y exterminio sobre el sangriento lema
que elevan esos hombres con ímpetu fatal;
decidme si no pueden del niño los acentos
doblar como el terrible bramido de los vientos
de un círculo ambicioso la frente criminal.

. . . . . .

*

¡Buenos Aires! decían los valientes
que cual olas de undosos torrentes
se lanzaban del ibero en pos,
y al pisar del león la melena
y al quebrar una férrea cadena
por su gloria rogaban á Dios.

¡Buenos Aires! grabaron sus huellas
de Ituzaingo en las márgenes bellas
levantando el azul pabellón.
Y las naves de Brown vencedoras
nos gritaban del Plata señoras,
¡Buenos Aires! bramando el cañón.

De Lavalle las huestes valientes
en Yeruá, San Cristóbal, Corrientes,
¡Buenos Aires! grabaron también;
combatiendo con noble pujanza,
combatiendo sin sed de venganza
por llegar á ese mágico Edén.

Y después el guerrero entrerriano,
vencedor de sangriento tirano,
Buenos Aires, gritó, libertad;
basta, basta de sangre y de duelo,
ya está limpio el azul de tu cielo,
de la patria proscriptos llegad.

*

Pero ¡ay! la ingratitud tendió sus alas
cubriendo, Buenos Aires, tus blasones,
y la ambición al desplegar sus galas
rodaron en el polvo tus pendones.

Rodaron cual las hojas que arrebata
la furia destructora del pampero
y al seno de rugiente catarata
se lleva de la muerte mensajero.

Perdón si el estertor de tu agonía
perturbo con mis trémulos cantares,

Buenos Aires, querida patria mía,
son ecos que revelan mis pesares.

Si al verte coronada de laureles
cantaba con orgullo tu destino,
hoy miro en esos falsos oropeles
la sangre que circunda tu camino.

Hoy miro del desierto en las llanuras
mil tribus con sus potros arrogantes
que marcan sus sangrientas herraduras,
pisando tus cimientos vacilantes.

Y no responde nadie á tu gemido,
y no consuela nadie tus dolores;
¿tus hijos dónde están, dónde se han ido?
Pregúntalo á ese círculo de horrores.

Pregunta por qué en playas extranjeras
mendigan una patria y un hogar,
por qué doblan sus frentes altaneras
la hiel de tus destinos al libar!

Pregúntalo á ese círculo de horrores
que mira tus desgracias con valor,
dormido en el perfume de las flores
con sueños de grandeza y esplendor.

Pregunta qué se han hecho los blasones
que loca pisoteó su vanidad;
pregunta dónde están esos pendones
que alzara proclamando Libertad?

En humo convertidos han volado
las tribus de la pampa al combatir,
y sólo en sus delirios te han dejado
las sombras de un obscuro porvenir.

Colegio del Uruguay, Septiembre 11 de 1856.

EL CREPUSCULO

(TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO)

Gime la fuente y fúnebre sudario
envuelve el horizonte;
mudo se extiende tras el alto monte
el valle solitario;
siniestros y tranquilos
alzan sus ramas lúgubres los tilos.
¿No veis al través de ellos
brillar de amor la estrella vespertina,
y juguetear sus pálidos destellos
en la cumbre de la árida colina?

Vosotros que adornados de guirnaldas
pasáis entre las sombras suspirando,
¿sois amantes felices?
Brillan en las tinieblas sueltas faldas,
despiértase la hierba y rumor blando
melancólico zumba;
fresca y lozana hierba, ¿qué le dices
á la callada tumba?

¡Amad! dice la hierba, amad, la fosa;
¡amad! ¡vivid un día!
Triste es la sombra, y fría
la altivez del ciprés de negros ramos.
La mejilla de rosa
busca el labio de fuego;
el amor y la luz nacen hermanos.
Amad, que ya el crepúsculo se acerca;
¡amad! mientras nosotros meditamos.

Dios encendió de la pasión la llama,
al mundo celos da nuestra ventura.
¡Oh! amantes que pasáis bajo los tilos
alegres y tranquilos,
todo el amor que en vuestro pecho queda
se convierte en plegaria santa y pura
cuando feroz la muerte nos arrastra
hacia la tumba obscura!

El seco polvo que el sepulcro encierra
beldad fué ayer y aun el amor lo abrasa.
Las brisas turbulentas de la tierra,
de la hierba los vástagos agitan;
el soplo de Dios pasa,
y tumbas y cadáveres palpitan!

De la humilde morada campesina
envuelve el pardo techo la neblina,
suena en el valle que pesado huella
del segador, cansado el paso lento,
y, flor de luz, la esplendorosa estrella
su radiante fulgor puro destella
en el cristal azul del firmamento!
¡Gozad, reíd! mañana será tarde,
¡es la estación de amor! se esconden rojas

las tiernas fresas en las verdes hojas,
y el ángel pensativo de la tarde,
á merced de los vientos desatados,
va indeciso y recoge confundidos
la oración de los labios apagados
y el beso de los labios encendidos!

EL PORVENIR

FANTASÍA

I

¡Visión del porvenir! Nube de gloria,
que en el confín lejano te levantas,
que flotas como enseña de combate
y alumbras y perfumas como el alba.

¡Visión del porvenir! Dulce sirena,
que en el silencio de la noche cantas
los himnos de la mar, cuando despierta
estremecida en brazos de la playa.

¡Visión del porvenir! Pálida estrella,
hermana del misterio, que desatas
los rayos de la fe, gotas de vida
en los lóbregos senos de mi alma!

Tú que pasaste rápida á mi vista
en los alegres días de la infancia,
que enjugaste la lágrima de fuego
que surcaba mi rostro en la desgracia;

Tú que al lanzarme á la revuelta arena
me hablaste de la gloria y la esperanza,
y al caer en la lucha del destino
retemplaste mis fuerzas desmayadas;

Para subir á la empinada altura
ven á prestarme tus potentes alas,
aquellas alas con que el genio suele
trepar de Dios á la mansión sagrada!

Sopla el aliento de la fe en mi pecho,
para ascender á la áspera montaña,
para colgar el nido de mis sueños
en las arrugas de su frente calva.

Sopla el aliento de la fe en mi pecho,
donde otra vez relampagueó su llama;
¡visión del porvenir! dame tu mano,
quiero seguir las huellas de tu planta.

II

Ya estoy sobre la cumbre solitaria,
la cumbre que soñé con loco anhelo;
ante este altar gigante de granito
voy á alzar mi plegaria,
que en alas del huracán subirá al cielo;
á cantar á la patria y á la gloria,
á Dios y al infinito!
Y al compás del torrente que desciende
con paso soberano,
á preludiar los salmos del profeta
que oirá el cóndor, mi hermano!

¡Ya estoy sobre la cumbre! Como ruedan
los ríos por las ásperas laderas,

lágrimas del abismo que recogen
en su seno temblando las praderas;
veo rodar los años y los hombres,
que siguen como séquito de gloria,
rasgando los harapos de sus nombres
el ataúd gigante de la historia.

Allá van en vorágine espantosa
apóstatas, verdugos y tiranos;
la libertad, arcángel del futuro,
les marca con su espada luminosa;
los pueblos soberanos
se lanzan á la arena,
teñida con la sangre de los bravos,
y forjan con fragmentos de cadenas
el hierro vengador de los esclavos!

¡Allá van! Opresores de la tierra,
vencidos de la idea,
fantasmas de la noche de la historia
que un nuevo sol clarea!
¡Se alejan! como nubes apiñadas
que arrastra el huracán sobre la esfera
cuando desata en la extensión vacía
su negra y polvorosa cabellera!

Apóstatas, verdugos y tiranos
que hicieron al derecho ruda guerra,
van á dormir el sueño del olvido
envueltos en sus sábanas de tierra!
y la palabra viva,
el verbo de la fe republicana,
anunciará á los orbes
que asoma en el Oriente la mañana
de paz y libertad, y que terminan
las bárbaras peleas

y se abrazan las razas redimidas
sobre el sagrado altar de las ideas!
Un pueblo va adelante en el tumulto
de la cruzada audaz; un pueblo grande
á quien dió Dios la Pampa por alfombra
y por dosel el Ande!
Espejo son de su gigante talla
los ríos como mares,
y marcos del cristal de sus corrientes
las frondas de las selvas seculares!

Brilla en su frente el sello prodigioso
de la elección de Dios; tiene en su seno
el afán infinito del progreso,
el amor del ideal, la fe del bueno!

Infatigable avanza,
en pos de sus destinos soberanos,
viajero de inmortales esperanzas,
da á los pueblos el ósculo de alianza,
y los saluda en el derecho hermanos!

No hay freno á sus antojos
ni valla á su ambición; ámbito inmenso
descorre el porvenir ante sus ojos;
le da la gloria embriagador incienso,
y postrados de hinojos
los déspotas del mundo ante su planta,
reniegan del pasado,
y en vez de maldecirlos, los levanta
por la fe y el amor transfigurados.

¡Es mi patria! ¡mi patria! Yo la veo
á vanguardia de un mundo redimido,
de un mundo por tres siglos amarrado,
que cual bajel en mar desconocido
rompiendo las cadenas del pasado,

se lanza con audacia,
cargado de celestes esperanzas,
al puerto de la santa democracia!
Es su bandera aquella que flamea
en las rocas del Cabo seculares,
la que lleva á una raza esclavizada
la luz de libertad de sus altares;
la que preside el colosal concierto
de la conciencia humana emancipada
mientras rueda á sus pies el tronco yerto,
del fanatismo vil, que en hora impía
la mantuvo en sus brazos sofocada!

III

¡Visión del porvenir! ¡Débil mi acento
cantar no puede lo que siente el alma!
¡Yo soy el ave que á gemir se atreve
entre la ronca voz de la borrasca!

¡Dios solo sabe si podré algún día
trepar las cumbres y pulsar el arpa!
¡Me falta voz, pero me sobra aliento,
¡Oh! ¡quién tuviera tus potentes alas!

1867.

LA LIBERTAD Y LA AMERICA

I

Aquí, donde la mano de un Dios omnipotente
talló para su gloria gigante pedestal;
aquí donde levantan salvaje y elocuente
las ondas y el desierto, las brisas y el torrente,
en nubes de armonías, un himno colosal;

Aquí, donde los pechos de una creación gigante
esperan nuevas razas que mamen su vigor;
aquí, donde recorren su eclíptica brillante,
magníficos bajeles de un piélago flotante
los astros, como letras del nombre del Creador;

Aquí, donde una idea del cielo desprendida
derrama sobre un mundo su eterna claridad,
y en brazos de los tiempos la libertad se anida
como corriente eterna de inagotable vida,
donde apagar pudiera su sed la humanidad;

Aquí, donde algún día vendrán las razas parias
á entrelazar sus brazos en fraternal unión,
á despertar acaso las selvas solitarias,

con el sublime acento de místicas plegarias,
cantando los esclavos su eterna redención;

Aquí la vieja Europa con mano enflaquecida,
con la altanera audacia de la codicia vil,
quiere ingertar su sangre, su sangre corrompida,
que se derrama á chorros por anchurosa herida,
en la caliente sangre de un pueblo varonil.

Y allá en la blanca cima, do el cóndor aletea,
clavar sobre los cielos su roto pabellón;
y acá sobre su espalda robusta y gigantea
colgar de sus lacayos la mísera librea,
colgar de sus esclavos la insignia de baldón.

II

¡América! desnuda los aceros,
sacude tu melena de volcanes,
que relinchen tus potros altaneros,
y que proclamen tus enojos fieros
con su potente voz los huracanes.

¡América! la muerte ó la victoria,
jamás un yugo en tus pujantes hombros;
sucumbe, pero en brazos de la gloria,
y sirva de buril para tu historia
el chispeante carbón de tus escombros!

¡América! eras niña todavía,
allá en aquellos tiempos inmortales
cuando atónito el mundo te veía,
radiante de hermosura y gallardía,
alzando por bandera tus pañales!

Entonces al calor de tu entereza
su nieve derritió la cordillera,

y el Chimborazo, que las nubes besa,
dobló bajo tu planta la cabeza
para ser pedestal de tu bandera.

Entonces al calor de tus entrañas
héroes brotaban á vengar tu ultraje,
y en el mar, en el valle, en las montañas
revolcaban al león de las Españas,
que bramaba de rabia y de coraje!

III

¡América! tus ríos te ofrecen ancha copa,
la túnica del iris espléndido dosel,
las selvas seculares son pliegues de tu ropa,
en tus desiertos cabe la vanidad de Europa,
las razas del futuro te buscan en tropel.

«¡Ni siervos ni señores, ni estúpido egoísmo!»
Al universo anuncia tu gigantesca voz.
En vez de las almenas del viejo feudalismo,
con la frente en el cielo, la planta en el abismo,
levántanse los Andes para tocar á Dios!

¡América! tú eres la etapa postrimera
que en su anhelar eterno soñó la humanidad,
el astro que en tu cielo brillante reverbera
es astro de esperanzas, es sol de primavera
tras noche pavorosa de larga tempestad.

Tus Andes son el templo de cúpulas de hielo
en que después de rudo y ardiente batallar,
vendrá á colgar sus armas con religioso anhelo
la caravana humana, para elevar al cielo
el himno sacrosanto de amor y libertad.

¡América! desnuda tu espada justiciera
para cerrar el paso á la conquista vil;
soplidos de pampero sacudan tu bandera,
y suenen en las cumbres de la alta cordillera
las músicas marciales de Maipo y de Junín!

¡América! al combate, que es el postrer combate
con el sangriento y torvo fantasma colonial;
tu fuerza es el derecho que en la conciencia late,
la libertad tu escudo, y en el supremo embate
repetirán los orbes tu cántico triunfal!

Septiembre 24 de 1880.

ATLANTIDA

CANTO AL PORVENIR DE LA RAZA LATINA EN AMERICA

¡Wake!

Hamlet

I

Cada vez que en la cumbre desolada
de la ardua cordillera,
y tras hondo angustioso paroxismo,
como caliente lágrima postrera,
brota de las entrañas del abismo
misterioso raudal, germen naciente
de turbio lago, caudaloso río,
ronca cascada ó bramador torrente,—
pardas nubes descienden á tejerle
caprichoso y movible cortinaje,
y abandonan los negros huracanes
sus lóbregas cavernas
para arrullar con cántico salvaje
su sueño, y en señal de regocijo,
sobre muros de nieves sempiternas,

desplegan, combatientes del vacío,
taciturnos guardianes
del infinito páramo sombrío.
sus flámulas de fuego los volcanes!

Raudales de la historia son las razas,
raudales que en la cuna
vela el misterio y con afán prolijo
la fábula, Nereida soñadora
que el verde junco con la yedra aduna,
como la dulce madre que desplegá
sobre la tersa frente de su hijo
teñida por los rayos de la aurora
su manto, de amor ciega,
envuelve con fantásticos cendales!
Mientras se llena el mundo
de rumor de catástrofes.—En tanto,
con las alas abiertas,
cruza la tierra el ángel del espanto
y agita sus antorchas funerales
el incendio iracundo
sobre la tumba de las razas muertas!

Allá en el fondo obscuro
del valle que á los pies del Apenino
se extiende como alfombra de esmeralda
palenque misterioso del destino!
Do el Tíber serpentea
del monte Albano en la risueña falda,—
vago rumor se siente...
el rumor de una raza despertada
con el sello de Dios sobre la frente!
Y en el confín lejano
del mar, que muere en la desierta playa
del Asia envejecida,
con eterno lamento,

hondo clamor hasta los cielos sube,
que en són medroso, el viento
esparce por la tierra estremecida!

La raza que despierta
como enjambre irritado, en las sombrías
hondonadas del Lacio,
es la raza latina, destinada
á inaugurar la historia
y á abarcar el espacio
llevando por esclava á la victoria!
Y el clamor que resuena
de la alta noche en la quietud sagrada,
es el grito de Illión, que se desploma
como gigante estatua derribada,
astro que se hunde en tenebroso ocaso
cuando surge en Oriente el sol de Roma!

II

Raudal que al descender á la llanura
se torna en ancho río,—
aquella tribu obscura
en turbulento pueblo convertida
sintió dentro del seno
la inquietud de la ola comprimida,
el rumor interior, la voz de trueno
que emplaza á las naciones
á las gigantes luchas de la vida!
Y se lanzó impaciente
en pos de sus destinos inmortales,
dando al viento los bélicos pendones,
siniestros mensajeros del estrago,
y encendiendo en el negro promontorio,
para servir de faro á sus legiones,
la colosal hoguera de Cartago!

Nada detuvo el vuelo soberano
del águila latina—
la tierra despertó como de un sueño
al sentirla pasar. El Oceano,
generoso corcel que el cuello inclina
cuando siente á su dueño,
rugió de gozo y le rindió homenaje,—
todo lo holló con planta vencedora:
la montaña y el páramo salvaje,
las misteriosas selvas seculares
en que al compás de místicas endechas
afilaba el germano taciturno
con siniestra ansiedad el haz de flechas;
y las negras pirámides distantes,
que á la luz del crepúsculo parecen
abandonadas tiendas de campaña
de una raza extinguida de gigantes!

Grecia le abrió los brazos, olvidada
de su antiguo esplendor.—La Iberia altiva,
como severa reina destronada,
dobló la frente ensangrentada al yugo,
mas no su corazón—eterna hoguera
en que la llama de Sagunto ardía
con rojizo fulgor.—La Galia fiera
lanzó á los aires resonante grito,
y el escudo de bronce hirió tres veces
sobre el dólmen maldito!
Pero cayó expirante en la contienda
para dormir el sueño del esclavo
de César en la tienda!
Y el Sármata cruel, el Bretón bravo,
el Escita ligero,
el sombrío, feroz Escandinavo
que en las brumas polares

de otro mundo olfateaba el derrotero,
fueron á prosternarse en sus altares!

¡Largo su imperio fué! ¡Largo y fecundo,
el hacha del Lictor estuvo siglos
alzada sobre el mundo!
Cantó su origen inmortal, Virgilio,
sus desastres, Lucano,
mientras brillaba en el lejano Oriente
la luz primera del ideal Cristiano!
Y en brazos de los Césares dormía,
al rumor de los sáficos de Horacio,
enervada y tranquila,
cuando sintió tronar en el espacio
el rudo casco del corcel de Atila!

¡Despertó, pero tarde! En vez del rayo
que en sus manos un día
viera la tierra atónita, llevaba
el áureo tirso, y en la mustia frente
la corona de yedra de la orgía!
Corrió al foro, llamando á sus legiones
dispersas y distantes,
y sólo contestaron los histriones
mezclados al tropel de las Bacantes!
Volvió al cielo los ojos, y en el fondo
del cielo, en sangre tinto,
creyó ver que cruzaban en silencio,
como un augurio aciago,
la sombra lastimera de Corinto
y el fantasma lloroso de Cartago!

¡Era tarde en verdad! El sol de Roma,
luz de la historia y esplendor del orbe,
del Aventino tras la obscura loma
y de la plebe trémula á los ojos

para siempre se hundió.—Rojo cometa
del horizonte en la desierta cumbre
apareció tras él, vibrando enojos—
nubes del Septentrión, vientos del polo,
sobre la tierra inquieta
esparcieron sus ráfagas de horrores.—
Sólo quedó de pie, soberbio atleta
vencido, no tumbado,—destacando
en las sombras el dorso giganteo,
como el genio de Roma en lucha eterna,
centinela de piedra, el Coliseo!

III

No perecen las razas porque caigan,
sin honor ó sin gloria,
los pueblos que su espíritu alentaron
en hora venturosa ó maldecida.—
Las razas son los ríos de la historia,
y eternamente fluye
el raudal misterioso de su vida!
El río que en otrora
turbulento y audaz cruzó la tierra,
ya por blandas y vírgenes llanuras
ó por yermos de arena abrasadora
al soplo animador de la fortuna,
de su cauce alejado
fué á morir como lóbrega laguna
inmóvil y callado!
Pero el raudal ingente
de la ánfora sagrada, la corriente
inagotable y pura, despeñada
por ignoto sendero,
con rumor de torrente surgió un día
en la tierra encantada
del indómito Ibero,

donde todo es amor, luz, armonía,
y el sol más bello, el aire más liviano,
y siempre altivo, desbordante y joven,
palpita y siente el corazón humano!

Así como al salir de su desmayo
la tierra estremecida
del sol primaveral al primer rayo,
parece que sintiera
en el aire, en el monte, en la pradera,
en ondas tibias circular la vida;
España despertó con fuerza nueva,
y unidas en eterno maridaje
la pasada romana fortaleza
y la savia salvaje
del hijo del Pirene, diestro en lides,
engendraron la raza destinada
á suceder á la cesárea estirpe,
la raza soberana de los Cides!

¡Llenó el mundo su nombre!—Las naciones,
del monte Calpe hasta el peñón marino
en que vela el britano,
creyeron que se alzaba en lontananza
la sombra augusta del poder latino,
que de nuevo volvía
á ser el dueño del destino humano!
Y España, como Roma, poseída
de vago afán, de misterioso anhelo,
soñaba con batallas, cuando un día,
al tender la mirada por el cielo
desde las altas cumbres de Granada,
vió surgir en lejanos horizontes
la Visión de la América encantada!

¡Dos mundos sujetó bajo su imperio!
¡Y dejó de su espíritu los rastros
en fecundas, espléndidas creaciones!
Como Ajax inmortal, retó á la tierra,
y ansioso de combates
fué á renovar en Africa prodigios
y hazañas de Escipiones;
pero también se derrumbó impotente,
no del potro del Vándalo á las plantas
ni del cruel vencedor al ceño airado,
sino cuando cayó sobre su espíritu
la sombra enervadora del Papado!

IV

Mientras España duerme acurrucada
al pie de los altares,
calentando su espíritu aterido
en la hoguera infernal de Torquemada,
Francia recoge el cetro abandonado
de la historia y prepara
otra hoguera, á que arroja
con ánimo esforzado
fragmentos de Bastillas,
instituciones viejas, privilegios,
y de un vetusto trono las astillas—
hoguera á cuya lumbre soberana
va á forjar, como en fragua ciclopea,
su eterno cetro la razón humana!

Cuando llega la hora
de las grandes, fecundas convulsiones,
la hora en que al compás de las borrascas
se tumban ó levantan las naciones,—
Dios envía á la tierra los gigantes
del genio ó de la espada,

cual si necesitase de almas fuertes
y músculos pujantes,
para no perecer en la jornada.
Así la Francia tuvo
en las horas más grandes de la historia
el genio de Voltaire para anunciarle
el tremendo, supremo cataclismo,
y el brazo poderoso
de Napoleón, el genio de la gloria,
para alzarla expirante del abismo!

La fuerza es en el mundo
astro de inmensa curva, que á su paso
deja como reguero de laureles,
fulgor de incendios, resplandor de soles,
pero astro que se pone en el ocaso
tras nubes de rojizos arreboles.
¡Brillante fué el imperio de la fuerza!
Brillante pero efímero; la espada
que sobre el mapa de la Europa absorta
trazó fronteras, suprimió desiertos
y que quizá de recibir cansada
el homenaje de los reyes vivos,
fué á demandar en el confín remoto
el homenaje de los reyes muertos,—
la espada de Austerlitz, la vieja espada
en los escombros de Moscou mellada,
ya no describe círculos gigantes
esparciendo el pavor de la derrota,
cayó en los campos de Sedán, sombríos,
ensangrentada y rota!

V

Anteos de la historia,
los pueblos que el espíritu y la sangre

llevan de aquella tribu aventurera
que encadenó á su carro la victoria,
ya los postre ó abata,
la corrupción ó la traición artera,
no mueren aunque caigan.—Así Roma
en su tumba de mármol se endereza
y renace en Italia, como planta
que el polvo de los siglos fecundiza.
Así España sacude la cabeza
tras largas horas de sopor profundo,
y arroja los fragmentos
de su pasada lápida mortuoria,
para anunciar al mundo
que no ha roto su pacto con la gloria!
Y Francia, la ancha herida
del pecho no cerrada,
en la sombra se agita cual si oyera
rumores de alborada!

VI

¡Soberbio mar engendrador de mundos!
¡Inquieto mar Atlante!
Que ora manso, ora horrible, en jiro eterno,
ya imitando el fragor de roncas lides,
ya gritos de angustiadas multitudes
ó gemidos de sombras lastimeras,
te vuelcas y sacudes
en la estrecha prisión de tus riberas!
¡Soberbio mar! de cuyo fondo un día
la colosal cabeza levantaron,
coronada de liquen y espadañas,
al ronco són de tempestad bravía
náufragos del abismo las montañas—
mientras el cielo en la extensión desierta
que eternas sombras por do quier velaban,

lanzaba el primer sol su rayo de oro,
inmensa flor de luz, recién abierta,
sobre la cual en armonioso coro
enjambres de planetas revolaban!

Tú eres el mismo mar que alzaste un día
bajo arcadas fantásticas de brumas,
al vaivén de las olas adormido
y envuelto dulcemente
en pañales de espumas,
jirones de la túnica de armiño
de tus playas bravías,
¡huérfano de la historia! un mundo niño.—
¡Con cuánto amor velabas
su cuna, y qué sombrías
nieblas sobre tu frente desplegabas
para que el aire errante, el viento inquieto,
y el astro vagabundo
no fuesen á contarle tu secreto
á la codicia insana de otro mundo!

¡Con qué ansiedad te alzabas,
el labio mudo, palpitante el seno,
á interrogar el horizonte obscuro
de vagas sombras y rumores lleno,
cuando el alba indecisa aparecía
mensajera de Dios en el Oriente,
trayéndote perfumes de los cielos
para mojar tu frente!
¡Y qué grito salvaje,
mezcla de rabia y de pavor, lanzabas,
retorciendo los brazos,
cuando una vela errante aparecía,
y en la tarde, traía
bramando el oleaje,
de algún bajel deshecho los pedazos!

VII

¡Siglos pasaron sobre el mundo, y siglos
guardaron el secreto!
Lo presintió Platón cuando sentado
en las rocas de Engina contemplaba
las sombras que en silencio descendían
á posarse en las cumbres del Himeto;
y el misterioso diálogo entablaba
con las olas inquietas
que á sus pies se arrastraban y gemían!
Adivinó su nombre, hija postrera
del tiempo, destinada
á celebrar las bodas del futuro
en sus campos de eterna primavera,
y la llamó la Atlántida soñada!

Pero Dios reservaba
la empresa ruda al genio renaciente
de la latina raza, domadora
de pueblos, combatiente
de las grandes batallas de la historia!
Y cuando fué la hora,
Colón apareció sobre la nave
del destino del mundo portadora,—
y la nave avanzó. Y el Oceano,
huraño y turbulento,
lanzó al encuentro del bajel latino
los negros aquilones,
y á su frente rugiendo el torbellino
jinete en el relámpago sangriento!
Pero la nave fué, y el hondo arcano
cayó roto en pedazos
y despertó la Atlántida soñada
de un pobre visionario entre los brazos!

Era lo que buscaba
el genio inquieto de la vieja raza,
debelador de tronos y coronas,
era lo que soñaba!
Ambito y luz en apartadas zonas!
Hélo armado otra vez, no ya arrastrando
el sangriento sudario del pasado
ni de negros recuerdos bajo el peso,
sino en pos de grandiosas ilusiones,
la libertad, la gloria y el progreso!

¡Nada le falta ya! lleva en el seno
el insondable afán del infinito,
y el infinito por do quier lo llama
de las montañas con el hondo grito
y de los mares con la voz de trueno!
Tiene el altar que Roma
quiso en vano construir con los escombros
del templo egipcio y la pagoda indiana,
altar en que profese eternamente
un culto sólo la conciencia humana!
Y el Andes, con sus gradas ciclopeas,
con sus rojas antorchas de volcanes,
será el altar de fulgurantes velos
en que el himno inmortal de las ideas
la tierra entera elevará á los cielos!

VIII

¡Campo inmenso á su afán! Allá dormidas
bajo el arco triunfal de mil colores
del trópico esplendente,
las Antillas levantan la cabeza
de la naciente luz á los albores,
como bandadas de aves fugitivas

que arrullaron al mar con sus extrañas
canciones plañideras,
y que secan al sol las blancas alas
para emprender el vuelo á otras riberas!

¡Allá Méjico está! sobre dos mares
alzada cual granítica atalaya,
parece que aún espía
la castellana flota que se acerca
del golfo azteca á la arenosa playa!
Y más allá Colombia adormecida
del Tequendama al retemblar profundo,
Colombia la opulenta
que parece llevar en las entrañas
la inagotable juventud del mundo!

¡Salve, zona feliz! región querida
del almo sol que tus encantos cela,
inmenso hogar de animación y vida,
cuna del gran Bolívar! ¡Venezuela!
Todo en tu suelo es grande,
los astros que te alumbran desde arriba
con eterno, sangriento centelleo,
el genio, el heroísmo,
volcán que hizo erupción con ronco estruendo
en la cumbre inmortal de San Mateo!

Tendida al pie del Ande,
viuda infeliz sobre entreabierta huesa,
yace la Roma de los Incas, rota
la vieja espada en la contienda grande,
la frente hundida en la tiniebla obscura,
¡mas no ha muerto el Perú! que la derrota
germen es en los pueblos varoniles
de redención futura,—
y entonces cuando llegue,

para su suelo la estación propicia
del trabajo que cura y regenera
y brille al fin el sol de la justicia
tras largos días de vergüenza y lloro,
el rojo manto que á su espalda flota
las mieses bordarán con flores de oro!

¡Bolivia! la heredera del gigante
nacido al pie del Avila, su genio
inquieto y su valor constante
tiene para las luchas de la vida;
sueña en batallas hoy, pero no importa,
sueña también en anchos horizontes
en que en vez de cureñas y cañones
sienta rodar la audaz locomotora
cortando valles y escalando montes!
Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra,
pero más fuerte en el trabajo, vuelve
á colgar en el techo
las vengadoras armas, convencido
de que es estéril siempre la victoria
de la fuerza brutal sobre el derecho!
El Uruguay que combatiendo entrega
su seno á las caricias del progreso,
el Brasil que recibe,
del mar Atlante el estruendoso beso
y á quien solo le falta
el ser más libre, para ser más grande,
y la región bendita!
¡Sublime desposada de la gloria!
¡Que baña el Plata y que limita el Ande!

¡De pie para cantarla! que es la patria,
la patria bendecida,
siempre en pos de sublimes ideales,

el pueblo joven que arrulló en la cuna
el rumor de los himnos inmortales!
Y que hoy llama al festín de su opulencia
á cuantos rinden culto
á la sagrada libertad, hermana
del arte, del progreso y de la ciencia,—
¡la patria! que ensanchó sus horizontes
rompiendo las barreras
que en otrora su espíritu aterraron,
y á cuyo paso en los nevados montes
del Génesis los ecos despertaron!
¡La patria! que olvidada
de la civil querella, arrojó lejos
el fratricida acero
y que lleva orgullosa
la corona de espigas en la frente,
menos pesada que el laurel guerrero!
¡La patria! en ella cabe
cuanto de grande el pensamiento alcanza,
en ella el sol de redención se enciende,
ella al encuentro del futuro avanza,
y su mano, del Plata desbordante
la inmensa copa á las naciones tiende!

IX

¡Ambito inmenso, abierto
de la latina raza al hondo anhelo!
¡El mar, el mar gigante, la montaña
en eterno coloquio con el cielo...
y más allá desierto!
Acá ríos que corren desbordados,
allí valles que ondean
como ríos eternos de verdura,
los bosques á los bosques enlazados,
do quier la libertad, do quier la vida

palpitando en el aire, en la pradera
y en explosión magnífica encendida!

¡Atlántida encantada
que Platón presintió! promesa de oro
del porvenir humano.—Reservado
á la raza fecunda,
cuyo seno engendró para la historia,
los Césares del genio y de la espada,—
aquí va á realizar lo que no pudo
del mundo antiguo en los escombros yertos,—
la más bella visión de sus visiones!
¡Al himno colosal de los desiertos
la eterna comunión de las naciones!

LA LEYENDA DE PROMETEO

El asunto de esta fantasía es universalmente conocido. La fábula griega narrada por Hesiodo, ha sido el tema de numerosos poemas.

Esquilo recogió este mito religioso de las sociedades primitivas, para personificar en él el sentimiento de la libertad, en pugna eterna con las preocupaciones.

La epopeya, el drama, hasta el romance vulgar, se han ejercitado en tan sublime asunto.

El autor de esta fantasía no ha querido hacer un poema, porque habría sido empresa loca acometer una tarea en que gastó sus robustas fuerzas el genio cosmogónico de Quinet.

No ha hecho más que un canto, al espíritu humano, soberano del mundo, verdadero emancipador de las sociedades esclavas de tiranías y supersticiones.

Si ha conseguido elevarse á la altura del asunto, lo dirá la crítica, en cuya imparcialidad descansa.

A pesar de ser tan conocida esta leyenda, conviene reproducirla, para los que la hayan olvidado.

He aquí cómo la describe Renaud, ciñéndose á la narración de Hesiodo en su Teogonía:

Antes hubo seres que intentaron el progreso del hombre por la fuerza del pensamiento; pero en vez de gloria, lanzaron crueles castigos, en razón á que se suponía

que los dioses veían con envidia á aquellos invento
que usurpaban algo de su poder con sus creaciones
dependientes. Admiraban las proezas de la fuerza fís
tronchar árboles y hacer rodar peñascos; pero les in
día miedo el ver encender lumbre, forjar el hierro, ve
alimentar y sanar por medio de preparaciones miste
sas. Quizá habrían aceptado tales invenciones, sin el
mor del rayo, que parecía siempre dispuesto á heri
los temerarios. Decíanse en voz baja que Esculapio p
ció de un modo terrible, porque había querido resuc
muertos con brebajes; y á veces, excitados por el ter
se hacían verdugos para adelantarse á los dioses, m
ban á Triptolemo que les enseñaba la agricultura. Pro
teo fué el más famoso de aquellos genios benéficos. l
tenecía á la gran raza de titanes que se rebeló co
los dioses, aunque más cuerdo que sus hermanos no t
parte alguna en aquellas luchas del orgullo, sin duda
que veía claro el desenlace de la guerra, por amenaz
ras que fuesen las cohortes de los titanes. A mayor al
damiento, ¿qué le importaban aquellos furores de a
ciosos contra ambiciosos que combatían entre sí, u
para conservar el trono celeste y otros para recobra
Su corazón no estaba allí, lejos de aquellos poderc
de aquellos soberbios, dioses ó titanes: miraba con
vido cómo se agitaban las criaturas débiles, tímidas,
vestidos y sin utensilios, oprimidas á la vez por la ti
y por el cielo donde nadie se cuidaba de acudir en
auxilio. Ni titanes ni dioses pensaban en los hombre
cuando Zeus, rey del Olimpo, salió vencedor, quiso
truir á los inocentes mortales con sus enemigos, á tal
to llegó la embriaguez de su victoria. Prometeo lo s
y no se contentó con esto, sino que aspiró á sacarle
la condición de animales en que vivían, para lo cual
fuego del cielo y les enseñó á bosquejar las prim
artes con aquella especie de alma de la materia.
se indignó, porque no quería la prosperidad del hom

no que, como amo celoso, deseaba esclavos incapacita-
os de elevarse. No se atrevió ó no pudo quitar á los
ortales el fuego de cuya conservación cuidaban todos;
ero castigó á Prometeo atándole con cadenas en un mon-
, no lejos del Cáucaso, entre Europa y Asia, para que
mundo entero viese el castigo, y dejándole á merced
e un buitre que noche y día devoraba su hígado que
enacía eternamente.

»Esquilo, el primero de los poetas griegos por su alma
su brío, genio hostil á las tiranías, porque anteponía
todo la justicia y la dignidad, compuso tres dramas
on esta leyenda: «Prometeo llevándose el fuego, Prome-
eo encadenado y Prometeo libre,» de cuyos dramas sólo
ueda el segundo, «Prometeo encadenado,» sin que la obra
utilada así por los siglos, haya bajado de la altura en
ue las inspiraciones, dejando ya de pertenecer á una for-
a de arte, á una patria, á una fibra especial del cora-
ón, se confunden con el alma universal del género hu-
ano.

Prometeo es todo heroísmo, según le pinta el poeta que
encontró en los mitos religiosos. Practicaba el bien por
impatía, y aún siendo víctima de su obra, no la deplo-
aba, porque su conciencia le sostenía en el suplicio. Con
l justo orgullo de su dolor exclamaba hablando de su
erdugo: «Yo tuve lástima de los mortales y él no me ha
zgado digno de compasión.»

»Con efecto, el rey de los dioses no perdona á aquel
mancipador de la civilización humana; pero se ve aisla-
o en su omnipotencia, nadie simpatiza con él, en tanto
ue todos ensalzan á Prometeo. Al principio las Oceá-
idas ninfas del mar, olas con formas de doncellas, vie-
en á consolar al paciente con sus cantos. Tendido en
u peñasco no puede ver á las compasivas visitantes; pero
ye el ruído de su llegada «como el de pajarillos cuyas
las hacen vibrar el aire suavemente.»

En vano, sin embargo, quieren calmar el dolor de Pro-

meteo, á quien sólo una idea sostiene en su tormento es que un día su enemigo triunfante será destronado. rey de los dioses penetra la idea de su víctima, y, aterrizado, le envía con el mensajero de los dioses la or de que se explique y descubra el porvenir. Prometeo desmaya con la esperanza de verse libre. «Jamás, adrentado por el fallo de Júpiter, seré yo pobre de esp como una mujer; jamás, como una mujer, levantaré brazos suplicantes hacia aquel á quien aborrezco con t mi odio, para pedirle que rompa mis cadenas: lejos mí tan cobarde pensamiento.» El dios impotente no t otra cosa que hacer sino vengarse con algún nuevo su cio mientras reina aún, y con efecto, emplea las amenazas para quitar á Prometeo hasta los seres compas que le consuelan. El coro, más digno que el dios, resp de á su mensajero: «Dime otras palabras, dame otros sejos y te podré escuchar. Lo que me dices me opr el corazón. ¿Cómo puedes ordenarme semejante villan Los males que sufra Prometeo, quiero sufrirlos yo. vivido en el odio á los traidores; la enfermedad más pugnante es la traición.» Estalla el trueno, mugen vientos, se levanta el mar; y Prometeo continúa inve ble llamando con sus injustos tormentos al Eter que l los mundos, refugiándose contra el dios de un día e naturaleza eterna.»

Tal es la leyenda que ha servido de tema al siguiente canto, escrito para no ser publicado, y publicado á insc cia de amigos que tienen derecho á exigir del autor sa ficios de mayor magnitud.

PROMETEO

I

Sobre negros corceles de granito
á cuyo paso ensordeció la tierra,
hollando montes, revolviendo mares,
al viento el rojo pabellón de guerra
teñido con la luz de cien volcanes,
fueron en horas de soberbia loca,
á escalar el Olimpo los Titanes.

Ya tocaban la cumbre inaccesible
dispersando nublados y aquilones,
ya heridos de pavor los astros mismos
en confusión horrible,
como yertas pavesas descendían
de abismos en abismos;
y el tiempo que dormía
en los senos del báratro profundo,
se despertó creyendo que llegaba
la hora final del mundo!

El cielo estaba mudo;
y la turba frenética avanzaba
con ronca vocería,

como avanza rugiendo la marea
en la playa sombría,
cuando Jove asomó: vibró en su mano
el rayo de las cóleras sangrientas,
rugió en su voz el trueno del estrago
y encadenó á su carro las tormentas!

Temblaron los jinetes
en los negros corceles de granito;
redoblaron su zaña
arrojando á los pórticos del cielo
con insultante grito
pedazos de montaña,
y volcaron los mares
para apagar en la soberbia cumbre
los rojos luminares.

Pero Jove, iracundo,
blandió sobre sus frentes altaneras
el hacha del relámpago que hiere
como á una vieja selva las esferas:
á su golpe profundo,
vacilaron montañas y titanes;
y bajó el torbellino,
heraldo de su gloria,
con la negra cimera de huracanes,
á anunciar á los mundos la victoria!

Rodó la turba impía
en espantoso vértigo á la tierra;
no volverá á flamear enn las alturas
su pabellón de guerra
teñido con la luz de cien volcanes.
Cayeron los titanes
del abismo en las lóbregas entrañas;
y Jove vengativo,

convirtió los corceles de granito
en salvajes é inmóviles montañas!

II

El Cáucaso, caballo de batalla
de algún titán caído
al golpe del relámpago sangriento,
se destaca sombrío
con el cuello estirado, cual si fuera
á beber en el cauce turbulento
del piélago bravío.

Sobre la negra espalda,
y entre el espeso matorral de rocas,
que fueron la melena sudorienta
donde cuelgan las nubes vagabundas
sus desgarradas tocas
y en la noche desciende
á dormir fatigada la tormenta,

Tendido está el gigante,
que amarraron los cíclopes soberbios
tras larga lucha fiera
con templadas cadenas de diamante:
aun su pecho jadea
como cráter hirviente;
y cada vez que se retuerce inquieto,
el sol vela su frente,
y la vieja montaña bambolea.

Hogueras son sus ojos,
rojas hogueras que atizó el encono,
antorchas funerarias de la noche
de su eterno abandono.

Y no es un grito humano
lo que exhala su pecho
—que no tiene el dolor tan rudas notas,—
es el estruendo del volcán que estalla,
el grito del torrente en la espesura,
choque de aceros y corazas rotas
en el fragor de la feroz batalla!

Sólo el Ponto responde á los rugidos
que lanza en su desvelo,
y llama en su socorro con voz lúgubre
á las inquietas ondas del Egeo.
Es que también él lucha;
lucha con lo imposible y siempre espera.
Salvaje enamorado
quiere arrastrar consigo á la ribera,
y la ribera sroda
escapa de sus brazos,
dejándole en la lucha misteriosa
de su veste de juncos los pedazos!

En vano el Ponto grita
y se endereza embravecido y fiero.
¡El es también gigante encadenado!
¡Es también prisionero!
No romperá la valla que lo cerca,
ni extenderá su turbulento imperio.
Basta una faja de menuda arena
para atarlo en perpetuo cautiverio.

¡El titán no se abate!
¡Es que el dolor enerva á los pigmeos
y á los grandes infunde nuevos bríos!
Cada día es más bárbaro el combate
y más ruda su zaña;
si afloja un eslabón de su cadena,

un martillo invisible lo remacha
sobre el yunque infernal de la montaña.

Convidados hambrientos
al salvaje festín de su martirio,
vienen los cuervos en revuelta nube;
verdugos turbulentos,
que Júpiter envía enfurecido
á desgarrar la entraña palpitante
de su rival temido.

Suelta el titán los brazos
en actitud cobarde y dolorida
al sentir su frenética algazara;
parece que cayera anonadado
bajo el horrible peso de la vida!
¿Qué maza lo ha postrado?
¿Qué golpe lo ha vencido en la batalla?
¡Es que después del rayo de los Dioses
viene á escupirle el rostro la canalla!

Así en la larga noche de la historia
bajan á escarnecer el pensamiento,
á apagar las centellas de su gloria
con asqueroso aliento,
odios, supersticiones, fanatismos;
y con ira villana,
el buitre del error clava sus garras
en la conciencia humana!

«¡Oh Dios caduco! grita
el titán impotente:
Como esta negra carne que renace
bajo el pico voraz del cuervo inmundo,
renacerá fulgente
para alumbrar y fecundar el mundo

la chispa redentora
que arrebaté á tu cielo despiadado,
germen de eterna aurora
del caos en las entrañas arraigado!

»Desata, Dios caduco,
la turba ladradora de tus vientos;
sacude los andrajos de tus nubes,
y acuda á tus acentos
la noche con sus sombras,
con montañas de espuma el Oceano,
no apagarán la luz inextingible
del pensamiento humano!

»¿Qué importa mi martirio,
mi martirio de siglos, si aún atado,
Júpiter inmortal, yo te provoco,
Júpiter inmortal, yo te maldigo?
¿Si el viejo Prometeo, el titán loco,
el mártir de tu encono
siente tronar la ráfaga tremenda
que va á tumbar tu trono?

»Tres siglos no he dormido;
tres siglos de tormentos.
No hay astro que no se haya estremecido
al sentir mis lamentos,
ni nube, que al pasar no haya vertido
en la copa de aromas del ambiente,
una gota de llanto
para mojar mi frente.

»A veces he llorado,
y el raudal de mis lágrimas heladas
corrió por la ládera
con ruído de cascadas.

El Araxa sombrío,
dragón de negras fauces,
que se calienta al sol en la pradera,
es hijo de mis lágrimas. Por eso
lanza gritos tan hondos,
y atrae cuanto se acerca á su ribera.

»De vez en cuando, siento
sollozos de mujer á la distancia:
es Hesione, la mártir, que se queja
en el fondo del valle abandonada.
Las águilas del Cáucaso que pasan
y la nube bermeja,
que recibió en la faz ruborizada
el ósculo del sol en el Ocaso,
le cuentan mi martirio
y me traen el mensaje de su pena,
el mensaje tiernísimo que escucho,
sacudiendo mi bárbara cadena!

»¿Qué importan tus tormentos,
tus tormentos de siglos, Dios airado?
¿Si en la lengua sonora de los vientos
me transmite los himnos de su alma,
como al través del médano abrasado
va el pólen de la palma?
¿Si en el trémulo seno,
como el rayo en los negros nubarrones,
lleva ella palpitando
el feto colosal de las naciones?

»¡Desata tus borrascas!
Lanza á los aires tu bridón de llama,
caduco soberano,
y desplega en los cielos tenebrosos
tu sangriento oriflama!

Será tu empeño vano;
soplo estéril tu aliento.
Yo he engendrado el titán que ha de tumbarte
de tu trono de nubes:
«el titán inmortal del pensamiento!»

»Ayer, la tierra muda
flotaba en los abismos de la nada,
como una urna vacía
al soplo del azar abandonada,
y en sus hondas y frías cavidades
sólo el eco se oía
del monólogo eterno de las sombras,
y el rumor de las roncas tempestades.

»Hoy, la tierra está viva: alguien habita
el fondo de los mares;
germen de vida y juventud palpita
en sus bosques de acidias y corales.
No es el viento, el que gime en la maraña
de las selvas sonoras;
ruído de alas abajo, y en el cielo,
parece que revientan
semilleros de auroras!

»Júpiter: aturdido con tu gloria,
embriagado de orgullo,
no sientes en los senos del abismo
lo que siente arrobado Prometeo!
Algo, como un arrullo
en el nido de nieblas del vacío,
de misterioso enjambre el aleteo,
cual si bandas de estrellas ensayasen
su plumaje de luz, para lanzarse
á lucir en los campos del espacio
su espléndido atavío!

»Aquella sombra muda,
aquel eterno esclavo, peregrino,
que lanzaste sin rumbo
en las negras jornadas del destino,
ya no va caviloso,
temblando del rumor de su pisada,
lleva la frente erguida
de misteriosa aureola circundada!

»Hay luz y voz en ella:
es flor recién abierta,
cuya blanca y espléndida corola
tiene el perfume agreste de las cumbres
el latir convulsivo de la ola;
en breve de su seno
volarán las ideas
—mariposas de luz del pensamiento,—
y asombrarán al mundo con sus alas,
más sonoras que el viento!

»Ellas me vengarán, Jove caduco:
serán mis herederas.
Yo arrojé en el cerebro de los hombres
semillas de volcán, germen de hogueras.
Desata el huracán de tus furores,
redobla mi tormento;
que ya viene el titán que ha de vengarme:
«el titán inmortal del pensamiento!»

Dijo y calló: no ya desesperado,
torva la faz, revuelta la pupila,
sino grave, sereno, resignado,
como quien sin vencer, sabe que es suya
la victoria final y no vacila.
Algo, como el fulgor de una sonrisa
iluminó su frente,

débil chispa encendida
en helados montones de ceniza!

III

No volvió á retumbar en la montaña
el grito del titán retando al cielo;
ni temblaron las nubes, ni los astros
detuvieron su vuelo
para mirar la bárbara batalla;
ni el negro Ponto amotinó sus ondas
crispado y convulsivo,
para arrancar de su prisión eterna
al gigante cautivo.

Reinó la soledad en la alta cumbre,
que habitó el huracán encadenado,
y descendió el Araxa gemebundo
con torpe pesadumbre,
á arrastrarse callado en la llanura,
como del alma en el profundo cauce,
desatan en silencio los recuerdos
sus ondas de amargura.—

¡Siempre el gigante en vela!
El cielo era la página sombría
en que al débil fulgor de las estrellas
las misteriosas sílabas leía
de su destino fiero;
y el errante cometa,
que en la lejana cumbre aparecía,
su torvo y taciturno mensajero.

De vez en cuando, oía
como ruído levísimo de espumas

en las inquietas algas detenidas;
como el roce ligero
de fantásticas plumas
que tocaban su sien calenturienta;
murmullo blando de hojas,
de un árbol invisible desprendidas
después de la tormenta.

No eran rayos de luna,
ni jirones de niebla desgarrados
por el aire liviano:
era el coro armonioso
de las gentiles hijas del Oceano,
que á la luz del crepúsculo salían
de sus grutas azules,
y en torno del titán encadenado
los húmedos cabellos sacudían.

«No duermas, Prometeo,»
al pasar á su oído murmuraban,
desatando en su alma
las ansias infinitas del deseo.
«¡No duermas! que el Olimpo se estremece
con inquietud extraña,
y truenan los abismos,
como truena el volcán en la montaña!»

Prometeo velaba,
fijo el ojo en las lóbregas esferas
que como enormes olas palpitaban,
y atento al ruído sordo
que las brisas del valle le traían,
el ruído de las razas que hormigueaban
del Cáucaso en las negras madrigueras.

IV

Una tarde... ya el sol desfallecía,
como herido impotente,
en los brazos obscuros
del enorme fantasma de Occidente,
cuando sintió temblar la dura roca
en que apoyó tres siglos la cabeza,
y oyó en los aires algo,
como un tropel de fieras
retozando del bosque en la maleza.

Inquieto y tembloroso,
interrogó á las nubes que rodaban
por el espacio mudo,
como gigantes témpanos de nieve
que desprende impaciente
el huracán zañudo.
Las nubes le dijeron
que el Olimpo crujía,
y que los viejos Dioses expiraban
en horrenda agonía.

Y la voz quejumbrosa
de las gentiles hijas del Océano,
que en su pecho vertía
las infinitas ansias del deseo,
volvió á sonar dulcísima en su oído
para decirle en melodioso idioma:

«¡Despierta, Prometeo,
que en las lejanas cumbres
un nuevo sol asoma!»

Volvió el Titán á sacudir airado
sus duros eslabones,

que al esfuerzo supremo rechinaron;
y las rocas cayeron
como viejos torreones
por el rayo de Júpiter heridos,
y los cuervos hambrientos se alejaron
con lúgubres graznidos.

V

¡Ya el gigante está en pie! ya la montaña,
ara de su martirio,
que empapó con la sangre de su entraña
y aturdió en la embriaguez de su delirio;
la montaña, testigo dolorido
de su tremenda historia,
es su negro caballo de pelea:
¡el pedestal soberbio de su gloria!

¿Qué ve en la inmensidad desconocida
que su impaciencia calma,
y otra vez avasalla
con cadenas de asombros á su alma?
Ve alzarse en el confín del horizonte,
del espacio en los ámbitos profundos,
sobre la excelsa cúspide de un monte
que se estremece inquieta,
y en medio del espanto de los mundos,
de una cruz la fantástica silueta!

«¡Al fin puedo morir! grita el gigante
con sublime ademán y voz de trueno.
Aquella es la bandera de combate,
que en el aire sereno,
ó al soplo de pujantes tempestades
va á desplegar el pensamiento humano
teñida con la sangre de otro mártir,

—Prometeo cristiano,—
para expulsar del orgulloso Olimpo
las caducas deidades!

»Es un nuevo planeta, que aparece
tras los montes salvajes de Judea,
para alumbrar un ancho derrotero
á la conciencia humana.
El germen fulgurante de la idea,
que arrebaté al Olimpo despiadado:
la encarnación gigante de mi raza,
«¡la raza prometeana!»
»¡Al fin puedo morir! Hijo de Urano,
llevo sangre de dioses en las venas,
sangre que al fin se hiela!
Aquel que me sucede, hijo del hombre,
lleva el fuego sagrado
que eternamente riela,
ya lo azoten los siglos con sus alas
ó el viento furibundo,
el fuego del espíritu, heredero
del imperio del mundo.»

Dijo, y cayó como la vieja encina
que troncha el leñador con golpe rudo.
La montaña tembló; y el negro Ponto
se enderezó, zañudo,
para asistir á su hora postrimera,
y las gentiles hijas del Océano
bajaron presurosas
y en torno á su cadáver encendieron
de perfumadas leñas una hoguera!

VI

¿Qué es aquello que cruza
con planta soberana,

sembrando mundos y encendiendo estrellas
por la extensión callada?
Si se posa en la cumbre,
la cumbre se despierta sonrosada,
como al ósculo tibio de la aurora
despierta enrojecida la mañana:

Si baja á la pradera,
dormida en brazos de la niebla fría,
la pradera galana
con su velo de novia se atavía,
y al rumor misterioso de su huella
se ciñe el viejo bosque
su corona más bella:

Si al mar desciende—que la espalda encorva
como esclavo sumiso
para besar su turbulenta planta,—
el mar abre su seno
y el más sublime de sus himnos canta:
el himno con que arrulla
el sueño de los negros promontorios,
centinelas inmóviles del mundo,
y le enseña latiendo en sus entrañas,
de las faunas y floras venideras,
el légamo fecundo.

Las tenebrosas puertas del pasado
rechinan á su empuje omnipotente,
y se alzan en tropel á su presencia,
desde el fondo del caos petrificado,
las formas y las razas extinguidas
en cuya adusta frente,
el ojo de la ciencia deletrea
el verdadero Génesis del mundo,
que la leyenda bíblica falsea!

Todo á su paso vive, alienta, brota:
el mar, el monte, la desierta esfera;
y á su soplo creador todo se espande
palpita y reverbera.
Levanta el polo mudo,
como un arco triunfal para que pase,
sus montañas de hielo,
y enciende presuroso
sus gigantescas lámparas el Ande
para alumbrarle el tránsito del cielo!

El es el soberano, el heredero
del cetro de la tierra,
por su inmenso poder transfigurada!
No hay piélago ni abismo
que no rasgue su séno á su mirada.
El guerrero inmortal que en cruda guerra
destronó el paganismo
y rompió las cadenas que arrastraba
la pobre humanidad esclavizada.

Es la chispa divina
encendida en las bóvedas obscuras
de la conciencia humana,
que todo lo ilumina;
el signo de una raza de titanes
destinada á la lucha y al martirio:
«¡la raza prometeana!»
En la cruz, en la hoguera,
en el árido islote, en el desierto,
en el claustro sombrío, donde quiera
vierte su sangre á mares
que los helados páramos caldea,
su sangre, que en los cauces seculares
de la historia, desata
las corrientes eternas de la idea!

Hermanos son en el dolor, y hermanos
en la fe y en la gloria
cuantos despejan la futura ruta
con la luz inmortal del pensamiento.
Ya mueran en el Gólgota, ya apuren
de Sócrates severo
la rebosante copa de cicuta,
ya nuevo Prometeo,
al torvo fanatismo desafíe
sobre Roma, montaña de la historia,
el viejo Galileo!

VII

¡Arriba, pensadores! que en la lucha
se templa y fortalece
vuestra raza inmortal, nunca domada,
que lleva por celeste distintivo
la chispa de la audacia en la mirada
y anhelos infinitos en el alma;
en cuya frente altiva
se confunden y enlazan
el laurel rumoroso de la gloria
y del dolor la mustia siempreviva!

¡Arriba pensadores!
¡Que el espíritu humano sale ileso
del cadalso y la hoguera!
Vuestro heraldo triunfal es el progreso
y la verdad la suspirada meta
de vuestro afán gigante.
¡Arriba! que ya asoma el claro día
en que el error y el fanatismo expiren
con doliente y confuso clamoreo!

Ave de esa alborada es el poeta,
hermano de las águilas del Cáucaso,
que secaron piadosas con sus alas
la ensangrentada faz de Prometeo!

A VICTOR HUGO

I

¡La negra selva por doquier! el viento
como inquieto lebrel encadenado
aullando en la espesura!
¡La noche eterna por doquier! el cielo
como un mar congelado,
y el mar como una inmensa sepultura.

De tarde en tarde brilla,
de la aurora boreal el rayo frío,
y á su vislumbre pálida, los astros
que ruedan lentamente en el vacío,
enormes buques náufragos semejan,
que al ronco són del trueno,
van llevando sin rumbo
cadáveres de mundos en su seno!

Hay vida en la creación, vida embrionaria
pero embotada y fría.—Allá á lo lejos,
en la extensión inmensa y solitaria,
islas y continentes van surgiendo
de la muriente aurora á los reflejos,
como monstruos del mar que se dirigen

en confuso rebaño hacia la orilla;
y los montes lejanos,
gigantes de armaduras de granito,
parece que esperasen de rodilla,
el mandato de Dios, para lanzarse
á escalar la región del infinito!

II

Era la edad en que la densa noche
del polo sobre el mundo se extendía,
la noche de la calma aterradora,
en cuya soledad, lóbrega y fría
como raudal helado, dormitaba
la savia engendradora!
No hay noche sin mañana...
En el cielo, en la historia, donde quiera
la sombra es siempre efímera y liviana,
la nuba, por más negra, pasajera;
y aquella noche al fin iba á rasgarse
como inmensa, flotante vestidura.
Preludios de gorjeos, ruídos de alas,
la alegría del nido en la espesura,
flotaron en la atmósfera ligera,
y antes de desplegar la luz sus galas
entonó un ave la canción primera!

Al eco de la insólita armonía
la tierra despertó.—La selva obscura
con ansia de volar, batió las ramas;
misteriosa y extraña vocería
se alzó del mar en la siniestra hondura,
cual si ensayasen sus salvajes himnos
la borrasca y la tromba asoladora,
y de la informe larva del abismo,
mariposa de luz, surgió la aurora!

III

También la historia tiene
torvas noches de horror, como el Oceano,
noches glaciales en que duerme todo
la vida, el arte, el pensamiento humano.
También como en la selva primitiva
de mustias cicadeas,
la savia del espíritu dormita,
sin reventar en frutos, ni cuajarse
la flor de las ideas!

¡Qué lentas son las horas de la historia!
¡Qué largo y qué sombrío
el imperio del mal!—cuando parece
la conciencia pasmada,
profundo cráter de apagada escoria,
desierto cauce de agotado río,
y en la noche callada
no se oye más rumor que el de la orgía
ó el áspero crujir de la cadena,
mientras del cielo en la extensión vacía,
la ronca voz de los espantos truena!

IV

Tarda el amanecer, pero al fin llega,
¡oh mal! ¡no eres eterno!
Así como en la noche de la tierra,
profunda noche de aterido invierno,
el mundo despertó cuando en las ramas
de la selva dormida
el primer himno resonó del ave
que desplegaba el ala entumecida
presintiendo á la aurora:

Así la humanidad despierta inquieta
en la noche moral abrumadora
cuando surge el poeta,
ave también de vuelo soberano,
que en las horas sombrías,
canta al oído del linaje humano
ignotas armonías,
misteriosos acordes celestiales,
enseñando á los pueblos rezagados
el rumbo de las grandes travesías,
la senda de las cumbres inmortales.

V

Olvidada de Dios, Judá apuraba
la copa del placer.—En sus altares,
los ídolos extraños recibían
cobarde adoración.—No era la esposa
sencilla del Cantar de los cantares,
no era la Virgen de Israel, gallarda
como las palmas de Samir: ajada
la tez de rosa y ulcerado el pecho,
con inquietud febril se revolcaba
del vicio impuro en el candente lecho!

¡Viento de corrupción! viento de muerte
soplaba sobre el mundo.—Babilonia,
del deleite en los brazos reclinada,
ceñida la guirnalda, flaco el brazo
para blandir el hierro,
y á la orilla del Eúfrates sentada,
á los pueblos vecinos daba cita
en las lúbricas danzas del Becerro
ó á la sombra del mirto de Mylita!

El mundo iba á morir—como Bacante
ebria al compás de báquicas estrofas,
al són de besos, al rumor de orgías,—
cuando á las puertas del cerrado templo,
torvo y airado apareció Isaías!
Y tronó en los espacios vengadora
su voz, hondo murmullo
de rayos, fulminando
al crimen, á la guerra y al orgullo,
prediciendo á la plebe pecadora
largas horas de llanto, tras las cuales,
purificada y bella, surgiría
la ciudad del Señor; y á Babilonia,
á Babilonia la soberbia, el día
en que el Medo feroz, los vasos de oro
y las sedas de Persia, el arpa siria
con que encantaba al mundo,
las águilas de bronce, los jardines
aéreos, todo, todo,
iba á hollar insensible
de sus corceles bajo el casco inmundo!

VI

Dos razas batallaban
en campo estrecho con furor insano,—
la vieja raza de la historia, aquella
señora un tiempo del destino humano,
abuela de naciones;
la que templó sus armas
al sol de Arabia y abrevó en las ondas
del Indus y del Tígris sus legiones,—
y la raza nacida
del sol levante al ósculo de fuego,
que llevaba en la frente
la centella de luz del genio griego!

¿Cuál iba á sucumbir? La raza vieja
esclava del destino, mar volcado
de Tesalia en el valle sonriente,
avanzaba tenaz.—¡Ya estaba mudo
de Maratón el bosque consagrado!
Ya no brillaba en el combate rudo
de Leonidas la diestra refulgente,
cuando la musa helena,
la musa de alas de águila de Esquilo,
hendió los aires y voló á la escena,
de la rapsodia enervador asilo,
y con voz que aún resuena
del mar Egeo en la sonora playa,
ceñida de laurel la sien divina,
al cadencioso són del ritmo jonio,
y entre el fragor de la feral batalla
lanzó el himno triunfal de Salamina!

VII

Ya Roma, no era Roma, la que un día
encadenó á su paso la fortuna,
la Roma de los grandes caracteres,—
mudo el foro, desierta la tribuna,
en sus plazas y circos no se oía
más que el rumor de esclavos y mujeres
en bulliciosa confusión danzando
al són lascivo de los himnos griegos,
ó el palmotear de cortesana impura
del vil histrión en los obscenos juegos,—
ya Roma, no era Roma.—No anidaban
del Aventino en la gloriosa cima,
emblema de una raza gigantea,
las águilas de Júpiter Tonante,
sino en mansa, blanquísima bandada,
las palomas de Venus Citerea!

Dormido estaba el rayo—como duerme
en el monte la lava rugidora
y en la cumbre el turbión.—Llegó la hora,
y el rayo despertó.—Vibró en la lira
de Juvenal, no en caprichoso alarde,
de dulce verso ó de canción sonora,
de torpe mofa ó de cobarde duda;
sino implacable, acerbo, burilando
en carne viva la común afrenta.
Némesis vengadora, el duro azote
alzó sobre la sien calenturienta
de aquel rebaño humano,
y fué marcando con eterno mote,
á la falsa virtud, al crimen pálido,
al vulgo y al tirano!

VIII

Eclipse de la historia, la Edad Media,
¡crepúsculo sin día!
Pesaba sobre el mundo, como inmenso
torrente de tinieblas despeñado
del ancho cielo en la extensión vacía—
astro sin luz, el pensamiento, mustia
lámpara de un altar abandonado
que el cierzo helado azota,
al través de las sombras perseguía
de un prometido bien la luz remota!

Dante entonces, noctámbulo divino,
bajó del corazón al antro obscuro
á descifrar la letra del arcano,
la misteriosa cifra del futuro—
y con voz, ora triste y ora grave,
mezcla á veces de cántico y lamento,

dijo á la muchedumbre horrorizada:
«¡Quien sabe de dolor, todo lo sabe!»
Y de su siglo la conciencia helada,
se despertó á su acento!

IX

Siempre al cambiar de rumbo en el desierto
la caravana humana, halla un poeta
que espera en el dintel, alta la frente
coronada de pálidos luceros,
sacerdote y profeta,
para enseñarle el horizonte abierto
y bendecir los nuevos derroteros!

¡A ti te tocó en suerte, soberano
del canto! ¡Inmortal Hugo!
La más ruda jornada de la historia,—
ya no es una nación que rompe el yugo
de la opresión, ni el canto de victoria
tras las horas durísimas de prueba.—
¡Hoy es la humanidad que se emancipa!
¡Hoy es la humanidad que se renueva!

Todo lo tienes tú, la voz de trueno
del gran profeta hebreo,
fulminador de crímenes y tronos!
El grito fragoroso del que un día
encarnó, para ejemplo de los siglos,
la idea del derecho en Prometeo,
la cuerda de agrios tonos
de Juvenal, aquel Daniel latino,
tremendo justiciero de su siglo,
y el rumor de caverna, de los cantos
del viejo Gibelino!

¡Todo lo tienes tú! por eso el cielo
te dió tan vasto sin igual proscenio.
No hay notas que no vibren en tu lira,
espacios que no se abran á tu genio,—
cantas al porvenir, y los que sufren,
esclavos de la fuerza ó la mentira,
sienten abrirse á sus llorosos ojos
de la esperanza las azules puertas!
Apostrofas al tiempo y se levantan—
¡mágico evocador de edades muertas!
Como viviente, inmenso torbellino,
razas extintas, pueblos fenecidos,
fantasmas y vestiglos,
para contarte en misterioso idioma
la colosal «Leyenda de los Siglos!»

¡Todo lo tienes tú! todo lo fuiste:
profeta, precursor, mártir, proscrito,—
gigante en el dolor te levantaste
cuando en la noche lóbrega sentiste
temblar los mares, vacilar la tierra
con pavorosa conmoción extraña,
cual si un titán demente forcejease
por arrancar de cuajo una montaña.—
Era Francia, montaña en cuya cumbre
anida el genio humano,
la Francia de tu amor, que tambaleaba
herida por el hacha del germano,
y arrojando la lira en que cantabas
la «Canción de los Bosques y las calles»
fuiste á tocar llamada
de París sobre el muro ennegrecido
en el ronco clarín de Roncesvalles!

Desde aquí, teatro nuevo
que Dios destina al drama del futuro,
razas libres te admiran y se mezclan
al coro de tu gloria,—
Orfeo que bajaste
en busca de tu amante arrebatada,
la santa democracia,
á las más hondas simas de la historia!
Desde aquí te contemplan
entre dos siglos batallando airado
y arrancando á la lira,
la vibración del porvenir rasgado
ó el triste acento de la edad que expira!
Y al través de los mares,
astro que bajas al ocaso, envuelto
en torrentes de llama brilladora,—
entonando tus cantos seculares
te saludan los hijos de la aurora!

EL NIDO DE CONDORES

FANTASÍA

I

En la negra tiniebla se destaca,
como un brazo extendido hacia el vacío
para imponer silencio á sus rumores,
un peñasco sombrío!

Blanca venda de nieve lo circunda,
de nieve que gotea
como la negra sangre de una herida
abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
van pasando calladas,
como tropas de espectros que dispersan
las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! Pero hay algo
en el peñasco mismo,
que se mueve y palpita cual si fuera
el corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores, colgado
de su cuello gigante,
que el viento de las cumbres balancea
como un pendón flotante.

Es un nido de cóndores andinos,
en cuyo negro seno,
parece que fermentan las borrascas,
y que dormita el trueno!

Aquella negra masa se estremece
con inquietud extraña:
es que sueña con algo que lo agita
el viejo morador de la montaña!

No sueña con el valle, ni la sierra,
de encantadoras galas;
ni menos con la espuma del torrente
que humedeció sus alas.

No sueña con el pico inaccesible
que en la noche se inflama
despeñando por riscos y quebradas
sus témpanos de llama!

No sueña con la nube voladora
que pasó en la mañana
arrastrando en los campos del espacio
su túnica de grana!

Muchas nubes pasaron á su vista,
holló muchos volcanes,
su plumaje mojaron y rizaron
torrentes y huracanes!

Es algo más querido lo que causa
su agitación extraña:

un recuerdo que bulle en la cabeza
del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía
vencedor inclemente,
trayendo los despojos palpitantes
en la garra potente,

bajaban dos viajeros presurosos
la rápida ladera;
un niño, y un anciano de alta talla
y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
con acento vibrante:
«Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto,
de esta cumbre gigante.»

El cóndor, al oirlo, batió el vuelo;
lanzó ronco graznido,
y fué á posar el ala fatigada
sobre el desierto nido.

Inquieto, tembloroso, como herido
de fúnebre congoja,
pasó la noche, y sorprendiólo el alba
con su pupila roja!

II

Enjambre de recuerdos punzadores
pasaban en tropel por su memoria,
recuerdos de otro tiempo de esplendores
de otro tiempo de gloria,
en que era breve espacio á su ardimiento
la anchurosa región del vago viento!

Blanco el cuello y el ala reluciente,
iba en pos de la niebla fugitiva,
dando caza á las nubes en Oriente;
ó con mirada altiva
en la garra pujante se apoyaba,
cual se apoya un titán sobre su clava!

Una mañana—¡inolvidable día!
ya iba á soltar el vuelo soberano
para surcar la inmensidad sombría
y descender al llano,
á celebrar con ansia convulsiva
su sangriento festín de carne viva,—

Cuando sintió un rumor nunca escuchado
en las hondas gargantas de Occidente;
el rumor del torrente desatado,
la cólera rugiente,
del volcán que en horrible paroxismo
se revuelca en el fondo del abismo!

Choque de armas y cánticos de guerra
resonaron después. Relincho agudo
lanzó el corcel de la argentina tierra
desde el peñasco mudo;
y vibraron los bélicos clarines,
del Ande gigantesco en los confines!

Crecida muchedumbre se agolpaba
cual las ondas del mar en sus linderos;
infantes y jinetes avanzaban
desnudos los aceros,
y atónita al sentirlos la montaña,
bajó la frente, y desgarró su entraña! (1)

(1) Pasaje de los Andes—23 de Enero de 1817.

¿Dónde van? ¿dónde van? ¡Dios los empuja!
Amor de patria y libertad los guía;
donde más fuerte la tormenta ruja,
donde la onda bravía
más ruda azote el piélago profundo,
van á morir ó libertar un mundo!

III

Pensativo á su frente, cual si fuera,
en muda discusión con el destino,
iba el héroe inmortal que en la ribera
del gran río argentino,
al león hispano asió de la melena
y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor lo miró, voló del Ande
á la cresta más alta, repitiendo
con estridente grito: ¡este es el grande!
Y San Martín oyendo,
cual si fuera el presagio de la historia,
dijo á su vez: ¡mirad! ¡Esa es mi gloria!

IV

Siempre batiendo el ala silbadora,
cabalgando en las nubes y en los vientos,
lo halló la noche y sorprendió la aurora;
y á sus roncos acentos,
tembló de espanto el español sereno
en los umbrales del hogar ajeno!

Un día... se detuvo; había sentido
el estridor de la feroz pelea;

viento de tempestad llevó á su oído
rugidos de marea;
y descendió á la cumbre de una sierra,
la corva garra abierta, en son de guerra!

¡Porfiada era la lid!—por las laderas
bajaban los bizarros batallones
y penachos, espadas y cimeras,
cureñas y cañones,
como heridos de un vértigo tremendo
en la cima fatal iban cayendo!

¡Porfiada era la lid! En la humareda,
la enseña de los libres ondeaba
acariciada por la brisa leda
que sus pliegues hinchaba:
y al fin entre relámpagos de gloria,
vino á alzarla en sus brazos la victoria! (1)

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
grito inmenso de júbilo salvaje;
y desplegando en la extensión vacía
su vistoso plumaje,
fué esparciendo por sierras y por llanos
jirones de estandartes castellanos!

V

Desde entonces, jinete del vacío,
cabalgando en nublados y huracanes
en la cumbre, en el páramo sombrío,
tras hielos y volcanes,
fué siguiendo los vívidos fulgores,
de la bandera azul de sus amores!

---

(1) Batalla de Chacabuco—12 de Febrero de 1817

La vió al borde del mar, que se empinaba
para verla pasar, y que en la lira
de bronce de sus olas entonaba,
como un grito de ira
el himno con que rompe las cadenas
de su cárcel de rocas y de arenas!

La vió en Maipú, en Junín y hasta en aquella
noche de maldición, noche de duelo,
en que desapareció como una estrella
tras las nubes del cielo;
y al compás de sus lúgubres graznidos
fué sembrando el espanto en los dormidos! (1)

¡Siempre tras ella, siempre! hasta que un día
la luz de un nuevo sol alumbró al mundo;
el sol de la libertad que aparecía
tras nublado profundo,
y envuelto en su magnífica vislumbre
tornó soberbio á la nativa cumbre!

VI

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero,
en el calvo señor de la montaña!
Por eso se agitaba entre su nido
con inquietud extraña;
y al beso de la luz del sol naciente
volvió otra vez á sacudir las alas
y á perderse en las nubes del Oriente!

¿A dónde va? ¿Qué vértigo lo lleva?
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?
Va á esperar del Atlántico en la orilla

(1) Sorpresa de Cancha Rayada 19 de Marzo de 1818

los sagrados despojos
de aquel gran vencedor de vencedores,
á cuyo solo nombre se postraban,
tiranos y opresores!

Va á posarse en la cresta de una roca,
batida por las ondas y los vientos,
«allá, donde se queja la ribera
»con amargo lamento,
»porque sintió pasar planta extranjera
»y no sintió tronar el escarmiento!»

¡Y allá estará! cuando la nave asome
portadora del héroe y de la gloria,
cuando el mar patagón alce á su paso
los himnos de victoria,
volverá á saludarlo como un día
en la cumbre del Ande,
para decir al mundo: ¡Este es el grande!

Mayo de 1877.

EL ARPA PERDIDA (1)

FANTASÍA

I

La ráfaga lasciva
jugaba con las velas de la nave
de altivo porte y de cortante proa,
que en la tarde serena
dejó la playa que con dulces lazos
la retuvo cautiva,
y que le tiende los amantes brazos
que rechaza la amante fugitiva!
Era la hora
en que la mar, la mar gigante, siente
misterioso rumor, honda congoja,

(1) Esta Fantasía tiene por base un episodio histórico.

En el mes de Marzo de 1824 naufragó en el Banco Inglés del Río de la Plata el bergantín *La Agénoria*, que conducía al Dr. D Valentín Gómez, Ministro Argentino en la Corte del Janeiro, y su secretario el poeta D. Esteban Luca y Patron.

La mayor parte de los pasajeros se salvaron, permaneciendo á bordo, hasta que fueron socorridos por un buque mandado desde Buenos Aires.

Sólo el poeta Luca se embarcó en una débil angada formada de tablas, y pereció en el río, sin que se llegase á encontrar su cadáver.

Luca había cantado en magníficos versos la Victoria de Chacabuco, los Triunfos de Cochrane en el Pacífico, y *La Libertad de Lima*, en aquella oda inmortal que comienza así:

No es dado á los tiranos
Eterno hacer su tenebroso imperio,

y tiembla como el pájaro en el bosque
y en el árbol la hoja,
porque bajan las sombras de Occidente
con cauteloso paso,
á espiar al sol que se envolvió en sus ondas
y duerme en su regazo!

De pie, sobre la popa
de la nave gentil que lenta avanza
y que á la luz crepuscular parece
una nave que se pierde en lontananza
en busca de su nido,
va el bardo peregrino
inquieto como ella,
de las ondas antiguo conocido,
á quien habla la brisa vagabunda
y sonríe en los cielos una estrella!

Aquella estrella amiga,
que tantas veces en la patria amada
besó su frente y enjugó sus ojos
con el dulce calor de su mirada!
Aquella estrella triste
que á la orilla del Plata
bajó una noche, y le confió al oído
el dulce nombre de otra estrella ingrata!

Ni una sílaba brota
del labio mudo del cantor errante;
ni palpita una nota
en la lira que otrora
con acento vibrante,
alzó á la libertad himno de gloria
y saludó aquel astro soberano,
que rasgando montañas de tinieblas,
asomaba en el cielo americano!

Algo, como el murmullo
del enjambre interior del pensamiento,
misterioso aleteo de quimeras
que con doliente arrullo
se alejan en las ráfagas del viento,
celestes bayaderas
que en bulliciosa tropa
lo llaman desde lejos,
percibe el trovador que yace mudo
del inquieto bajel sobre la popa!

Al fin el labio trémulo
les dice «¡adiós!» con efusión extraña
á las ondas que pasan
en raudo torbellino,
á la negra montaña
que alarga la cabeza de granito,
como guardián uraño del destino,
de vela en el umbral del infinito.
Les dice «¡adiós!» el bardo peregrino!

¡Adiós! al mar, la fiera encadenada
que revuelve en la sombra la pupila
olfateando la tierra descuidada,
que eternamente afila
el peñasco sombrío,
hambienta y negra garra
con que amenaza al cielo en sus enojos,
y cuanto pasa á su alrededor desgarra!

¡Adiós! que allá distante,
como cinta fantástica ceñida
del horizonte azul á la cintura,
va surgiendo á sus ojos, palpitante,
de la patria la tierra bendecida;
la tierra de ventura

que bajo el cielo tropical soñaba,
y cuyo santo nombre repetía
en otra tierra bella: ¡pero esclava!

II

El Plata se adelanta
con impaciente y turbulento paso,
á recibir la nave que desplega
en el alto mástil la enseña santa,—
la enseña que paseó por sus llanuras
el viejo Brow, en raudo torbellino,—
la enseña de los déspotas odiada,
que parece, flameando en las alturas,
blanca nube que cuelga de los cielos
con un jirón del firmamento atada!

¡Caricias de león! ¡amor de fiera!
La débil nave cruje entre sus brazos,
y más la estrecha el río enamorado
con lujuria salvaje;
parece que quisiera
arrastrarla á sus antros tenebrosos,
ahogarla en sus espumas,
y jugar con sus tablas, como juega
de la gaviota con las blancas plumas!

¿Quién ruge por allá, que tiembla el Plata?
¿Quién baja de la altura
espoleando las nubes, que parecen
negros potros que cruzan la llanura?
¿Quién hace aullar las olas
como hambrientos lebreles,
y azota con su látigo de fuego
las rocas y los frágiles bajeles?

El huracán que llega
á disputar su presa al Plata inquieto!
El huracán, pirata del abismo,
que con la voz del trueno
lanza á los cielos insultante grito
y celoso de Dios, que lo perdona,
pretende en su locura
ahogar con mano impura
la centelleante luz de su corona!

¡Ay! ¡de la débil nave!
¡Ay! ¡del bardo gentil del arpa de oro!
La nave va saltando de ola en ola,
como corcel herido
que lleva en los ijares la cornada
del iracundo toro.
Y el bardo taciturno
sonríe con desdén á la tormenta,
fija siempre en las sombras su mirada!

Es que también él siente
otro huracán rugiendo en su cabeza;
y lleva, aunque sereno,
como la nave herida por el rayo,
otra herida mortal dentro del seno
que sangra eternamente;
la herida de la duda
por donde el alma arroja á borbotones
los sueños generosos que encendieron
las chispas de las dulces ilusiones!

¡Ay! ¡de la débil nave!
¡Ay! ¡del bardo gentil del arpa de oro,
que la brisa del trópico suave
despidió con tristísimo lamento!

El huracán sañudo
va tronchando sus mástiles soberbios
como podridas cañas,—
asesino feroz que en su demencia,
le revuelve el puñal en las entrañas!

Como la inerme res que el duro lazo
conduce al matadero,—
la res desgarretada
que aún lucha de rodillas
con su enemigo fiero,—
aquella pobre nave destrozada,
gladiador expirante,
va arrojando á la faz de su verdugo,
jirones de su seno palpitante!

III

¡Horrenda sacudida!
la nave se detiene amedrentada,
y temblando de espanto como un niño,
quiere emprender la huída;
pero una mano férrea la sujeta!
La zarpa del abismo,
que juega con las naves, como juega
con el carro ligero
el brazo formidable del atleta!

¡Ahí está prisionera
del escollo traidor que la asechaba!
Y en vano en el terror de la impotencia
quiere romper la bárbara cadena
que la retiene esclava!
En vano se retuerce y forcejea;
el escollo la estrecha entre sus brazos
y el huracán feroz la abofetea!

¡No hay esperanza ya! la pobre nave,
como un cadáver mutilado flota
amarrado al abismo
con invisibles lazos!
Las nubes, son las aves de rapiña
que bajan turbulentas
á devorar su carne á picotazos!

IV

En medio del estrago,
taciturno y sombrío,
yace el bardo gentil del arpa de oro,
el bardo que cantó del patrio río
la cólera y la calma,
y que al fin va á confiarle
los últimos delirios de su alma!

Desciende de la nave
con paso firme y ánimo sereno:
¿á dónde va? ¡quién sabe!
En el roto mástil posa la planta,
y con la fe del bueno
y el arpa de oro al lado,
se lanza á la ventura
á las ondas del piélago irritado!

V

Los náufragos oyeron
largo rato en la sombra que crecía,
sobre la voz del huracán y el trueno,
murmullos de celeste melodía,

notas truncas de música divina,
como si alguien cantara en lontananza
el himno de las santas alegrías,
el poema inmortal de la esperanza!

Desde entonce, el viajero
oye en la noche plácida y serena,
ó entre el rumor de la tormenta brava,
como el eco de dulce cantinela
que de lejos lo llama;
es el arpa perdida,
el arpa del poeta peregrino
casi olvidado de la patria ingrata,
que duerme entre los juncos de la orilla
del turbulento y caudaloso Plata!

LA NOCHE DE MENDOZA

A EMILIO CIVIT

I

Inmenso campo de batalla, abierto
bajo el ojo de Dios,
palenque de las fuerzas de la vida,
la tierra, el cielo y el Océano son.

Do quier la lucha, la exclusión, la muerte,
del estrago la voz;
la aurora nace desgarrando sombras,
y es hija del dolor la inspiración.

Siempre las nubes con el viento en guerra
con las nieblas el sol;
en la noche del mar hierve la tromba
y en la noche del alma la pasión.

Siempre en la historia combatiendo airadas
la fuerza y la razón;
siempre la duda con tenaz porfía
del entusiasmo y la ilusión en pos!

El trueno duerme en el nublado, y duerme
el volcán rugidor
bajo los pies de la ciudad alegre
coronada de flores y verdor.

Un soplo pasa, y el nublado estalla
con sangriento fulgor;
llega la hora y el volcán se agita
con honda y prolongada convulsión.

II

Tranquila, indiferente,
la gallarda ciudad que en otros días
forjó las armas de la lucha fiera,
dormía muellemente
al són de las nocturnas armonías
y al pie de la gigante cordillera.

Todo era luz y aromas:
la blanca luna en la celeste cumbre,
sobre collados y turgentes lomas
dulcemente vertía
tibio raudal de soñolienta lumbre.
Y su convoy de pálidas estrellas,
de alas de nieve y de pupilas de oro,
á veces parecía
bandada de palomas
de un lago azul sobre el cristal sonoro!

Do quiera se escuchaba
ese vago rumor, hondo latido
del corazón del mundo que se siente
por cadenas de sombras oprimido:
y á lo lejos el Andes semejaba
del ancho espacio en las etéreas sendas,

las silenciosas, blanquecinas tiendas
de ejército dormido.

III

No dormía. Velaba
la legión de los cíclopes bravía
que en baluarte de rocas
eternamente espía,
con el rayo en la mano,
á su rival temible, el Oceano.

Acaso vió lanzarse en son de guerra
hacia la agreste playa
al mar que en cárcel de granito guarda
por mandato de Dios; y á la batalla
la espantosa legión corrió ligera,
sus penachos de llama dando al viento,
y, al desplegar la colosal bandera,
vacilaron los astros en el cielo
y retembló la tierra en su cimiento!

Todo á su paso se turbó. La luna
rodó por el espacio antes sereno
como ave enorme que desciende herida,
rotas las alas, desangrando el seno,
y las blancas estrellas se apagaron
con lúgubre chirrío,
como los cirios del altar que apaga
del viento de la noche el soplo frío!

Olas de un mar de piedra, sacudidas
por manos invisibles, parecían
colinas y montañas;
y en fantástica danza confundidas

se alzaban, tambaleaban y caían
palacios, monumentos y cabañas!

¡Nada quedó de pie! La tierra loca,
como indomable potro encabritado,
arrojaba de sí cuanto tenía.
¡Nada quedó de pie! Sólo la muerte,
ebria y repleta entre las sombras densas,
saltaba de alegría!

IV

¿Dónde está la ciudad que fué en otrora
vanguardia de la patria, la galana
ninfa del valle andino, en cuyo seno
de San Martín la frente soñadora
se posó febriciente, meditando
la empresa sobrehumana?

¿Dónde está la ciudad de alegres calles
y verdes enramadas?
¿Dónde los templos, sus altares? ¿Dónde
las músicas sagradas?
¿Qué fué de aquel hogar en que brindaba
venturas el destino?
¡Ah! ¡todo lo arrastró con furia loca
en sus brazos de polvo el torbellino!

¡Nada quedó de pie! Las altas torres,
los álamos erguidos,
el palacio del rico, el rancho humilde
en unión espantosa confundidos,
todo cayó, como las verdes cañas
que troncha el huracán. ¡Todo fué escombros!
La cólera de Dios había pasado,

sembrando estragos,
pero todo renace. Hasta el torrente
deja limo fecundo tras sus pasos,—
llama de sacrificio es sol de gloria,
y una ruína es á veces la simiente
de nuevas formas en la humana historia!

¡Mendoza renació! Bella y contenta
al borde de su tumba se levanta
como brota en las grietas de la roca,
verde y gallarda, vigorosa planta.
Alguna vez su suelo se estremece
cual si lo hiriera sensación extraña:
es que velan los cícoples sañudos
en la fragua infernal de la montaña!

¡Vivir es combatir! dicen sus hijos.
Y viven combatiendo. Donde quiera
brota la mies la tierra estremecida
al soplo de una eterna primavera
con el afán de renaciente vida,—
ninguno siente opreso
por el peligro el corazón, pues llevan
cual misterioso talismán sagrado
el anhelo infinito del progreso!

Marzo 20 de 1880.

A PAYSANDU

INVOCACIÓN

¡Sombra de Paysandú! ¡Sombra gigante
que velas los despojos de la gloria!
¡Urna de las reliquias del martirio,
espectro vengador!
¡Sombra de Paysandú! ¡lecho de muerte,
donde la libertad cayó violada!
¡Altar de los supremos sacrificios,
santuario del valor!

¡Sombra de Paysandú! ¡Muda y airada
como en las horas del sublime trance,
cuando azotaban con zañudo embate
tu soberbia cerviz!
Cuando formaban tu esplendente aureola
las calientes señales del suplicio,—
rojizos rastros de fecunda sangre
de la ancha cicatriz!

¡Calvario de la santa democracia!
¡Vidua del patriotismo y la nobleza!
¡Tus vestidos de luto son tus ruínas,
de eterna majestad!

Cuna de los guerreros de alma grande,
de las hembras de pecho varonil,
semillero de gloria y heroísmo,
paz en tu soledad!

¡Paz, á los que cayeron batallando
allá en los días de la lid tremenda!
¡Paz, á los que tuvieron por mortaja
los techos de su hogar!
¡Sombra de Paysandú! ¡Templo de gloria
á cuyas aras se prosterna un mundo!
¡Visión de los supremos sacrificios,
yo te vengo á evocar!

1.º DE ENERO DE 1865

Se enderezó en el lecho
de Oriente, la amazona,
ciñendo sobre el cuerpo
su invulnerable arnés;
crispada la melena
se levantó la leona;
temblaron los lebreles
que aullaban, á sus pies.

Dios le infundió su aliento,
la libertad su brío,
le dió su voz tonante
rugiendo, el Uruguay.
Ya reventó la furia
del huracán bravío
¡guay de la vil mesnada!
De los esclavos ¡guay!

El fuego de las iras
relampagueó en sus ojos,

lanzóse al remolino
del humo del cañón;
y en pedestal soberbio
de muertos y despojos,
apareció flameando
su blanco pabellón!

Las naves descargaron
sus bronces colosales,
revoloteó la muerte
blandiendo su segur;
graznaron de alegría
los cuervos imperiales,
gritaron los esclavos:
«¡Ya es nuestro Paysandú!»

Rasgó la nube inmensa
que fuego y muerte brota,
un rayo bendecido
de diamantina luz;
y la amazona entonces
sobre la almena rota,
gritóle á los esclavos:
«¡No es vuestro Paysandú!»

Las bombas estallaron
con hórrido estampido,
dejando tras sus huellas
sangrienta claridad;
el polvo de las ruínas
se eleva enrojecido,
y gritan los esclavos:
«¡Viva Su Majestad!»

El invisible aliento
del Dios de la victoria

llevó sobre sus alas
la densa obscuridad;
y la amazona entonces
en hombros de la gloria,
gritóle á los esclavos:
«¡Viva la libertad!»

Volvió á tronar el bronce,
tembló la dura tierra
al rebotar las bombas
del corpulento obús;
y los hambrientos cuervos
de la traidora guerra,
de júbilo aletearon
mirando á Paysandú!

Y Paysandú, gallardo,
sereno, imperturbable,
sonreía en el tumulto
de la espantosa lid;
y haciendo brotar chispas
de su potente sable,
ceñida de relámpagos
erguía su cerviz.

¡Allá van las famélicas legiones
como la inerme tropa al matadero!
Suena el clarín, relinchan los bridones,
y en Paysandú desnudan los campeones
de la justicia el vengador acero!

¡Allá van! ¡Como turbia marejada
que el tremendo huracán aguijonea!

La turba se aproxima alborotada,
y en vez de su bandera mancillada
se destaca el color de su librea!

¡Ya llegan! ¡al asalto! ¡á la matanza!
¡Ay! ¡de los héroes del empuje rudo!
¡Paysandú va á caer, no hay esperanza!
¡Saltó en astillas la tremenda lanza!
¡Silencio por doquier... silencio mudo!

¡Se consumó el horrendo sacrificio!
Flaqueó por fin su arrojo temerario,
no fué el destino á su valor propicio...
¡Llegó el momento del atroz suplicio!
¡El Cristo va á trepar á su Calvario!

Van á asaltar la formidable valla
donde del libre la bandera ondula...
¡No! que empieza de nuevo la batalla,
y un torrente de fuego y de metralla
contesta: «¡Paysandú no capitula!»

Cruda es la lid, sangriento el entrevero;
libres y esclavos en informe masa
caen á los golpes del tajante acero!
¡De la matanza el buitre carnicero
sobre los troncos mutilados pasa!

¡Cruda es la lid! Como rugientes olas
que el zañudo huracán aguijonea,
las huestes de las verdes banderolas
disparan pusilámines y solas,
¡sólo se ve el color de su librea!

¡Allá van! ¡Allá van! En la humareda,
parecen bandas de nocturnas aves,
que al primer rayo de la aurora leda

vanse á ocultar temblando en la arboleda,
lanzando al aire sus gemidos graves!

¡Allá van! ¡Allá van! Bajo su planta
alas puso el pavor de la derrota...
¡Gloria á los héroes de la lucha santa!
¡Y á los que vimos con bravura tanta
siempre de pie sobre su almena rota!

Y vuelven otra vez. Sonó el chasquido
del látigo en la espalda de los siervos...
Ya se acercan con aire compungido,
ya no lanzan su lúgubre graznido
de la matanza los hambrientos cuervos!

Ya vuelven desplegando sus banderas,
les despeja el cañón ancho camino,
y se traba la lid en las trincheras,
y vuelven á mezclarse sus hileras
en horrendo y confuso torbellino!

Sacia la muerte sus enojos fieros,
y los pendones de color de gualda
bordados de jirones y agujeros,
alfombra son al pie de los guerreros
que hieren á los siervos por la espalda.

Y vuelven otra vez á las trincheras,
se acometen, se empujan, se atropellan,
y vuelven las espadas carniceras
á tronchar como mieses sus hileras,
y de matar se rompen y se mellan!

¡Inútil batallar! ¡Estéril brillo!
El blanco pabellón siempre flamea,
y los endebles muros de ladrillo,

son las negras almenas de un castillo
que el sangriento relámpago clarea!

¡Inútil batallar! ¡Dios los ayuda!
¡Dios protege á los ínclitos campeones!
La libertad de un mundo los escuda,
y sobre Paysandú la noche muda
desplega sus sombríos pabellones!

2 DE ENERO DE 1865

El Sinaí de la ley republicana,
de sus altares pedestal inerte,
el crisol en que al fuego de la muerte
sus aceros templó la Libertad!
La encarnación sublime de una idea
que hizo trizas el plomo y el cuchillo,
la gigantesca hoguera cuyo brillo
no apagó la iracunda tempestad,—

Paysandú está de pie, como en otrora
al sublime tronar de los cañones;
su sudario de escombros y tizones
se asemeja á la cresta de un volcán...
Y tranquila, serena, imperturbable,
la derruída ciudad se alza en la loma
como el ombú que en el desierto asoma,
y atropella y desgaja el huracán!

Leandro Gómez y Piris, semidioses
de la moderna edad, en la batalla
creció, creció vuestra soberbia talla,
se volvió vuestro nombre colosal;
porque el genio, el valor y la nobleza
crecen como los cedros, en la altura,

y su riego de vida y de frescura
es la zaña feroz del vendaval!

¡Ah! ¡Silencio! ¡silencio! que resuena
ronco clamor, salvaje vocería;
es el festín de la traición impía,
de los esclavos la algazara atroz!
Se consumó el horrendo sacrificio,
suena en los aires estridor de muerte,
va á caer de la patria el brazo fuerte!
¡Oh! Silencio, silencio... que oiga Dios!

Así debió caer la ciudad mártir,
como cayó, retando á su destino;
¡así debiste caer, cóndor andino,
en las garras del águila rapaz!
Eras el Cristo de una grande idea,
el apóstol de un dogma bendecido;—
la traición como á Cristo te ha vendido,
como á Cristo la fe te salvará!

¡Paysandú! ¡epitafio sacrosanto
escrito con la sangre de los libres!
¡Altar de los supremos sacrificios,
á tus cenizas, paz!
¡Paysandú! ¡el gran día de justicia
alborea en el cielo americano,
y, Lázaro, del fondo de tu tumba
tú te levantarás!

AL GENERAL LAVALLE

¡Mártir del pueblo! tu gigante talla
más grande y majestuosa se levanta,
que entre el solemne horror de la batalla,
cuando de fierro la sangrienta valla
servía de pedestal para tu planta.

¡Mártir del pueblo! víctima expiatoria
inmolada en el ara de una idea,
te has dormido en los brazos de la historia
con la inmortal diadema de la gloria
que del genio un relámpago clarea.

¡Mártir del pueblo! apóstol del derecho,
tu sangre es lluvia de fecundo riego;
y el postrimer aliento de tu pecho,
que era á la fe de tu creencia estrecho,
será más tarde un vendaval de fuego.

¡Mártir del pueblo! tu cadáver yerto
como el ombú que el huracán desgaja,
tiene su tumba digna en el desierto,
sus grandes armonías por concierto
y el cielo de la patria por mortaja.

¿Qué importa que en las sombras de Occidente,
del desencanto doloroso emblema,
como una virgen que morir se siente,
incline el sol la enardecida frente,
de los mundos magnífica diadema?

¿Qué importa que se melle en las gargantas
el cuchillo del déspota porteño,
y ponga de escabel bajo sus plantas
del patriotismo las enseñas santas,
con que iba un héroe á perturbar su sueño?

¿Qué importa que sucumban los campeones
y caigan los aceros de sus manos,
si no muere la fe en los corazones,
y del pendón del libre, los jirones
sirven para amarrar á los tiranos?

¿Qué importa, si esa sangre que gotea
en principio de vida se convierte,
y el humo funeral de la pelea
lleva sobre sus alas una idea
que triunfa de la zaña de la muerte?

¿Qué importa que la tierra adolorida
solloce con las fuentes y las brisas,
si no ha de ser eterna su partida,
si con nuevo vigor, con nueva vida
más grande ha de brotar de sus cenizas?

¡Mártir! Al borde de la tumba helada
la gloria velará tu polvo inerte,
y al resplandor rojizo de tu espada
caerá de hinojos esa turba airada
que disputa sus presas á la muerte.

Y cuando tiña el horizonte obscuro,
del porvenir la llamarada inmensa,
y se desplome el carcomido muro
que tiembla como el álamo inseguro
ante las nubes que el dolor condensa,—

Entonces los proscritos, los hermanos,
irán ante tu fosa reverentes,
á orar á Dios con suplicantes manos
para saber domar á los tiranos,
ó morir como mueren los valientes!

SAN MARTIN

CANTO LÍRICO

(Leído al pie de la bandera de los Andes)

I

No nacen los torrentes
en ancho valle ni en gentil colina;
nacen en ardua desolada cumbre,
y velan el cristal de sus corrientes,
que ruedan en inquieta muchedumbre,
vagarosos cendales de neblina.

No bajan de la altura
con tardo paso y quejumbroso acento,
copiando flores, retratando estrellas
en el espejo de su linfa pura,
mientra en la lira del follaje, el viento
murmura la canción de sus querellas.

Se derraman sin rumbo
por ignotos y lóbregos senderos,
caravanas del ámbito infinito,

cual si quisieran sorprender al mundo
con el fragor de sus enojos fieros,
de libertad con el potente grito!

Nació como el torrente,
en ignorada y misteriosa zona
de ríos como mares
de grandes y sublimes perspectivas,
do parece escucharse en los palmares
el sollozo profundo
de las inquietas razas primitivas!

Nació como el torrente,
rodó por larga y tenebrosa vía,
desde el mundo naciente al mundo viejo;
torció su curso un día,
y entre marciales himnos de victoria,
desató sobre América cautiva
las turbulentas ondas de su gloria!

II

Cual tiembla la llanura
cuando el torrente surge en la montaña,
la espléndida comarca de su cuna
se estremeció con vibración extraña
cuando nació el gigante de la historia;
y algo, como un vagido,
flotó sobre las mudas soledades
en las alas del viento conducido!

Lo oyó la tribu errante
y detuvo su paso en la pradera;
vibró, como una nota,
de la selva en las bóvedas sombrías,

flébil nota de místicos cantares,
y el Uruguay se revolvió al oirla
en su lecho de rocas seculares.

El viejo misionero
que en el desierto inmensurable abría
con el hacha y la cruz vasto sendero,
tembló herido aquel día
de indefinible espanto,
cual si sentido hubiese en la espesura
el eco funeral del bronce santo!

El soldado español creyó que oía
cavernoso fragor de muchedumbre;—
que los lejanos bosques, que ostentaban
sobre el móvil ramaje
el áureo polvo de la hirviente lumbre
del sol en el ocaso,—
eran negras legiones de guerreros
que con acorde y silencioso paso
de las altas almenas descendían
chispeando los aceros!

¡Presentimiento informe del futuro!
voz celeste que anima en la batalla
al esclavo que lucha moribundo,
y al opresor desmaya!
Pavorosa visión, habitadora
de los viejos derruídos monumentos,
que guardan de los siglos la memoria,
y que anuncia á los siglos venideros
los grandes cataclismos de la historia!

Aquella voz decía:
«¡Ya nació el salvador, raza oprimida!
»¡Ya nació el vengador, raza opresora!

»Ya la nube del rayo justiciero,
»asciende al horizonte rugidora,
»y se alza el brazo airado,
»que va á rasgar el libro de las leyes
»de la conquista fiera,
»y á azotar con el cetro de sus reyes
»el rostro de la España aventurera!»

III

Dejó su nido el águila temprano,
ansiaba luz, espacio, tempestades,
playas agrestes y nevados montes
para ensayar su vuelo soberano!
Buscaba un astro nuevo
perdido en los nublados horizontes,
y fué en su afán gigante
á preguntar por él al Océano!

¿Qué se dirían á solas
el águila de América arrogante,
mojando el ala en las huraños olas,
y el osco mar Atlante,
de la alta noche en la quietud sagrada,
y al rumor de la playa estremecida,
escuchando en la atmósfera callada
rodar el mundo y palpitar la vida?

Acaso el Océano
le repitió al oído los cantares
de aquel errante cisne lusitano
que estremeció con su dolor los mares;
ó le dijo más bajo,
con ademán profético y severo:
¡Allá! tengo guardada,

de mi imperio en el límite postrero,
como una nave misteriosa anclada,
la roca en que en el tiempo venidero
otra águila caudal va á ser atada!

No detuvo su vuelo
el águila de América arrogante;
iba buscando en extranjero cielo
la estrella fulgurante
que soñara en el nido solitario
de la selva uruguaya,
y fué á posarse un día,
del mar hesperio en la sonora playa.

Tronaba por los montes
de la guerrera tempestad la saña,
y vió flotar al viento,
sobre la débil indefensa España,
de la conquista el pabellón sangriento!
Y el ave americana
soltó de nuevo el turbulento vuelo,
cruzando rauda la extensión vacía,
y fué á buscar al águila francesa
entre el estruendo de la lid bravía!

Bailén la vió severa
entre el tropel de la legión bizarra
que el suelo de la patria defendía;
y la marca sangrienta de su garra
quedó estampada en la imperial bandera
conocida de valles y montañas,
que los lindes de un mundo había borrado
sembrando glorias y abortando hazañas!

Mas no era aquel el astro que buscaba:
no era el rojizo sol de Andalucía,
el sol de los ensueños

que con afán inquieto perseguía.—
Allí un pueblo esforzado reluchaba
en la alta sierra y la llanura amena
por sacudir el extranjero yugo,
para amarrar de nuevo á su garganta,
de los antiguos amos la cadena.—

Volvió á tender el vuelo,
cargada de laureles
y entristecida el águila arrogante!
Buscaba por do quiera pueblos libres,
y hallaba por do quiera pueblos fieles.-
Hasta que al fin un día,
vió levantarse en el confín lejano
del patrio río en que dejó su nido
de libertad el astro soberano,
de libertad el astro bendecido!

IV

Un mundo despertaba
del sueño de la negra servidumbre,
profunda noche de mortal sosiego,
con la sorda inquietud de la marea.—
Y en la celeste cumbre,
las estrellas del trópico encendían
sus fantásticas flámulas de fuego
para alumbrar la lucha gigantea.—

Un mundo levantaba
la desgarrada frente pensativa
del profundo sepulcro de su historia,
y una raza cautiva
llamaba al «Salvador» con hondo acento;
y el «Salvador» le contestó lanzando

el resonante grito de victoria
entre el feroz tumulto de las olas
del Paraná, irritado,
al sentirse oprimido por las quillas
de las guerreras naves españolas.—

¡Fué un soplo la batalla!
Los jinetes del Plata, como el viento
que barre sus llanuras, se estrellaron
con empuje violento
en la muralla de templado acero;
y se vió largo tiempo confundidas
sobre la alta barranca,
y entre el solemne horror de la batalla,
la naciente bandera azul y blanca
y el rojo airón del pabellón ibero!

Fué la primer jornada,
del torrente nacido en las sombrías
florestas tropicales;
la primera iracunda marejada,
y su rumor profundo
llevado de onda en onda por el viento
del Plata, al Oceano,
fué á anunciar por el mundo
que ya estaba empeñada la partida
del porvenir humano!

V

Al pie de la montaña,
centinela fantástico que ostenta
la armadura de siglos,
que abolló con su masa la tormenta,
fué á sentarse el gigante de la historia

taciturno y severo,
pensando en la alta cumbre
donde el nombre argentino á grabar iba
con el cincel de su potente acero.

La voz que llama al águila en la altura
y el huracán despierta en el abismo,
es la voz de la gloria
que llama á la ambición y al heroísmo;
la misma voz que resonó en su oído
con misterioso, irresistible acento,
aquella voz que imita
rumores de batalla,
murmullos de laureles en el viento,
himnos de Ossian en la desierta playa.

La oyó el héroe y la oyó la hueste altiva,
que velaba severa,
soñando con la patria y con la historia,
al pie de la gigante cordillera!
Y al sonar de los roncos atambores
largó el cóndor atónito su presa,
y la ruda montaña, conmovida,
doblegó la cabeza
para ser pedestal de esa bandera!

VI

¡Ya están sobre las cúspides de granito
fundidas por el rayo!
Ya tienen frente á frente el infinito:
arriba, el cielo de esplendor cubierto,
abajo, en los salvajes hondonados,
la soledad severa del desierto;
y en el negro tapiz de la llanura,
como escudos de plata abandonados,

los lagos y los ríos que festonan
de la patria la regia vestidura!

¡Ya están sobre la cumbre!
¡Ya relincha el caballo de pelea
y flota al viento el pabellón altivo,
hinchado por el soplo de una idea!
¡Oh! ¡qué hermosa, qué espléndida, qué grande
es la patria, mirada
desde el soberbio pedestal del Ande!
El desierto sin límites do quiera,
océanos de verdura en lontananza,
mares de ondas azules á lo lejos,
las florestas del trópico distantes,
y las cumbres heladas
de la adusta, argentina cordillera,
como ejército inmóvil de gigantes!

¿En qué piensa el coloso de la historia,
de pie sobre el coloso de la tierra?
Piensa en Dios, en la Patria y en la Gloria,
en pueblos libres y en cadenas rotas;
y con la fe del que á la lucha lleva
la palabra infalible del destino,
se lanzó por las ásperas gargantas,
y lo siguió rugiendo el torbellino!

VII

Débil barrera oponen á su empuje
los arrogantes tercios españoles,
de Chacabuco en la empinada cuesta,
que como roja nube centellea
mientras el viento encadenado ruge.—
¿Quién detiene el torrente embravecido
cuando el soplo de Dios lo aguijonea?

El torrente llegó, rompió la valla,
y se perdió veloz en la llanura;
y al mirarlo pasar lo saludaron
las nubes, agitándose en la altura.—

¡Reguero de laureles!
Sólo una vez el sol de su bandera
palideció con fúnebre desmayo:
aquella ingrata noche de la historia,
que cruzó como nube pasajera
barrida por cien ráfagas de gloria.
Para borrar sus sombras, encendimos
con corazas y yelmos y cañones,
en el llano de Maipo inmensa hoguera
á cuya luz brotaron dos naciones!

VIII

Los vientos del Océano,
llevaban en sus alas turbulentas
á los valles chilenos,
mezclados al rumor de las tormentas,
los lastimeros ecos fugitivos,
que los sauces del Eúfrates oyeron,
del arpa de los míseros cautivos.

Aún quedaba un pedazo
de tierra americana, sumergido
en la noche de horror del coloniaje,
para ser redimido!
Aún yacía en obscuro vasallaje
aquel pueblo bizarro,
que cual robles del monte despeñados
con ímpetu sonoro,

vió caer á sus Incas, derribados
de su trono de oro
bajo el hacha sangrienta de Pizarro!

¡Sonaron otra vez los atambores!
Hinchó otra vez el viento la bandera
que desgarró de Maipo la metralla,
y á la voz imperiosa del guerrero,
bajó la espalda el mar, como si fuera
su bridón generoso de batalla!

¡Salud al vencedor! ¡Salud al grande
entre los grandes héroes! exclamaban
civiles turbas, militares greyes,
con ardiente alborozo,
en la vieja ciudad de los virreyes.—
Y el vencedor huía,
con firme paso y actitud serena,
á confiar á las ondas de los mares
los profundos secretos de su pena.—

La ingratitud, la envidia,
la sospecha cobarde, que persiguen
como nubes tenaces,
al sol del genio humano,
fueron siguiendo el rastro de sus pasos
á través del Oceano,
ansiosas de cerrarle los caminos
del poder y la gloria,
sin acordarse ¡torpes! de cerrarle
el seguro camino de la historia!

X

¡Allá duerme el guerrero,
á la sombra de mustias alamedas
que velan su reposo solitario!

¡Ay! ¡no arrullan su sueño postrimero,
como soñó en la tarde de su vida,
los ecos de las patrias arboledas!

Allá duerme el guerrero,
de extraños vientos al rumor profundo,—
los vientos de la historia,
que lloran las catástrofes del mundo;
y acaso siente en la callada noche
pasar en negra y lastimera tropa,
fantasmas de los pueblos oprimidos,
espectros de los mártires de Europa!

Cómo tembló la losa de su tumba
y se agitó su sombra gigantea
cuando sintió rugir á la distancia
el sangriento huracán de la pelea,
y vió caer exánime á la Francia
bajo los cascos del corcel germano
y en medio del espanto de la tierra!
¡Ah! ¡quizá levantó la yerta mano
para ofrecerle en el desastre inmenso,
á falta de su espada,
la espada de Maipú y de San Lorenzo!

XI

¡Un siglo más que pasa!
¡Una ola más, del mar de las edades,
una nueva corriente de la historia,
que arrastra á las eternas soledades
generaciones, sueños y quimeras!
Hace un siglo recién desde aquel día,
fecundo día de inmortal memoria,
cuando en lejana, misteriosa zona

el salvador de América nacía
á la sombra de palmas y laureles
que no habían de bastar á su corona!

Un siglo, nada más; un paso apenas
del tortuoso sendero
que lleva al porvenir desconocido.—
Un siglo nada más, y el grito fiero
ya no se oye, del indio perseguido
por la implacable fe del misionero
y la avaricia cruel de sus señores.—
Ya ha crecido la hiedra,
de Yapeyú en los áridos escombros
que alzan la frente airada,
de la luna á los lívidos fulgores,
como tremenda maldición de piedra!

La aurora de este siglo
nació en los tenebrosos horizontes
de un inmenso desierto.—
Tribus errantes y salvajes montes,
la barbarie do quier; y el fanatismo
fué ascendiendo, ascendiendo,
como un rayo de luz en un abismo,
y al bajar al ocaso,
alumbran su camino
los millares de antorchas del progreso,
del pensamiento al resplandor divino!

Ayer, la servidumbre
con sus sombras tristísimas de duelo,
cadenas en los pies y en la conciencia,
la sombra en el espíritu y el cielo!
Hoy, en la excelsa cumbre
la libertad enciende sus hogueras,

unida en santo abrazo con la ciencia;
los dos genios del mundo vencedores:
la libertad que funde las diademas,
y la ciencia que funde los errores!

¡Milagros de la gloria!
Tu espada, San Martín, hizo el prodigio;
ella es el lazo que une
los extremos de un siglo ante la historia,
y entre ellos se levanta,
como el sol en el mar dorando espumas,
el astro brillador de tu memoria.—

¡No morirá tu nombre!
Ni dejará de resonar un día
tu grito de batalla,
mientras haya en los Andes una roca
y un cóndor en su cúspide bravía.—
Está escrito en la cima y en la playa,
en el monte, en el valle, por do quiera
que alcanza de Misiones al Estrecho
la sombra colosal de tu bandera!

Febrero de 1878.

RELIGION

Traducción

Á BENJAMÍN BASUALDO

Negro pabellón de sombras
flameaba sobre la tierra,
lejos el viento rugía
como una fiera en la selva.

Solemne era aquel momento,
lúgubre la noche aquella!
Como teas funerarias
rutilaban las estrellas.

Hermano—me dijo entonces
su voz conmovida y trémula:—
¿Cuál es el ara en que rindes
el culto de tus creencias?

¿Cuál es el Dios á que imploras
en la noche de las penas,
en esa noche del alma
sin horizontes ni estrellas?

Si no son rizos de espumas
de tus versos las cadencias,
si tus ardientes estrofas
no son rumor de hojas secas;

Ascuas que enfrían y apagan
las lágrimas de la niebla,
esa viuda del espacio
que llora del sol la ausencia;

Hermano, si eres creyente;
hermano, si eres poeta,
¿dónde está el Dios de tu culto,
dónde su altar y su iglesia?—

Y yo callaba y seguía
por entre la selva negra,
tan negra como mi alma,
profundo abismo de penas.—

También me arrodillo y oro—
le dije con voz severa,—
mirad allá como se abre
el pórtico de mi iglesia.

Prenden su antorcha los astros
su incienso quema la selva,
al levantarse la luna
como en su trono una reina;

Gime la sombra y se esconde
entre las ramas inquietas,
y el arroyo somnoliento
se despierta para verla.

Dobla, hermano, la rodilla,
baja la frente altanera,
mi Dios oficia en su templo,
y es esa la hostia que se eleva.—

LAS FLORES DEL GUAYACAN

Á MARÍA

Cuenta la vieja leyenda
de una raza desgraciada,
que fué en los pasados siglos
de esta tierra, soberana—

raza que tuvo su historia,
pero una historia de lágrimas,
copiosa como los ríos
que bajan de sus montañas.—

Historia que yo he leído
con el alma desgarrada
en las rocas y en los árboles
de los valles de mi patria.—

Que allá en los lejanos bosques
donde florece la caña
y confunden sus aromas
el dátil y la guayaba.—

Bosques que guardan la cuna,
como muralla sagrada,

del Paraná, cuyas ondas
besan y lavan su planta.

Hay un árbol gigantesco
de alto tronco y hojas anchas,
de que el guaycurú valiente
fabrica flexibles lanzas.—

Arbol que el rayo respeta
y acarician las borrascas,
que el sol del trópico quema
con sus torrentes de lava.—

Arbol que en la primavera
se viste de flores pálidas,
que airoso lleva en la frente
como guirnalda dorada.—

Sabe el indio de esas flores
una leyenda fantástica,
que repite en el silencio
de las noches estrelladas.—

Dice que en el rubio seno
de su corola gallarda
se anida una mariposa
de fosforescentes alas.—

Habitante misterioso
que sólo han visto las auras
cuando pasan, murmurando
de las ondas la inconstancia.—

Mariposa que en un día
rompe su cárcel dorada,
y va á confiar á otras flores
los secretos de su alma.

¿Qué les dice? ¿Qué les cuenta?
Sólo lo saben las auras,
confidentes de las penas
de aquella selva encantada.—

Corto es su viaje, muy corto,
apenas hace sus galas,
ya siente venir sobre ella
las noches y las borrascas.—

Y va á ocultarse de nuevo
bajo las rastreras plantas,
dejando á la selva atónita
el recuerdo de sus gracias.—

Muere ó vive—no se sabe,—
tal vez ni las mismas auras
con sus coloquios dulcísimos
se atreven á despertarla.—

Pero un día se alza erguido
el «guayacán» de hojas anchas,
del polvo que aquel insecto
fecundizó con sus alas.—

*

Preciosa historia, á fe mía,
historia de amor y de lágrimas
que merece acompañarse
con los acordes del arpa.—

Es la historia, hija querida,
llena de inocente gracia,
de la mujer en el mundo
de mil peligros cercada.—

¡Ay! de ella, si la sorprende,
de la pasión la borrasca,
¡ay! si la lluvia del llanto
viene á humedecer sus alas.—

Su vida es corta, muy corta,
luce un instante sus galas
y derrama en los espacios
el aroma de su alma.—

Pero su destino es grande,
aunque se oculte ignorada,—
¡fecundar con sus virtudes
de la familia la planta!

NUESTRA MISION

VERSOS LEÍDOS POR LA SEÑORITA AGUSTINA ANDRADE EN EL LICEO DE CONCORDIA

Tiembla la selva y al cielo envía
como las notas de una canción,
nubes de aromas y de armonía,
blandos suspiros,
que en dulces jiros
y en ondas mágicas
vagan del aire por la extensión!

Valles floridos, rudas colinas,
gradas gigantes de inmenso altar,
alzan en blancas, tibias neblinas,
como las aves
himnos suäves,
que desarrugan
la frente torva del ancho mar.

¡Salmo del orbe que en luz ondula!
¡Fúlgido idioma, verbo inmortal!
Do quier palpita, do quier circula
la voz celeste
salmodia agreste

que más intensa
vibra en la lira primaveral!

La flor perfumes, la hoja murmullos,
la brisa soplos, el astro luz;
la fuente espumas, el ave arrullos,
todo en el suelo
siente el anhelo
de enviar su ofrenda,
la pura ofrenda de la virtud!

¿Y el alma joven, el alma pura,
vaso elegido para el ideal,
como una estatua soberbia y muda,
sin voz ni aliento
del pensamiento,
la ofrenda mágica
á ese concierto no irá á llevar?

¡Oh! no, que es sílaba del ritmo eterno
la voz suavísima de la mujer,
y en el lenguaje sublime y tierno
del sentimiento,
sabe el acento
que hasta á las rocas
fecundas lágrimas hace verter!

¡Oh! no, que un día, tremendo día,
al pie postrada de tosca cruz
sublime ejemplo nos dió María
de fortaleza,
y en su cabeza
brilló la llama
que al mundo inunda de viva luz.—

¡Oh! no, que tiene misión gigante
la que parece débil mujer,
verter á gotas de su alma amante
en el veneno
del duelo ajeno,
y en la amargura
que el hombre al hombre le da á beber!

¡Oh! no, que guarda la santa gracia
en el santuario del corazón,
y hasta en las horas de la desgracia
levanta el vuelo
con noble anhelo
y alza á los mártires
sobre las alas de la oración!

¡Oh! no, que es fuente que alienta y baña
de la esperanza la tierna flor,
es la paloma que en tierra extraña
sin luz ni galas,
bate las alas
y á los que sufren
lleva el mensaje consolador!

¡Noble destino nos cabe, amigas!
¡Ancho horizonte de aroma y luz!
Los sufrimientos y las fatigas,
son sombra vana;
todo lo allana
el alma fuerte
con el aliento de la virtud!

Julio de 1874.

CANSANCIO

TRADUCCIÓN DE LONGELLOW

¡Oh! pequeños pies que en jiro errante
iréis por largos años
al través de esperanzas y temores;
que á padecer iréis, al abrumante
peso de vuestra carga, mil dolores;
yo que me acerco á la postrer posada
donde tiene la paz su dulce asiento,
pienso en vuestra jornada,
y fatigado el corazón me siento!

¡Oh! pequeñuelas manos, que el destino,
ya débiles, ya fuertes,
para el mando os reserva ó la obediencia!
Yo que postrado al fin de mi camino,
trabajé tanto tiempo en mi existencia
con mis libris y pluma—y generoso
al hombre consagré mi pensamiento,—
pienso en vuestra faena pesaroso,
y fatigado el corazón me siento!

¡Oh tiernos corazones, que agitados
en febril impaciencia,

palpitáis presurosos sin que nada
sus deseos limite inmoderados!
Mi corazón, que en la vital jornada
por tanto tiempo ha ardido,
su fuego oculta ya bajo pasiones
que en cenizas la edad ha convertido!

¡Oh pequeñuelas almas! blancas, puras,
límpidas cual los rayos
que caen del cielo, su divina fuente,—
ya próximo á romper las ligaduras
del mundo halagador—mi sol poniente
cuán rojo me parece cada día,
ya envuelto entre la niebla de los años,
y cuán triste mi alma y cuán sombría!

LA CREACION

FANTASÍA

¡Oh! ¡cuánta rica inmensidad de vida
Dios aquí para el hombre ha derramado!
¡Cuánta savia de fuego hay encendida
en cada átomo vil de lo creado!

¡Magnífica, inmortal naturaleza!
La crëación maravillosa y santa,
deslumbrante de luz y de grandeza,
digno templo del hombre se levanta!

Hierbas y fuentes, pájaros y flores,
astros, espacios, horizontes, cielos,
todo bullendo en gérmenes de amores
se abre á la vida con latente anhelo.

Es algo de fantástico en lo bello,
algo de misterioso en lo que inspira;
de los ojos de Dios es un destello,
que Dios alumbra cuanto toca y mira.

Todo es aroma lo que el aire lleva,
todo es vigor la tierra fecundada,

y una armonía sin igual se eleva
por el conjunto universal formada.

Soplo de amor el mundo fecundiza,
cada germen que vive lo pregona,
y el amor que en el mundo se entroniza
la tierra con los cielos eslabona.

Todo en él se confunde y se complica,
amor la brisa de los bosques trae,
y el amor que los aires purifica
en gotas de agua de las nubes cae.

¡Dios es amor! su espíritu fecundo
en gérmenes de vida se derrama,
y en sus espacios el inmenso mundo
con orgullo inefable lo proclama.

El habla en el murmullo de los ríos,
en las brisas de montes y jardines,
en el rumor de sótanos sombríos
y en el eco fugaz de los confines.

El al centro los átomos enlaza,
en los cuerpos la savia distribuye;
y es quien al vasto continente abraza
en ese mar que eternamente fluye.

Dios manda á todo que se estreche y ame,
la perfección en el amor buscando,
y en corrientes de savia se derrame
fuerza y vida del amor sacando.

Al nacer de la tierra transformada
Eva y Adán su esencia recibieron;
amor divino fecundó la nada
y un soplo de ese amor sus almas fueron.

Y es para ellos cuanto ven y existe,
cuanto la vasta inmensidad encierra,
cuanto la luz con su destello viste
astros, flores y cielos, mar y tierra.

Dios á todo le presta ser y nombre
y el centro es EL de todo lo que crea,
su esencia tiene la mujer y el hombre;
Dios es luz y es amor. ¡Bendito sea!

DIOS

¡Vuestro es el mundo: recorred su anchura!
Serás, Adán, el rey de lo creado;
y Eva, mi hermosa, mi mejor hechura,
el ángel bello que tendrás al lado!

Os doy el alma á la materia unida,
y en nombre de mi amor os hago esposos;
ambos en ambos completad la vida,
y amaos siempre para ser dichosos.

Pero el secreto del placer vedado,
saber no intente vuestro ciego antojo...
Si traspasáis el límite marcado,
temed los rayos de mi justo enojo!

ADÁN

¡Qué hermosa eres, mi Eva! ¡qué dulzura
se desprende en la luz de tu mirada!
¡La mirada de un ángel no es tan pura
ni arroba tanto el alma enajenada!

Deja, mi ángel, que «mi bien» te llame,
mi delicia, mi amor, mi poesía;
¿no oyes que Dios nos manda que yo te ame
y que me ames también, hermosa mía?

¡Oh! y aunque Dios mandado no lo hubiera,
con todo el corazón ¡ay! yo te amara;
¿y quién, hermosa mía, que te viera
en tus ojos de amor no se abrasara?

EVA

Sí, tú me amas, porque tu alma es mía,
y yo te amo con el alma entera;
si no me amaras tú, yo lloraría,
mas si yo no te amara, me muriera.

Cuando mi sér en forma se animaba,
era el amor lo que vivir me hacía:
yo sentía naciendo que te amaba
y sin mirarte aún te conocía.

Mi sér es de tu sér la mejor parte
transformada en purísimo idealismo;
¿cómo no amarte, Adán, cómo no amarte
cuando yo soy la esencia de ti mismo?

ADÁN

Mira: yo el mundo contemplaba ansioso,
arrebatado por su augusta calma,
y sólo en él sentíame orgulloso,
y se ensanchaba en el placer mi alma.

Todo era luz, perfumes y belleza,
todo risueño en mi redor cantaba,

y embriagado yo mismo en mi grandeza,
nada más, nada más ambicionaba.

¡Pero te ví! y el mundo tan divino,
que deslumbraba mi razón obscura,
harto humillado lo encontré y mezquino
ante el puro esplendor de tu hermosura.

Que no vale la luz purificada
ni el embriagante aroma de la brisa,
lo que vale la luz de tu mirada
y el aliento que exhala tu sonrisa.

Por admirarte á ti todo se agita
sonriendo en los espacios dilatados;
y el mismo sol sus rayos debilita
para no herir tus miembros delicados.

EVA

Yo, Adán, del bello mundo no vi nada,
que mis ojos se abrieron á mirarte;
nací á tu lado para ti creada
y comencé mi vida con amarte.

No sé si el mundo colma mi deseo
la creación mirando tan hermosa,
yo sólo sé, mi Adán, que á ti te veo
y eso me basta para ser dichosa.

ADÁN

¡Oh! qué dulce es tu voz, amada mía,
como la voz de Dios suena en mi oído;

¿qué más al hombre regalar podría
cuando al crearte, EL mismo se ha excedido?

EVA

Vivamos pues, sin fin, enamorados,
tu voz á mis amores respondiendo,
tus ojos en mis ojos reposados,
un sér en otro sér repercutiendo.

EL MAL

¿Y nada, nada más, pobres amantes?
¿Qué necio amor es ese que os inflama?
¿Pensáis eternizar vuestros instantes
al frío soplo de un amor sin llama?

Hay otro mundo más, hay otra vida,
iluminada en luz resplandeciente,
que en esa llama incógnita prendida
sus puertas abre al corazón ardiente.

Esa es la gloria á vuestro amor vedada,
esa es la vida que tu Dios os veda,
porque vuestra alma siempre esclavizada
sus perfecciones igualar no pueda.

Sabedlo todo: para ser dichosos,
para elevaros hasta el cielo puro,
. . . . . .
y seréis como Dios en lo futuro.

EVA

¿Qué mágico poder mi sangre mueve,
que circula en magnética corriente?

¿Qué afán secreto el corazón conmueve?
¿Por qué se abrasa de calor mi frente?

¿Por qué palpita el corazón con brío,
y estremecen mi sér fuerzas extrañas?
¡Oh! ¿qué tienen tus ojos, Adán mío,
que hacen temblar de fuego mis entrañas?

ADÁN

Yo siento de mi seno los latidos,
algo que el mismo corazón ignora;
una sed que atormenta mis sentidos,
un incógnito afán que me devora.—

Ven, acércate más; cuando te miro,
quisiera respirar tu propio aliento;
beberte el alma toda en un suspiro
y hacer la eternidad de ese momento!

EVA

Tú eres el más perfecto de los seres,
tú eres la luz en que mi alma inflamo;
Adán mío, mi Adán, ¡qué hermoso eres!
Adán mío, mi Adán, ¡cuánto te amo!

Extiende, Adán, extiéndeme tus brazos
para verte más cerca enamorada;
y hazme con ellos amorosos lazos
que me tengan por siempre aprisionada.

ADÁN

Ven y duérmete en ellos, alma mía;
por tu reposo velará tu dueño,

y un mundo verteré de poesía,
de amor y de perfumes en tu sueño.

¡Qué bien estás así! ¡con qué pureza
se modelan las líneas de tu cuello!
¡Qué bien sienta á tu mágica belleza
la profusión revuelta del cabello!

¡Qué límpida y qué dulce es tu mirada!
¡Cómo la adora el corazón vehemente!
Duerme si quieres, duérmete, mi amada,
deja en mi seno reposar tu frente.

EVA

¡Dormir! ¿y para qué? ¿para olvidarte?
No, que el sueño aletarga el sentimiento;
¿No sabes cuánto gozo con amarte?
¿O no sientes, Adán, como yo siento?

ADÁN

¡No sé! yo siento un fuego devorante;
siento mis venas de pasión hirviendo,
siento bullir mi sangre requemante
y en fuego inmenso el corazón latiendo.

EVA

Yo te miro, mi Adán, y á tus antojos
ciego de amor mi espíritu encadenas,
y el fuego penetrante de tus ojos
me enardece filtrándose en mis venas.

¡Estréchame á tu seno; yo te adoro!
¡Y yo quisiera ahogarte en mi ternura!

¡Te miro y soy feliz; y río y lloro,
y resistir no puedo á mi locura!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Y los dos extasiados se miraban,
los ojos en los ojos encendidos;
sonreían los dos y suspiraban
y el placer embargaba sus sentidos.

Adán, de dicha y de placer temblando,
con aliento de fuego respiraba,
y á Eva entre sus brazos enlazando
con infinito amor la contemplaba.

Eva, abrasada por su llama ardiente,
ya en dulce languidez se estremecía,
ya inclinaba tiernísima la frente,
ya extática ante Adán permanecía.

Y de repente, convulsiva, loca,
en la emoción de férvido embeleso,
en la boca de Adán clavó su boca
y se dieron los dos el primer beso!

¡Beso inmenso de amor! todos lo oyeron;
de armonía los aires se poblaron,
los cielos de placer se estremecieron
y de envidia los ángeles lloraron.

. . . . . .
. . . . . .

EL BANQUILLO

(Imitación de Víctor Hugo)

EL HOMBRE

Bajo mi pie la tierra es de granito,
los arroyos de sólido cristal,
y la hervorosa sangre se congela
á los besos del ábrego glacial.
Arbol, gigante de cabeza cana,
que en la espesura gimes de dolor,
de cuyas hojas caen límpidas gotas,
llanto de tu aterido corazón:
voy á lanzar sobre tu frente el rayo,
el rayo de mi cólera mortal,
y á desgajar tus ramas amarillas
para encender la lumbre de mi hogar.

EL ÁRBOL

Tronco nacido de la tierra fría,
doy al mundo mi savia y mi calor,
es la hermosa misión que me dió el cielo;
hiere, buen leñador!

EL HOMBRE

Arbol de fresca y perfumada sombra,
confidente del aura matinal,
á donde viene á preludiar sus trovas,
poeta de las selvas, el zorzal:
¿quieres servir en rústicas labores?
¿Quieres la esteva de mi arado ser
para abrir ancho surco en la llanura
donde germina la dorada miés?

EL ÁRBOL

¡Oh, sí! En la frente de la tierra inculta
mi reja la honda huella grabará,
como del genio en la cerviz altiva
arrugas deja el pensamiento audaz.
Y con el riego del sudor del hombre,
en vez de sangre de fraterna lid,
surja la dulce paz, de ojos de cielo,
la espiga de oro y la robusta vid.
Yo sufriré los golpes de tu brazo,
sin exhalar un grito de dolor:
santo heroísmo es el trabajo honrado.
¡Hiere, buen labrador!

EL HOMBRE

Arbol frondoso, á cuyo pie desplega
el arroyo su alfombra de cristal,
¿quieres ser el arcón de mi cabaña,
la sólida columna de mi hogar?

EL ÁRBOL

Yo que di asilo al fugitivo ciervo,
al tigre hambriento, al áspid matador;
¿por qué no lo he de dar al hombre errante
y ser mudo testigo de su amor?
Hiere, buen carpintero, el tronco añoso
que no pudo tronchar el huracán;
venga el anciano, la mujer y el niño;
yo sostendré la choza paternal.

EL HOMBRE

Quiero cruzar el piélago profundo,
nuevo horizonte á mis afanes dar,
otra brisa, otro cielo y otro mundo
me esperan en la vasta inmensidad.
Te arrastraré hasta la húmeda ribera
que acarician las olas en tropel;
diré adiós al hogar y á la familia,
y el mástil tú serás de mi bajel.

EL ÁRBOL

Un ave que durmió sobre mis ramas,
fatigada de tanto caminar,
me dijo que venía de otros climas,
donde la primavera es inmortal.
Y un ave pasajera, vino un día
en mi más alta rama á descansar;
le hablé con el lenguaje de las hojas,
y me contó su viaje por el mar.

De la esposa del sol, me dijo que era
el ondulante ceñidor azul,
en que las olas son las blancas perlas,
y las espumas el liviano tul.
¡Cuántas veces miré el águila errante
navegando entre mares de arrebol!
¡Hiere, buen calafate, que ambiciono
otro mundo, otro cielo y otro sol!!

EL HOMBRE

Derribaré tu corpulento tronco,
y el poste del patíbulo será,
donde implacable la justicia humana
se alce sobre sangriento pedestal.

EL ÁRBOL

¡El poste del patíbulo!... ¡Silencio!...
¡Aparta, aparta el hacha, hombre feroz!
Se estremecen mis hojas á tu acento,—
yo no nací para insultar á Dios!
De mis ramas colgó su nido el ave;
fruto maduro al hombre regalé;
le dí sombra en las horas del estío,
cuando apagaba el manantial su sed.
¿Por qué queréis colgar frutos de muerte,
despojos de la víctima infeliz?
¡Que antes consuma mi ramaje el rayo,
ó el huracán me arranque de raíz!
Al árbol misterioso de la selva,
con quien el viento habla en baja voz,
¿queréis confiar secretos de venganzas
terribles cual la cólera de Dios?

. . . . . .

EL ASTRO ERRANTE

Á ELOÍSA

I

Perdido en los espacios infinitos,
como un ave en los mares sin riberas,
espectro de algún mundo fenecido
iba un astro de esferas en esferas.

Había extraños rumores en su seno,
rumores de huracán encadenado;
unas veces rodaba turbulento,
otras, con paso lúgubre y callado.

¿A dónde iba? Fantasma de los cielos
condenando á vagar eternamente,
parecía sentir que vacilaba
la corona de nubes en su frente.

Iba en pos de la luz y no la hallaba,
buscaba á Dios por el espacio mudo,
¡y más allá! el abismo le gritaba,
en su lenguaje misterioso y rudo.

Siempre girando en la extensión vacía,
siempre herido del vértigo y sin rumbo,
unas veces se alzaba, otras caía,
cual si quisiera amedrentar al mundo!

Una noche—que noche era su vida,—
noche eterna de luto y abandono,
en que soñaba hallar tras una nube
de la gloria de Dios el alto trono;

Sintió como una ráfaga caliente
de lejanas esferas descendida,
beso de luz que acarició su frente
é hizo en su seno palpitar la vida.

Era la luz piadosa de una estrella
que en su camino de orfandad y duelo,
arrojaba las flores de su lumbre,
mágicas flores del jardín del cielo!

Era la estrella plácida que al cabo
enviaba Dios al astro peregrino,
para alumbrar sus vacilantes pasos
en la noche sin fin de su destino.

II

Y desde entonce el astro fué rodando,
coronado de vívidos fulgores;
las nubes de su lado se alejaron,
callaron de su seno los rumores!

Yo era el astro que erraba en el espacio
al azar de los vientos de la vida,
y tú fuiste la estrella misteriosa
que me brindó su lumbre bendecida.

Sin ti, la eterna noche me rodeara
como al astro maldito del vacío,
y mi vida sin ti se consumiera
en perpetuo y estéril desvarío.

Tú me diste la fe que me faltaba,
me calentó la luz de tu mirada,
y esa luz que me envidian los extraños
es la luz de tu amor! ¡es luz prestada!

LA MUJER

Solo, como la palma del desierto,
mudo, como la boca del abismo,
triste, como la noche del recuerdo,
vago, como la niebla del vacío;
árbol sin hojas,
astro caído;
tal era el hombre en la primer mañana,
sonámbulo del sueño del destino.

Efluvios de la luz fecundadora,
aromas de los gérmenes divinos,
estrofas de dulcísima salmodia,
rumores de los bosques y los ríos;
coro inefable
de inmensos himnos,
como un presentimiento de la gloria
brotaba alrededor de su camino.

La bruma vagarosa de los mares,
el hálito flotante del rocío,
el humo abrasador de los volcanes,
los reflejos del éter encendido,
eran la mirra
del regocijo,

que en el gran incensario del espacio
quemaba el universo agradecido!

Los mundos palpitaban de alborozo,
jirando sin cesar en el vacío,
los cielos azulados sonreían
con la casta sonrisa de los niños;
¡hora suprema!
¡Santo delirio!
¡La tierra era la virgen desposada
y el sol brillante su nupcial anillo!

Y solo, como el árbol del desierto,
mudo, como la boca del abismo,
triste, como el silencio que precede
á la hora suprema del martirio,
roca gigante
de un mar bravío,
el hombre se inclinaba silencioso
ante tanta grandeza confundido.

La semilla caída de la planta,
los metales que el fuego derretía,
las estrellas, eternas mariposas
volando en torno de la luz divina;
la luz fecunda
de eterna vida,
inundaba los mundos virginales
en ondas de celeste melodía.

Los astros al girar en el espacio
ardiendo de amoroso desvarío,
se enviaban en sus ósculos de fuego,
de sus entrañas el caliente fluído;
y el hombre mudo
como el vacío,

no entendía el lenguaje de las almas,
arropado en la sombra de sí mismo.

Dios estaba inclinado hacia la tierra,
oyendo las plegarias de los orbes,
contemplando en el vidrio de los mares
de su aureola de luz los resplandores.

Una lágrima ardiente, cristalina,
se desprendió de su pupila entonces:
gota fecunda, de fecunda vida,
que refracta la lumbre de los soles!

La tierra abrió los sudorientos labios
entreabrieron sus pétalos las flores,
y aquella gota de la eterna aurora
fué un beso de celestes bendiciones.

Y el hombre, mudo, solitario y triste,
sintió el fuego de mágica fruición;
y vió que de su sombra se elevaba
una llama de tibio resplandor.

Era un soplo del genio de la vida,
un rayo de la eterna inspiración;
el perfume inmortal de la esperanza,
el ritmo de la luz y del amor.

Era Eva, la sonrisa de los cielos,
la nota musical de una oración,
la mujer, el compendio de lo bello,
la hija de una lágrima de Dios!

Y el hombre, mudo, solitario, triste,
balbuceó un himno de celeste amor;
y exhaló sus cadencias más sublimes,
el arpa colosal de la Creación!

A MI HIJA AGUSTINA

EN SU CUMPLEAÑOS

Ardua montaña es la vida,
de misteriosa pendiente
en que á veces no se siente
lo que cuesta la subida
tan soñada!
En la primera jornada
el impaciente viajero
halla más suave el sendero,
verde y florido el zarzal,
en cada soplo una nota
y una perla en cada gota
del sonoro manantial.

Como un arpegio celeste
rueda en el aire liviano,
y los rumores del llano
forman la música agreste,
la armonía,
de un mundo de poesía
que habitan bellas quimeras,
misteriosas mensajeras

de otra vida, de otro cielo,
do flota el alma serena
indiferente y ajena
á las miserias del suelo.

¡Qué dulces son esas horas!
pero también ¡qué ligeras!
¡Cuán risueñas las auroras!
Las brisas ¡cuán lisonjeras!
Una lira
es cada árbol que suspira
con languidez ó ardimiento
bajo los soplos del viento,
el músico vagabundo
que en notas dulces ó graves
canta el amor de las aves
ó los destinos del mundo.

No entolda el alma tranquila
ni una nube, ni una pena;
negra ó rubia es la melena,
limpia y clara la pupila.
¡Edad breve!
Aun no ha caído la nieve
de los desengaños hondos,
que hasta los cabellos blondos
convierte en hilos de plata;
aun el cauce no se ha abierto
del llanto, que deja yerto
el corazón, y lo mata.

Ya vendrán, hija del alma,
ya vendrán, hija querida,
los nublados de la vida
que fingen mentida calma;
ya vendrán

con su misterioso afán,
con su efervescencia ruda
las tormentas de la duda
que barren las ilusiones,
que destiñen los matices
y remueven las raíces
de la fe en los corazones.

Un año, es un paso más
hacia la cumbre lejana
que llaman la dicha humana
y no se alcanza jamás;
hija mía,
larga y penosa es la vía,
de mil abismos surcada;
no hay arroyos, ni enramada,
á veces en el camino;
sólo la virtud sustenta
y en las fatigas alienta
las fuerzas del peregrino.

¡La virtud! perfume santo
que los contagios aleja,
que hace dulce hasta la queja
y da hasta al dolor encanto.
Hija amada,
esa es la joya preciada,
el talismán prodigioso
que trueca el pesar en gozo,
que las querellas concilia,
que hace á la niña más bella,
y á la mujer una estrella
del altar de la familia!

LA VUELTA AL HOGAR

RECUERDOS

Todo está como entonces:
la casa, la calle, el río,
los árboles con sus hojas
y las ramas con sus nidos!

Todo está, nada ha cambiado,
el horizonte es el mismo;
lo que dicen esas brisas
ya otras veces me lo han dicho!

Ondas, aves y murmullos
son mis viejos conocidos,
confidentes del secreto
de mis primeros suspiros!

Bajo aquel sauce que moja
su cabellera en el río,
largas horas he pasado
á solas con mis delirios!

Las hojas de esas achiras
eran el tosco abanico,

que refrescaba mi frente
y humedecía mis rizos!

Un viejo tronco de ceibo
me daba sombra y abrigo,
un ceibo que desgajaron
los huracanes de estío!

Piadosa una enredadera
de perfumados racimos,
lo adornaba con sus flores
de pétalos amarillos!

El ceibo estaba orgulloso
con su brillante atavío,
era un collar de topacios
ceñido al cuello de un indio!

Todos aquí me confiaban
sus penas y sus delirios;
con sus suspiros las hojas,
con sus murmullos el río.

Qué triste estaba la tarde
la última vez que nos vimos!
Tan sólo cantaba un ave
en el ramaje florido.

Era un zorzal que entonaba
sus más dulcísimos himnos,
pobre zorzal que venía
á despedir á un amigo!

Era el cantor de las selvas,
la imagen de mi destino,
viajero de los espacios,
siempre amante y fugitivo!

¡Adiós!—parecían decirme
sus melancólicos trinos;
¡adiós, hermano en los sueños!
¡Adiós, inocente niño!

¡Yo estaba triste, muy triste!
El cielo obscuro y sombrío,
los juncos y las achiras
se quejaban al oirlo.

Han pasado muchos años
desde aquel día tristísimo;
muchos sauces han tronchado
los huracanes bravíos!

Hoy vuelve el niño hecho hombre,
no ya contento y tranquilo,
con arrugas en la frente
y el cabello emblanquecido!

Aquella alma limpia y pura
como un raudal cristalino
es una tumba que tiene
la lobreguez del abismo!

Aquel corazón tan noble,
tan ardoroso y altivo,
que hallaba el mundo pequeño
á sus gigantes designios;

es hoy un hueco poblado
de sombras que no hacen ruído!
Sombras de sueños, dispersos
como neblina de estío!

¡Ah! todo está como entonces,
los sauces, el cielo, el río,

las olas—hojas de plata
del árbol del infinito.

Sólo el niño se ha vuelto hombre,
y el hombre tanto ha sufrido,
que apenas trae en el alma
la soledad del vacío!

STELLA

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO

A la orilla del mar me había dormido,
henchido el pecho de febriles ansias,
y la brisa del piélago salobre
vino á enjugar mis postrimeras lágrimas.

Abrí los ojos y miré hacia arriba,
porque creí que un ángel me besaba;
tan tibio era el aliento de la brisa
y tan suave el murmullo de sus alas.

Y en vez del ángel que soñé bajando
á conversar á solas con mi alma,
se alzaba en el confín del horizonte
la estrella de zafir de la mañana.

Era su luz blanquísima y suäve
cual de una virgen la mirada casta;
aquella estrella parecía contarme
cuitas de amor en sílabas de plata.

El cielo estaba obscuro, pero al verla
su tenebrosa faz se sonrojaba,

como amante embozado que sonríe
al acercarse á la mujer amada.

Y el mar en su lenguaje misterioso,
de aquella ave celeste murmuraba,
hablando por lo bajo, temeroso
que sacudiera sus brillantes alas.

Alzó cerca de mí su húmedo cáliz,
estuche perfumado de las hadas,
la ancha flor del nenúfar y me dijo:
¡Aquella estrella fúlgida es mi hermana!

Y una voz de la estrella descendida
como un soplo de amor llegó á mi alma;
la misma voz que en mis inquietos sueños
me transmite mensajes de esperanza.

«Yo soy la piedra de oro y fuego—díjome,—
»que en la onda de las nubes inflamadas,
»lanza Dios á la frente de la noche
»para anunciar que viene la mañana.

»Yo alumbré del Sinaí la excelsa cumbre,
»del Taijeto la cima desolada;
»en el primero, nuncio de alegría,
»en el segundo, antorcha funeraria.

»Yo iluminé la frente de los genios
»del insomnio en las horas agitadas;
»escuché de Moisés la voz severa,
»y á Job rugir como una fiera humana!

»Yo sorprendí las pláticas del Dante
»con sus apocalípticas fantasmas,
»y en la divina lengua de la Etruria
»los místicos sollozos del Petrarca!

»¡Arriba, pensador desconocido!
»Que el ángel de la luz viene á mi espalda,
»como vendrá la libertad bendita,
»tras larga noche de miseria y lágrimas.

»¡Arriba, labrador del pensamiento!
»Cava ancho surco en la conciencia humana,
»que si lo riega tu sudor fecundo
»dará flores y frutos de esperanza!»

EL ORTO

IMITACIÓN DE LOGFELLOW

Surgió del hondo mar adormecido
un viento vagabundo,
diciendo á las tinieblas: ¡Recogeos,
que ya despierta el mundo!

Pasó sobre los buques que veleros
rompen la onda sonora
gritándoles: ¡arriba, marineros,
que ya viene la aurora!

Se internó por la selva obscura y fría
poblada de visiones,
¡despertad!—murmurando,—¡viene el día
germinador de frutos y pasiones!

A los añosos troncos de ancha copa
y gigantesca talla:
«De verdes hojas desplegad al aire
el pendón de batalla!»

Al ave que dormita en la espesura
el ala entumecida:

«Batid el vuelo, que se acerca el alba,
el ave de la vida!»

Al gallo vigilante de la choza
perdida en la llanura:
«Cantad, cantad que avanza el enemigo
de la tiniebla obscura!»

A la espiga del campo doblegada
al peso de su grano:
«La aurora, vuestra hermana, se levanta
tras el monte lejano!»

Al viejo campanario de la aldea
con lengua de metal: «Cantad el día»
y á los muertos del triste cementerio:
«Dormid, dormid, no es tiempo todavía!»

LAS IDEAS

Surge á veces en el llano,
y en la loma á veces brota,
susurrando mansamente
como de una arteria rota
cristalino manantial.

Manantial inagotable
cuya linfa fresca y pura,
se desliza misteriosa
bajo arcadas de verdura,
como sierpe de cristal.

Dánle sombra con sus ramas
los arbustos de la orilla,
y despliega ante sus plantas
la balsámica gramilla
su magnífico tapiz.

Ya se vuelca en un ribazo,
ya se arrastra en una hondura,
ya parece desde lejos
en la faz de la llanura
misteriosa cicatriz.

Pero avanza, siempre avanza,
deja el llano, cruza el monte,
y al murmullo de sus pasos
se va abriendo el horizonte
como el velo de un altar.

Lo saluda el ave errante,
con dulcísimos gorjeos,
y le cuenta el aura tímida
sus amantes devaneos,
á la luz crepuscular.

La onda leve se agiganta,
su rumor se torna en grito,
como el pecho en que fermenta
la ansiedad del infinito,
la inquietud del porvenir.

Y creciendo y avanzando,
el raudal se torna en río,
y va el río tumultuoso
impertérrito y sombrío
con el mar á combatir!

Así nacen las ideas
manantiales de onda pura,
las ideas, que no tienen
más escudo ni armadura
que el escudo de la fe.
Pero avanzan silenciosas,

se retuercen, forcejean,
y se allanan las montañas
y los páramos chispean
á los golpes de su pie!

Julio 18 de 1874.

FIN

INDICE

	Páginas
En la muerte de mi condiscípulo y amigo don Benito Marichal.	5
A la memoria del malogrado sacerdote don Gregorio M. Céspedes.	9
El 9 de Agosto.	11
Mi patria.	15
El laurel.	21
La flor de mi esperanza.	25
El 8 de Octubre.	27
El 11 de Septiembre.	31
El crepúsculo.	35
El porvenir.	39
La libertad y la América.	45
Atlántida.—Canto al porvenir de la raza latina en América.	49
La leyenda de Prometeo.	67
Prometeo.	71
A Víctor Hugo.	89
El nido de condores.	99
El arpa perdida.	107
La noche de Mendoza.	115

Página

A Paysandú. 12
Al general Lavalle. 12
San Martín. 13
Religión. 14
Las flores del Guayacán. 151
Nuestra misión. 155
Cansancio. 159
La creación. 161
El banquillo. 171
El astro errante. 175
La mujer. 179
A mi hija Agustina. 183
La vuelta al hogar. 187
Stella. 191
El Orto. 195
Las ideas. 197

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

DE LA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Mallorca, 166, Barcelona

	Pesetas.
Abruzos, (Duque de los)—La Estrella Polar en el mar Artico. Lujosa obra de 725 páginas en dos tomos, con 250 ilustraciones, 2 panoramas y 3 mapas en colores de las regiones exploradas. En 18 cuadernos.	18
En rústica en dos tomos.	20
Lujosamente encuadernada en dos tomos.	25
Encuadernada en un tomo.	23 50
Juegos de tapas para un tomo.	2 75
Para encuadernar en dos.	3 75
Alarcón y Puyol.—Los Bandidos del amor ó El barranco de los cuervos. Dos tomos de cerca de 1000 páginas con láminas en color.	10
Alas, Leopoldo *(Clarín).*—El gallo de Sócrates.	1
— Nueva campaña.	2
— Ensayos y revistas.	2
— El siglo pasado.	2
— El Señor, y lo demás son cuentos.	2
Alexis, (Paul)—El fin de Lucía Pelegrin.	0 50
Alfaro, (Ibo)—Malditas sean las mujeres.	1
— Malditos sean los hombres.	1
— Malditas sean las suegras.	1
— Marina ó la hija de las olas.	1
— El hada de los mares.	1
— El Paraíso de las mujeres.	1
— El infierno de los hombres.	1
— El purgatorio de las solteras.	1
— Su majestad el amor.	1
— La hija de las flores.	1
Alles, (Juan) Vuelve estéril	1

	Pesetas.
Amicis, (Edmundo de)—España.	1
— Horas de recreo.	1
— La vida militar.	1
— La carroza di tutti, (2 tomos).	2
— Infortunios y amor.	2
— Combates y aventuras.	2
— Corazón.	3
— Los amigos, 1 tomo profusamente ilustrado.	3'50
Andersen.—Cuentos.	1
Argüello.—Viaje al país de la decadencia.	1
Arias Carvajal.—Medicina de las familias.	2
Arrieta de Avila, (M.)—Prosa en verso.	1
Balmes, (Jaime)—Geografía general. Obra declarada de texto.	1
Balzac, (Honorato de)—El hijo maldito.	1
— Un crimen tenebroso.	1
— Fisiología del matrimonio.	1
— El corazón de un padre.	0 60
— La joven de los ojos de oro.	0 50
— El verdugo.	0 30
Barzini.—La mitad del mundo vista desde un automóvil. Un tomo de 608 páginas y 200 grabados.	10
Bellemare.—Escenas de la vida mejicana.	0 60
Berned, (J. Adán)—Bautismo de Sangre.	0 30
Blasco, (Eduardo)—La esposa infiel. Dos tomos de 500 páginas con láminas en color.	10
Braddon, (M. E.)—La noche buena.	1
— La bandera roja.	1
— Casamiento al vapor.	1
— Miseria espléndida.	1
— Diavola.	1
— La hija de nadie.	1
— El secreto de lady Alicia.	1
— Lucha de razas.	1
— Roberto Godwin.	1
— Aurora.	1
— Publicanos y pecadores.	1
— La hija abandonada.	1

		Pesetas
Braddon,	(M. E.)—El becerro de oro	1
—	¡Desterrada!	1
—	Mundo, demonio y carne.	1
—	Un viaje triste.	1
—	Una mano oculta.	1
—	Todo por el honor.	1
—	Jugar con fuego.	1
—	Corazón de bronce.	1
—	La mujer privilegiada.	1
—	Celos fatales.	1
—	Vicio y virtud.	1
—	La herencia de Carlota.	1
—	Aves de rapiña.	1
Braemé,	(Carlota M.)—Una lucha de amor.	1
—	Dora.	1
—	Azucena.	1
—	Su único pecado.	1
—	En su mañana de bodas.	1
—	Invencible amor.	1
—	La condesa de Cradoc.	1
—	Casada con dos maridos.	1
—	El secreto de lady Muriel.	1
—	Los diamantes Ducie.	1
—	Una historia de amor.	1
—	Una víctima del gran mundo.	1
—	En el crisol del amor.	1
—	Juez y parte.	1
—	De las tinieblas á la luz.	1
—	Historia de un velo negro.	1
—	Luchas del corazón.	1
—	La expiación de un pecado.	1
—	Un matrimonio desgraciado.	1
—	El secreto del duque.	1
—	La mártir del hogar.	1
—	La niña mimada.	1
—	La novela de una niña.	1
—	La tentación de una mujer.	1
—	Un casamiento desigual.	1
—	Amores sublimes.	1
—	A vida ó muerte.	1

		Pesetas.
Braemé,	(Carlota M.)—Corazón de oro	1
—	Locura de amor.	1
—	Arrepentimiento tardío	1
—	Rosas y espinas.	1
—	La moderna Cenicienta.	1
—	Caminos de oro.	1
—	Los amores de Claribell.	1
—	La venganza de una mujer.	1
—	La estrella de amor.	1
—	El castigo de una madre.	1
—	Amor sin igual.	1
—	Un corazón destrozado.	1
—	Entre dos pecados.	1
—	El anillo de bodas, roto	1
—	Sueños del corazón	1
—	Más débil que una mujer.	1
—	El misterio del bosque.	1
—	Redimida por amor.	1
—	Las almas enamoradas	1
—	Una herencia misteriosa.	1
—	El orgullo de lady Diana.	1
—	El amor y el interés.	1
—	Los amores de Juana.	1
—	El último amor.	1
—	El nido de Cupido.	1
—	Un corazón muerto.	1
—	Dos besos.	1
—	El corazón de un padre.	1
—	Dramas de amor.	1
—	Cesarina.	1
—	Sueños de amor.	1
—	El lirio fatal.	1
—	Un casamiento en el mar.	1
—	Los diamantes de la duquesa.	1
—	Espinas de una rosa.	1
—	Un deber fatal.	1
—	El triunfo del amor.	1
—	Un juramento falso.	1
—	Su único amor.	1
—	Una belleza fatal.	1

		Pesetas.
Braemé,	(Carlota de)—Luchas de amor.	1
—	La hija del príncipe Carlos.	1
—	Los votos de Irene.	1
—	Los amores de una mujer.	1
—	Un pecado oculto.	1
—	Vivir para amar.	1
—	Un amargo despertar.	1
—	A toda costa.	1
—	Entre dos amores.	1
—	Una amarga expiación.	1
—	La locura de Evelina.	1
—	¡Maldito!	1
—	La mujer de un jugador.	1
—	El divorcio de lady Castlemaine.	1
—	Un crimen misterioso.	1
—	La pupila de un actor.	1
—	Luz y rosas.	1
—	La conquista de una coqueta.	1
—	La expiación de un conde.	1
—	La nueva Magdalena.	1
—	Las dos rivales.	1
—	¡Si amor fuese amor!	1
—	Los peligros de la belleza.	1
—	Un gran misterio.	1
—	La reina de los lirios.	1
—	Las locuras de Hilario.	1
—	Dafne Vernon.	1
—	El error de una mujer.	1
—	Violante.	1
—	El amante de Madolina.	1
—	A través del mundo.	1
—	Los celos de una mujer.	1
—	La lucha por un anillo.	1
—	Andrea.	1
—	El primer amor.	1
—	El orgullo de una raza.	1
—	Horas crueles.	1
—	Perdón imposible.	1
—	La ambición de una mujer.	1
—	Más allá del misterio.	1

	Pesetas
Braemé, (Carlota de)—La bella Flora.	1
— El veredicto de la sociedad.	1
— La abnegación de un amante.	1
— Nobleza y miseria.	1
— Sueños de oro.	1
— Un terror oculto.	1
— Todo lo puede el amor.	1
— Risas y lágrimas.	1
— Una esposa modelo.	1
— Los dos Ricardos.	1
— El pecado de una madre.	1
— Espinas en el corazón.	1
Barbará.—El asesinato del Puente Rojo.	1
— La justiciera de sí misma.	0 50
Belot, (A.)—La señorita Giraud, mi mujer.	1
— El secreto terrible.	1
Bernard, (Carlos)—La piel del león.	0 50
— La inocencia de un presidiario.	0 50
— La mujer de cuarenta años.	0 50
Biorson, (B.)—Las sendas de Dios.	0 50
Blanco-Belmonte, (M. R.)—La poesía en el mundo. Obra ilustrada.	2
Boccacio.—Los cien cuentos de (4 tomos).	4
Bodin, (Carlos)—El monstruo.	0 50
Bray y Sempau.—El capitán Dreyfus. Proceso y reabilitación (2 tomos).	2
Burgos, (Carmen de)—Por Europa. Un tomo de 506 páginas con 234 ilustraciones.	4
Burguete, (Ricardo) — ¡La Guerra! — Cuba. (Diario de un testigo).	1
— ¡La Guerra! — Filipinas. (Memorias de un herido).	1
— Corsarios y piratas.	2
Byron, (Lord)—Don Juan. Obra ilustrada.	4
Briot, (Carlos)—Tratado de álgebra superior. Conforme á los programas oficiales.	2
Calcagno, (Francisco)—Historia de un muerto. (Ilustrada con ocho láminas).	1
Carrillo, (Alvaro)—Hija, esposa y madre. Dos tomos de 500 páginas con láminas en color.	10

	Pesetas
Castellanos, (Julián)—Los ratas.	1
Cavia *(Sobaquillo),* (Mariano de)—Salpicón.	2
— Azotes y galeras.	2
— De pitón á pitón.	2
Estos tres tomos están profusamente ilustrados por Angel Pons.	
Cervantes, (Miguel de)—Don Quijote de la Mancha (2 tomos).	2
— Las mujeres del Quijote.	2
Climent y Orts, (Tomás)—El rey de los cocineros. Novísimo arte de cocina: contiene 650 fórmulas y un Tratado de pastelería.	1
Colet, (Louise)—Los niños célebres.	1
Conscience, (Enrique)—La tumba de hierro.	1
— El avaro.	0 50
Conway, (Hugo)—¡Misterio!	1
— Un secreto de familia.	1
— Sin madre.	1
— El secreto de la nieve.	1
— Confusión.	1
— La casa roja.	1
— Un pecado capital.	1
— Herido por un rayo.	1
— Días sombríos.	1
Copée, (y otros).—Amores adúlteros.	0 75
Chateaubriand, (Vizconde — Atalá. — René. —El último abencerraje. (Tres novelas).	1
Chaves, (A. R.)—La Corte de los Phelipes.	2
Cherbuliez, (Víctor)—Negros y rojos.	1
— La aventura de Ladislao Bolski.	1
— El novio de la señorita Saint-Maur.	1
Camp, (Máximo)—Memorias de un suicida.	1
Cotoin, (J.)—Las iniquidades de un Czar.	1
D'Annunzio, (Gabriel) — El triunfo de la muerte. (Dos tomos).	2
— El placer. (Dos tomos).	2
— El fuego. (Dos tomos).	2
— Las vírgenes de las rocas.	1
— El inocente.	1
Darío, (Rubens)—Los raros.	2

	Pesetas
Díaz de Escobar, (Narciso)—Cantares.	0 30
Dicenta, (Joaquín)—Traperías.	2
— Tinta negra, con ilustraciones de Muñoz Lucena.	2
Dante.—La divina comedia. Obra ilustrada y elegantemente encuadernada.	4
Daudet, (Alfonso)—Tartarín de Tarascón.	1
— Fromont y Risler. (Obra premiada por la Acadamia francesa).	1
— Poquita cosa.	1
— Jack. (Dos tomos).	2
— El nabab. (Dos tomos).	2
— El académico.	2
— Los reyes en la emigración.	1
Daudet, (Ernesto)—Noche trágica.	0 50
— El crimen de Juan Malory.	1
Diderot, (Dionisio)—La monja.	1
Delclós y Ragón, (Emilio)—Libro de cuentas ajustadas.	1
Delgado, (Jacinto M.a)—Adiciones á la historia del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.	1
Dostoyewski, (Fedoro)—El jugador y las noches blancas.	1
— Los presidios de Siberia.	1
— Crimen y castigo. (Dos tomos).	2
Dreyfus, (Alfredo)—Cinco años de mi vida. Obra ilustrada con numerosos fotograbados.	1
Droz, (Gustavo)—Papá, mamá y el niño.	1
Dumas, (Alejandro)—El conde de Montecristo. (Dos tomos).	6
— Los mil y un fantasmas.	0 50
— Los tres mosqueteros. (Dos tomos).	2
— Veinte años después. (Dos tomos).	2
— El vizconde de Bragelone. (Seis tomos).	6
— Viaje á Suiza.	0 60
— Don Pedro el cruel.	0 30
— Los caballeros de Sierra Morena.	0 30
Eça de Queiroz, (José María)—La reliquia.	1
— La Ciudad y las Sierras.	1

	Pesetas
— El primo Basilio. (2 tomos).	2
— Los Maias. (Tres tomos).	3
— Epistolario de Fradique Méndez.	1
— El Mandarín.	1
Enseñat, (Juan B.)—Los amores de Catalina de Médicis.	1
— Los infiernos de París.	1
— La pasión carnal.	1
Fereal, (M. V. de)—Misterios de la Inquisición de España. (Obra ilustrada).	3
Feuillet.—Un matrimonio del gran mundo.	1
— Honor de artista.	1
— Diario de una mujer.	0 50
— Historia de un joven pobre.	0 60
— La muerta.	1
Féval.—Los compañeros del silencio. (2 t.)	2
— La fábrica de crímenes.	2
Fischer-Dückelmann, (Ana)—La Mujer, médico del hogar. Obra de 850 páginas, con 448 grabados en negro y 28 preciosas láminas en color. Premiada con gran medalla de oro. Lujosamente encuadernada.	30
Flaubert, (Gustavo)—Salambó.	1
— La señora de Bovary. (Dos tomos).	2
— Las tentaciones de San Antonio.	1
France, (Anatole)—El olmo del paseo.	2
— El maniquí de mimbre.	2
— El titiritero de la virgen.	0 75
Frías, (Heriberto)—Leyendas históricas mexicanas. (Obra ilustrada).	2
Frontaura, (Carlos)—Documentos humanos, con dibujos de Angel Pons.	2
Farnés, (J. M.)—Los desterrados, 2 tomos.	2
Galland, (Antonio)—Las mil y una noches. (Obra ilustrada).	2 50
— Los mil y un días. (Obra ilustrada).	3
Gautier, (Teófilo)—La señorita de Maupín.	1
— El vellocino de oro.	1
Girón, (R. B.)—Dramas argentinos ó los crímines de los celos.	1

	Peseta
Gautier, (Teófilo)—El capitán Estruendo. Con 40 láminas de G. Doré, ricamente encuadernada.	10
Godo, (Francisco Javier)—Musolino. (Su vida y proceso). Obra ilustrada.	1
Gœthe.—Fausto.	0 60
Gómez Carrillo, (E.)—El alma encantadora de París.	1
Goncourt, (Edmundo y J. de)—Sor Filomena.	1
Gorki, (Máximo)—Los vagabundos.	1
— En la estepa.	1
— Los degenerados.	1
— Caín y Artemio.	1
— Tomás Gordeief.	1
— Los tres.	1
— La angustia.	1
— El matrimonio Orlof.	0 50
Grenville Murray.—Viuda ó casada.	0 50
Guerrazzi, (Francisco Domingo) — Beatriz Cénci. (Dos tomos).	2
Guerrero, (Rafael)—Crónica de la guerra de Cuba y Filipinas. Cinco tomos ilustrados con más de 2,000 grabados.	20
— Crónica de la guerra del Riff.	2
Gourmont, (Remy de)—La física del amor.	2
Guzzoni, (Félix)—La hija del Cardenal. Novela histórica con profusión de ilustraciones.	3
Helen-Keller.—Historia de mi vida.—Sorda, muda, ciega.	2
Hoffman.—Cuentos fantásticos.	1
Holiday, (Guillermo)—La reina Mab.	1
— La cabeza de la bruja.	1
Houssaye, (Arsenio)—El contrato del diablo.	1
— Las lágrimas de Juana.	1
— Señoritas fáciles.	1
Hugo, (Víctor)—Los Miserables, 2 tomos.	6
— Los trabajadores del mar. (Dos tomos).	2
— Noventa y tres. (Dos tomos).	2
— Nuestra Señora de París. (Dos tomos).	2
— El hombre que ríe. (Dos tomos).	2

	Pesetas
Hugo, (Víctor)—Un reo de muerte.	0 30
— Han de Islandia ó el hombre fiera. (Dos tomos).	2
Ibsen, (Enrique)—Los espectros.	1
Invernizio, (Carolina)—Los misterios de Florencia, 4 tomos.	
— 1.º La huérfana de la Judería.	1
— 2.º Pasiones y delitos.	1
— 3.º El espectro del pasado.	1
— 4.º Los amores de Marcelo.	1
— La mujer fatal. (Dos tomos).	2
— Corazón de madre. (Dos tomos).	2
— La sepultada viva. (Dos tomos).	2
— Rina ó el ángel de los Alpes. (Dos tomos).	2
— El beso de una muerta.	1
— La venganza de una loca. (Segunda parte de El beso de una muerta).	1
— El crimen de la condesa.	1
— El resucitado. (Segunda parte de El crimen de la condesa).	1
— Las hijas de la duquesa.	1
— El ermitaño. (Segunda parte de Las hijas de la duquesa).	1
— La maldita.	1
— El hijo del ahorcado. (Segunda parte de La maldita).	1
— Paraíso é infierno.	1
— El último beso.	1
— El genio del mal.	1
— El secreto de un bandido.	1
— La lucha por el amor.	1
— Las víctimas del amor.	1
Las tragedias de los celos (4 tomos).	
— 1.º Dora.	1
— 2.º Los martirios del amor.	1
— 3.º El cofre misterioso.	1
— 4.º El castigo de un malvado.	1
— Corazón de obrero. (Dos tomos).	2
— Aventurera. (Dos tomos).	2

	Pesetas
Invernizio, (Carolina)—La pecadora.	1
— Heroísmo de una mujer. (Segunda parte de Aventurera)	1
— Al borde del abismo.	1
— Lazo funesto (Segunda parte de Al borde del abismo).	1
Cadena eterna (Cuatro tomos)	
— 1.º La boda trágica	1
— 2.º La hija del cementerio.	1
— 3.º Hija sin padres.	1
— 4.º El triunfo de la inocencia	1
— La reina del mercado. (Dos tomos).	2
— Amor triunfante. (Segunda parte de La reina del mercado).	1
Misterios del crimen. (Cuatro tomos).	
— 1.º Satanela.	1
— 2.º La mano de la muerta.	1
— 3.º El suplicio de la inocencia.	1
— 4.º Justicia divina.	1
Isaacs, (Jorge)—María (novela americana).	1
Jacolliot.—El crimen del Molino de Usor.	1
— Magdalena la mendiga.	1
— Un drama sangriento.	0 5
Janín, (Julio)—El asno muerto.	0 5
J. B. (V.)—Novísimo diccionario santoral, ó nomenclator de todos los santos.	1
Kock, (Ch Paúl)—El prado de amapolas.	1
Laboulaye, (Eduardo)—Hirtoria popular de los Estados Unidos. Dos tomos, con numerosos grabados, encuadernados en uno.	10
Lamartine, (Alfonso de)—Rafael.—Graziella. (Dos novelas juntas).	1
— El manuscrito de mi madre.	1
Laserna, (José de)—Prosa ligera, con ilustraciones de Angel Pons.	2
Lamennais.—Palabras de un creyente y el libro del pueblo.	0 3
Latino, (Aníbal)—Lejos del terruño	2
León Pagano, (José)—A través de la España literaria (obra ilustrada). Dos tomos.	4

	Pesetas	
López del Arco.—Sor María de las Nieves.	1	
— Historia de España. En cartoné.	1	
— Las ciencias y las artes al alcance de los niños. En cartoné.	1	
López Bago, (Eduardo)—La torería.—Luis Martínez, el espada.	2	
Martínez Barrionuevo.—Sevilla famosa.	2	
— Fin de una raza.	2	
L'isle-Adam.—El secreto del cadalso.	0	50
Mármol, (José)—Amalia. (Dos tomos).	2	
Maupassant, (Guy de)—Los domingos de un burgués en París.	2	
— Antón.	2	
— El señor Parent.	2	
— Las hermanas Rondoli.	2	
— El doncel de la señora Husson.	2	
— Rollo de Manteca.	2	
— Claror de Luna.	2	
— El Horla.	2	
— Cuentos del día y de la noche.	2	

Las obras de Maupassant, que anteceden, van ilustradas

— Las termas de Monte Oriol.	2	
— Una vida.	2	
— El buen mozo. (Dos tomos).	2	
— La señorita Perla.	1	
— La criada de la granja.	1	
— Berta.	1	
— Bajo el sol de Africa.	1	
— El testamento.	1	
— La loca.	1	
— La abandonada.	1	
— Miss Harriet.	1	
— Inútil belleza.	1	
— El suicidio del cura.	1	
— Madre y celestina.	0	75
Mastriani, (Francisco)—La ciega de Sorrento. Novela profusamente ilustrada.	1	50
Matoses, (Manuel)—Danza de monos, con ilustraciones de Angel Pons.	2	

	Pesetas
Mauclair, (Camilo)—El Oriente virgen.	2
— Las madres sociales.	2
Mary, (Julio)—Un matrimonio de confianza.	1
Mendes, (Cátulo)—Amor que ríe y amor que llora.	1
— La cama encantada.	1
— Historia sin camisa.	1
— La señorita de oro.	0 75
— La virtud en la deshonra.	0 75
— La pequeña emperatriz.	0 75
Merejkeoswki, (Dmitri)—La muerte de los dioses. (Novela de Juliano el Apóstata). Dos tomos.	2
Merimée, (P.)—Las ánimas del purgatorio.	0 50
Milton.—El paraíso perdido. Obra ilustrada y elegantemente encuadernada.	4
Millán, (Camilo)—Un drama del siglo XXI.	1
Millan, (Pascual)—Corazón y brazo, con ilustraciones de los mejores artistas.	2
Mirbeau, (O.)—El jardín de los suplicios.	1
— Memorias de una doncella.	1
Molénes, (Paul)—La comedianta.	0 50
— Los sufrimientos de un húsar. Obra ilustrada).	0 50
Morris, (G.)—Noticias de ninguna parte.	1
Moreno Cebada, (Emilio)—Las herejías. Contiene todos los cismas y errores de todos los siglos. Cuatro tomos voluminosos en rústica.	10
Encuadernados en tela.	15
Müller, (T.)—Novísimo Diccionario Universal de Agricultura. Tres tomos, con más de diez mil grabados y encuadernados en pasta española.	65
Murger, (Enrique)—Escenas de la vida bohemia. Versión castellana completa de Rafael Ruiz López.	1
— Un crimen infame.	0 50
Musset, (Alfredo de)—Dos queridas.	0 75
Newsky, (Pedro)—El sillón fatal.	0 50

Pesetas

Nogales, (José)—Mariquita León. Obra ilustrada. 1

Nordenskjold, (Otto)—Viaje al Polo Sur. Dos tomos de 595 y 654 páginas respectivamente con 350 ilustraciones 4 mapas y 5 láminas tricolores. En rústica. 24

Lujosamente encuadernada. 30

Nordier, (Carlos)—Inés de las sierras. 0 30

Núñez de Prado, (G.)—Los dramas del anarquismo. 1

— Cantaores andaluces. 1

Opisso, (Alfredo)—Los martirios de Alvar Núñez. Reseña histórica de la conquista del Plata. 1

Ortega Munilla, (José)—Viajes de un cronista. Obra ilustrada por A. Pons. 2

Orts Ramos, (Ramón)—Novísimo secretario universal ó manual epistolar. 1

Ottolenghi.—Un artista en crímenes. Obra ilustrada. 1

Palacio, (Eduardo de)—Cuadros vivos á pluma y á pelo, con dibujos de Angel Pons. 2

Palau, (Melchor de)—Poesías y cantares. 0 30

Palma, (Ricardo)—Mis últimas tradiciones peruanas. Un tomo de 608 páginas, con profusión de ilustraciones. Encuadernación de lujo. 8

Perceval, (V.)—Pecados de la juventud. 0 50

Pérez Escrich, (Enrique)—Los desgraciados. Dos tomos de 800 páginas con numerosas ilustraciones. 10

Pérez Zuñiga, (Juan)—Sin pies ni cabeza. 1

Perrín, (Julio)—La necesidad del crimen. 1

Pini, (Eugenio)—La esgrima de espada, con profusión de ilustraciones. 4

Pons, (Angel)—Historietas. 2

— Notas alegres. 2

Porrera, (María) — Tratado práctico para aprender á cortar y confeccionar toda clase de vestidos, declarado de utilidad para

Pesetas

servir de texto en la enseñanza por R. O. de 10 de Julio de 1903 inserta en la «Gaceta» de 15 de dicho mes. Forma un hermoso volumen en rústica ilustrado con mil grabados é impreso en excelente papel satinado. 6
Encuadernado en tela, con planchas doradas. 8

Pouschkine, (A.)—La hija del capitán. 1

Prince, (E. de)—La mano del muerto. (Continuación de El Conde de Montecristo, obra ilustrada. 3

Puig y Verdaguer, (Jaime)—Crítica sintética y crítica analítica. 1

Quevedo, (Francisco)—Obras jocosas. Obra lujosamente encuadernada. 3

Rachilde.—La hermética. 2

Renán, (Ernesto)—Vida de Jesús. 1
Los apóstoles. (Dos tomos). 2
— El cantar de los cantares. 1

Resasco, (Fernando)—En las riberas del Plata. (Dos tomos). 4

Ría-Baja, (Carlos)—El desastre filipino. (Memorias de un prisionero). 3

Richebourg, (Emilio)—La hija maldita. Dos tomos. 2

Riera, (A.)—La monja de Cracovia. 1

Rizal, (José)—Noli me tangere. Novela tagala, con prólogo y notas de Ramón Sempau. Edición española completa. 1

Rochefláme.—María Magdalena, cortesana y amiga de Jesús. 1

Rosadi, (Juan)—El proceso de Jesús. Un hermoso tomo de 450 páginas. 4

Rovetta, (J.)—La baraúnda. (Dos tomos). 2
— Mater dolorosa. (Dos tomos). 2
— La señorita. 1

Ruiz de Lara, (Edmundo)—La hija del misterio ó La virtud de una huérfana. Dos tomos de 500 páginas con ilustraciones. 10

Ruiz López, (R.)—La verdadera redención. 1

Ruiz Montero. (Julio)—Teresita, (ilustrada). 0 50

	Pesetas
Sagredo, (María)—Impresiones y cuentos.	1
Sala Casto, (Luis)—Tratado completo de vinificación y repostería.	1
Sánchez Arévalo, (Adelardo)—A orillas del Ebro. Colección de graciosísimos cuentos, historietas y cantares baturros con 52 ilustraciones de T. Gascón.	2
Sánchez Peña, (Enrique)—La manceba.	2
— Las rameras de salón.	2
Sand, (Jorge)—Los maestros músicos.	1
— El secretario íntimo.	0 50
Scott, (Walter)—Lucía de Lammermmor.	0 60
Schiller.—María Stuardo.	0 30
Scholl, (Aureliano)—El amor de una muerta.	0 50
Serao, (Matilde)—Flor de pasión.	2
— Los amores de la duquesa.	2
— Fantasía.	2
— La bailarina.	2
— Adiós, amor.	2
Sienkiewicz, (Enrique)—Quo vadis? (edición completa). Dos tomos.	2
— Los cruzados. (Dos tomos).	2
— Más allá del misterio.-Sin dogma.	1
— Luchar en vano.—La viuda.—En la costa azul.	1
— En busca de felicidad. — Por el pan.—Vida rústica.	1
— Hania.—El juicio de Júpiter.	1
— Liliana.—El organista de Ponickla.—Yanko el músico.—El torrero.—Una corrida de toros.—Un sueño.—Sachem.	1
— Orso.	1
— Los caballeros de la cruz.	1
— La viuda de Elzen.	0 50
Siles, (José de)—El asesino de Lázara.	0 30
— La niña del fraile.	1
Smith, (Jorge)—Bajo un disfraz.	1
Soulié, (Federico)—Los dos cadáveres.	1
— Dramas de amor.	0 50

	Pesetas.
Soulié, (Federico)—Un sueño de amor.	0 50
— El maestro de escuela.	0 50
Souvestre, (Emilio)—Los pecados de la juventud.	0 75
Stevenson, (Roberto Luis)—El tesoro del pirata.	1
Suárez Casañ, (V.)—Historia de doce mujeres. Doce primorosas novelas juntas encuadernadas en tela, en un tomo.	6
Sué, (Eugenio)—Los misterios de París, (dos tomos con ilustraciones).	6
— El Judío errante, (dos tomos con ilustraciones).	6
— La salamandra.	1
— Kernock el pirata.	0 30
Tapia, (Luis Gonzaga) — Ultimo y completo alivio del párroco. Cinco volúmenes de más de 500 páginas cada uno, primorosamente encuadernados.	15
— El estudiante católico. Un hermoso tomo de 584 páginas encuadernado en tela con plancha dorada.	3
Terrail, (Ponson du)—La juventud de Enrique IV, 8 tomos.	
— 1.º La hermosa platera.	1
— 2.º La favorita del rey de Navarra.	1
— 3.º Los amores de la bella Nancy.	1
— 4.º Los juramentados.	1
— 5.º Enrique y Margarita.	1
— 6.º La noche de San Bartolomé.	1
— 7.º La reina de las barricadas.	1
— 8.º El regicida.	1
Aventuras de Enrique IV, 2 tomos.	
— 1.º Galaor el Hermoso.	1
— 2.º La traición del mariscal Birón.	1
Los ladrones del gran mundo 7 tomos.	
— 1.º Cartahut ó el Buque Fantasma.	1
— 2.º El misterio del pasaje del Sol.	1
— 3.º El señor de la montaña.	1
— 4.º El sacrificio de Juana.	1

		Pesetas
—	5.º Mousseline la vengadora.	1
—	6.º Las celadas de Olimpia.	1
—	7.º El desafío de amor.	1
—	El herrero del convento. (Dos tomos).	2
—	Los amores de Aurora. (Dos tomos).	2
—	La justicia de los gitanos. (Dos tomos).	2
—	El paje Flor de Mayo.	1
—	La herencia de un cómico.	0 50

Colección completa de Rocambole

	Los dramas de París, 5 tomos.	
—	1.º La herencia misteriosa.	1
—	2.º Sor Luisa, la hermana de la Caridad.	1
—	3.º Club de los Explotadores.	1
—	4.º Turquesa la Pecadora.	1
—	5.º El conde de Artoff.	1
	Hazañas de Rocambole, 4 tomos.	
—	1.º Carmen la Gitana.	1
—	2.º La condesa de Artoff.	1
—	3.º La muerte del salvaje.	1
—	4.º La venganza de Bacará.	1
	El manuscrito del dominó, 4 tomos.	
—	1.º Los caballeros del Claro de Luna.	1
—	2.º La vuelta del presidiario.	1
—	3.º Testamento del Grano de Sal	1
—	4.º Daniela.	1
	La resurreción de Rocambole, 5 t.	
—	1.º El presidio de Tolón.	1
—	2.º La cárcel de mujeres.	1
—	3.º La posada maldita.	1
—	4.º La casa de locos.	1
—	5.º ¡Redención!	1
	La última palabra de Rocambole, 7 t.	
—	1.º La Taberna de la Sangre.	1
—	2.º Los estranguladores.	1
—	3.º Historia de un crimen.	1
—	4.º Los millones de la gitana.	1
—	5.º La hermosa jardinera.	1
—	6.º Un drama en la India.	1

		Pesetas
—	7.º Los tesoros del rajah.	1
	Las miserias de Londres, 5 tomos.	
—	1.º La maestra de párvulos.	1
—	2.º El niño perdido.	1
—	3.º La jaula de los pájaros.	1
—	4.º El cementerio de los ajusticiados.	1
—	5.º La señorita Elena.	1
	Las demoliciones de París, 2 tomos.	
—	1.º Los amores del Limosino.	1
—	2.º La prisión de Rocambole.	1
	La cuerda del ahorcado, 2 tomos.	
—	1.º El loco de Bedlán.	1
—	2.º El hombre Gris.	1
	La vuelta de Rocambole, 4 tomos.	
—	1.º El compadre Vulcano.	1
—	2.º Una sociedad anónima.	1
—	3.º Los amores de una española.	1
—	4.º La venganza de Rocambole.	1
—	Las tragedias del matrimonio. (Dos tomos).	2
—	Los dramas sangrientos. (Dos tomos).	2
Tikovara, (Hesibo)—La guerra rusojaponesa.		
—	Port Arthur.	2
—	Del Yalú á Mukden.	2
—	De Mukden á la paz.	2
Tinsau, (León de)—Culpas ajenas.		2
—	Hacia el ideal.	2
Tokutomi, (Kenjiro)—Nami-ko. Novela japonesa.		2
Tolstoy, (León)—La guerra y la paz, 3 tomos.		3
—	Ana Karenine. (Dos tomos).	2
—	Resurrección. (Dos tomos).	2
—	El matrimonio.	1
—	Placeres viciosos.	1
—	La esclavitud moderna.	1
—	La verdadera vida.	1
—	La sonata de Kreutzer.	1
—	Los cosacos.—Imitaciones.	1
—	Amor y libertad.	1
—	¿Qué es el Arte?	1

	Pesetas
Tolstoy, (León)—Polikuchka.	1
— Iván el Imbécil.	1
— Mi confesión.	1
— La salvación está en vosotros.	1
— Placeres crueles.	1
— Novelas cortas.	1
— Lo que debe hacerse.	1
— El poder de las tinieblas.	1
— Mis memorias. (Infancia, adoloscencia, juventud.)	1
— Cuentos y fábulas. Obra ilustrada con 96 grabados.	1
— Resurrección. (Drama.)	1

BINDING SECT JUL 20 1982

OVE
S POCKET
LIBRARY

gario Victor
ticas

PQ
7797
A6A17
1909

Andrade, Olegario Victor
Obras poeticas

3

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 11 01 02 002 3